



Cursos de educación partidaria



SELECCION DE TEXTOS, TOMO I



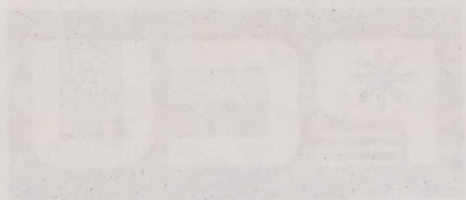


Cursos de Educación Partidaria



Selección de Textos

TOMO I



Centros de Educación Primaria

—

—

—

Estatutos del Partido Comunista

I. CARACTER Y OBJETIVOS DEL PARTIDO

Artículo 1º El Partido Comunista del Uruguay es la vanguardia política de la clase obrera y su forma superior de organización. Defiende los intereses de los trabajadores y de la nación.

Es la unión voluntaria y combativa de los comunistas, solidarios con la lucha por el mismo ideal y que se orientan por la ideología científica del marxismo-leninismo. Se guía por los principios del internacionalismo proletario, de la solidaridad internacional de los trabajadores.

El Partido Comunista del Uruguay lucha por guiar a los trabajadores y al pueblo uruguayo hacia el socialismo y la posterior edificación de la sociedad comunista; en las presentes condiciones históricas, brega por unir a la clase obrera, los campesinos y todas las fuerzas patrióticas y democráticas para conquistar la liberación nacional y social de nuestro pueblo.

II. CONDICIONES DE INGRESO, DEBERES Y DERECHOS

Artículo 2º Puede ser miembro del Partido toda persona mayor de 18 años, sin distinción de sexo, nacionalidad o raza, que acepte el programa y los presentes Estatutos, luche por su aplicación, milite en una de sus organizaciones, cumpla las decisiones del Partido y abone regularmente su cotización.

La solicitud de afiliación al Partido debe ser presentada en forma individual y avalada por dos miembros del Partido, aprobada por la Agrupación y ratificada por el organismo inmediato superior. Los miembros de la Unión de la Juventud Comunista podrán ser admitidos con la sola recomendación de la instancia inmediata superior a la organización juvenil a que pertenezcan.

El ingreso de grupos que hayan estado afiliados a otras organizaciones políticas, así como de las personas que hayan sido dirigentes de otros partidos, será resuelto directamente por el Comité Ejecutivo.

Artículo 3º Los miembros del Partido tienen el deber de:

- a) Participar activamente en la vida política del Partido, luchar por el cumplimiento de sus resoluciones y salvaguardar por todos los medios y por encima de todo su unidad, condición principal de

la fuerza del Partido.

- b) Difundir el programa y la línea política del Partido; establecer y estrechar los vínculos del Partido con la clase obrera y las masas populares; contribuir a la unidad y organización de éstas para la defensa de sus reivindicaciones; actuar en su sindicato u otra organización de masas, esforzándose por guiar en la lucha a los trabajadores y al pueblo, en salvaguardia de sus intereses, de las libertades democráticas y la soberanía nacional.
- c) Observar la disciplina del Partido, por igual obligatoria para todos sus miembros independientemente de los méritos y de los cargos que ellos ocupen; ser sincero y honrado con el Partido, sin permitir que nadie omita o desvirtúe la verdad; hacer uso de la crítica y de la autocrítica; poner de manifiesto los errores en el trabajo y luchar por eliminarlos; ser reservado y vigilante para preservar al Partido del ataque del enemigo de clase.
- d) Guiarse por una justa valoración de los cuadros según su probada fidelidad al Partido, sus cualidades políticas y prácticas, dejando siempre de lado toda consideración de amistad o fidelidad personal en la elección de los dirigentes, que sólo debe hacerse teniendo en cuenta los intereses del Partido, que son los del proletariado.
- e) Esforzarse por elevar su nivel político y cultural, por asimilar los principios del marxismo-leninismo y por contribuir al esfuerzo de los otros afiliados en el mismo sentido.

Artículo 4º Los miembros del Partido tienen derecho a:

- a) Elegir y ser elegidos para los organismos dirigentes del Partido.
- b) Participar en la elaboración de la política del Partido.
- c) Exponer en las reuniones del Partido críticas a cualquier miembro del mismo; igualmente, presentar propuestas, iniciativas u observaciones sobre defectos en el trabajo, a cualquier organismo superior, inclusive al Comité Central.
- d) Exigir el funcionamiento de los organismos del Partido y el respeto a los principios de la dirección colectiva.
- e) Participar personalmente en la reunión en que se discuta o se adopten decisiones sobre su actuación política o conducta personal.

III. PRINCIPIOS DEL CENTRALISMO DEMOCRATICO Y ESTRUCTURA DEL PARTIDO

Centralismo democrático

Artículo 5º El Partido Comunista se rige por los principios del centralismo democrático que suponen:

- a) Elección de todos los organismos de dirección de abajo a arriba, ya sea por el voto directo de los afiliados en la organización de base o por el voto de sus delegados en las demás instancias del Partido.
- b) Obligación de los organismos dirigentes de rendir cuentas periódicamente de su actuación ante las respectivas organizaciones del Partido.
- c) Aceptación del programa y los Estatutos del Partido y reconocimiento de un centro único de dirección, que es el Comité Central.
- d) Discusión de las cuestiones partidarias en el organismo correspondiente y obligatoriedad de cumplir las decisiones adoptadas por la mayoría.
- e) Obligación de los organismos inferiores de cumplir incondicionalmente las decisiones de los organismos superiores.
- f) Observancia estricta de la disciplina. Prohibición de la existencia de fracciones.

Artículo 6º La dirección colectiva es el principio rector del trabajo de los organismos del Partido; éstos deben discutir y decidir colectivamente las cuestiones políticas y las tareas. La dirección colectiva está estrechamente unida a la responsabilidad individual y se complementa con ella. El culto a la personalidad es extraño al partido marxista-leninista.

Artículo 7º Todos los organismos del Partido son elegidos democráticamente. Todas las elecciones deben reflejar cabalmente la voluntad de los electores y serán nominales. Los candidatos se presentan por la presidencia colectiva del Congreso o Conferencias o por la Comisión que estos organismos designen al efecto; dicha presidencia o comisión deben recoger y tomar en consideración las opiniones o proposiciones de los delegados. Cada votante tiene el derecho de objetar o proponer candidatos, y la asamblea, por mayoría, puede excluir el candidato objetado o agregar el candidato propuesto.

Artículo 8º Todos los afiliados tienen derecho a discutir libremente en las reuniones las cuestiones políticas y de Partido. Los organismos dirigentes son responsables de asegurar la democracia interna para permitir la más amplia discusión, desarrollar la crítica y la autocrítica y fortalecer la disciplina consciente y voluntaria. Terminada la discusión, el voto de la mayoría decide y todos los afiliados están obligados a acatar y cumplir la resolución adoptada. La discusión sobre el asunto en debate sólo puede ser reabierto por decisión de la mayoría del mismo organismo o por el organismo superior, incluyendo el Comité Central o el Congreso, cuyas decisiones son definitivas; pero mientras la decisión no sea revo-

cada, debe ser aplicada incondicionalmente, sin reserva.

Artículo 9º La crítica y la autocrítica deben ser practicadas ampliamente en todos los organismos partidarios.

Artículo 10º Una discusión general en el Partido debe ser considerada útil:

- a) si es solicitada por la mayoría de las organizaciones del Partido;
- b) si no hay en el Comité Central una mayoría suficientemente amplia sobre cuestiones esenciales del Partido;
- c) si el Comité Central estima conveniente aconsejarse con todo el Partido respecto a determinadas cuestiones políticas.

La discusión de los problemas partidarios debe ser organizada de modo que prime siempre la opinión de la mayoría y de impedir que la realización de discusiones sin límite paralice las tareas o favorezca la formación de grupos fraccionales que pongan en peligro la unidad y la capacidad de lucha del Partido.

Esta práctica de la democracia interna beneficiará al Partido y a la causa de los trabajadores y el pueblo, e impedirá que sea utilizada para disgregar o debilitar el Partido, en perjuicio de éste y de la clase obrera.

Artículo 11º El estudio del marxismo-leninismo integra las tareas normales del Partido. Todas las organizaciones deben estimular su estudio individual.

Estructura del Partido

Artículo 12º El Partido se estructura según el principio territorial y de producción, en agrupaciones, seccionales y departamentales.

Artículo 13º Los organismos superiores son: la Asamblea general para las organizaciones de base; la Conferencia de delegados para los seccionales y departamentales; el Congreso para todo el Partido.

La Asamblea general, la Conferencia de delegados y el Congreso eligen, respectivamente, un secretariado, un Comité Seccional, un Comité Departamental y un Comité Central, organizaciones que dirigen la labor partidaria en sus respectivas jurisdicciones.

Artículo 14º Cuando sea necesario, por razones políticas u orgánicas, previa decisión del Comité Central, pueden crearse Comités Regionales, con facultades equivalentes a las de un Comité Departamental.

Artículo 15º Los miembros de los organismos dirigentes elegidos en asambleas o conferencias deben ser confirmados en sus puestos por el organismo inmediato superior, a fin de asegurar la uniformidad de la aplicación de la línea general del Partido.

Artículo 16º Las Agrupaciones, Seccionales y Departamentales tienen autonomía para adoptar decisiones relativas a la actividad partidaria

en su jurisdicción, encuadradas en la línea política y las decisiones generales del Partido.

Artículo 17º En caso de violaciones de la línea política o de las normas del presente Estatuto por una organización del Partido, el organismo superior inmediato deberá intervenir para regularizar su actuación y vida interna.

Artículo 18º En caso de acefalías en un organismo dirigente, la instancia superior inmediata puede llenar provisoriamente las vacantes y convocar la Asamblea o Conferencia respectiva para la elección correspondiente.

De los organismos del Partido

Artículo 19º El organismo supremo del Partido es el Congreso.

Se reúne ordinariamente cada tres años, convocado por el Comité Central.

Se reúne extraordinariamente cuando lo convoca el Comité Central o lo soliciten organizaciones que representen dos tercios del total de miembros del Partido.

Artículo 20º La convocatoria del Congreso y el orden del día son anunciados por lo menos con dos meses de anticipación, durante los cuales se realiza la discusión preparatoria sobre la base de los materiales editados por el Comité Central.

Durante este período, todos los miembros del Partido tienen derecho a plantear y discutir cualquier cuestión vinculada con la política del Partido, la actuación de los organismos y su futura composición.

Todas las organizaciones tienen el derecho de discutir y proponer modificaciones u observaciones a la tesis o proyectos de resoluciones preparados por el Comité Central para el Congreso.

Artículo 21º El Congreso está constituido por los delegados de las Conferencias Departamentales según la representación —proporcional al número de afiliados— que establezca el Comité Central. Los miembros titulares y suplentes del Comité Central tienen derecho a voz y voto. El Congreso es válido si están representadas un conjunto de organizaciones que constituyan la mayoría del Partido. Decide sobre su orden del día y elige la presidencia colectiva, que en el transcurso del mismo ejerce las funciones del Comité Central.

Artículo 22º Las decisiones del Congreso son obligatorias para todo el Partido y no pueden ser modificadas sino por otro Congreso. Todos los miembros y organizaciones del Partido están obligados a reconocer la autoridad del Congreso y sus decisiones, así como la autoridad del Comité Central electo por el Congreso.

Artículo 23º Al Congreso corresponde:

- a) Discutir y pronunciarse sobre los informes del Comité Central.
- b) Revisar o modificar el Programa y los Estatutos del Partido.
- c) Determinar la línea política del Partido.
- d) Elegir el Comité Central.

Artículo 24º El Congreso determina el número de miembros del Comité Central y sus suplentes; estos últimos asisten con derecho a voz a las reuniones del Comité Central; toda vacante de titulares es llenada con uno de los suplentes. Para ser elegido miembro titular o suplente del Comité Central, es necesario tener cinco años consecutivos de actividad partidaria.

Artículo 25º El Comité Central es el organismo dirigente del Partido en el período comprendido entre dos Congresos. Se reúne a convocatoria del Comité Ejecutivo, por lo menos cada tres meses. Puede reunirse a convocatoria de la mayoría de sus integrantes en cualquier momento.

Artículo 26º El Comité Central aplica las resoluciones del Congreso y dirige toda la actividad del Partido; vela por el cumplimiento del Programa y los Estatutos; distribuye los cuadros del Partido; cuida de sus finanzas; designa la dirección de los órganos centrales de prensa; confirma los candidatos a los puestos electivos de orden nacional o departamental; designa la Comisión de Control y crea e integra las comisiones y secciones necesarias para la labor de dirección del Partido.

Artículo 27º El Comité Central elige de su seno un primer secretario, un Comité Ejecutivo y un secretariado.

El primer secretario encabeza la actividad del Comité Central, del Comité Ejecutivo y del Secretariado.

El Comité Ejecutivo es el organismo de dirección política que orienta el conjunto del trabajo y representa al Comité Central entre reunión y reunión y actúa en nombre de éste.

El secretariado dirige el trabajo cotidiano según las resoluciones del Comité Central o del Comité Ejecutivo.

Artículo 28º Para ser miembro de la Comisión de Control es necesario tener un mínimo de 5 años consecutivos de actividad partidaria.

Son funciones de la Comisión de Control:

- a) Comprobar la observancia individual y colectiva de la disciplina del Partido en todas las instancias, llamar a la responsabilidad y exigir la corrección de su conducta a los que infrinjan el Programa, los Estatutos o resoluciones, así como los principios de la moral partidaria.
- b) Examinar las apelaciones formuladas contra medidas disciplina-

- rias que hubieran sido aplicadas por los organismos partidarios.
- c) Vigilar el manejo de los fondos, la contabilidad y los valores del Comité Central y de los demás organismos y comisiones del Partido, para cuyo efecto podrá asesorarse por una Sub Comisión Revisora de Cuentas, cuya designación debe ser ratificada por el Comité Central.

La Comisión de Control tiene iniciativa para intervenir en cumplimiento de sus obligaciones, pudiendo proponer sanciones y sus resoluciones serán aplicadas si son confirmadas por el Comité Central o, en su defecto, por el Comité Ejecutivo.

Artículo 29º El Comité Central, cuando considere necesario discutir determinados problemas políticos, puede convocar la Conferencia Nacional, que se constituye por delegados electos por los Comités Departamentales, según las normas fijadas por el Comité Central que puede invitar a participar a otros miembros del Partido, sólo con derecho a voz.

Sus resoluciones tienen validez únicamente después de ser aprobadas por el Comité Central.

Cuando circunstancias políticas especiales, ajenas a la voluntad del Partido, impidan convocar el Congreso en la forma establecida, puede ser convocada la Conferencia Nacional, con autoridad de Congreso.

Cuando se considere necesaria una amplia discusión de determinados problemas políticos, se puede convocar reuniones del Comité Central Ampliado. Igualmente, en las diversas instancias partidarias puede convocarse reuniones o asambleas de activistas.

De los Departamentales

Artículo 30º El organismo superior del Partido en cada departamento es la Conferencia de delegados de las Conferencias Seccionales de su jurisdicción. La representación de cada seccional es proporcional al número de afiliados; dicha proporción será fijada por el Comité Departamental. Se reúne una vez por año convocada por el Comité Departamental, discutirá el orden del día fijado y designará el Comité Departamental.

Extraordinariamente puede ser convocada por el Comité Departamental, o cuando lo soliciten las dos terceras partes de las organizaciones partidarias del Departamento o por el Comité Central.

Artículo 31º El Comité Departamental dirige la actividad del Partido en el departamento, y aplica las decisiones de las instancias superiores del Partido.

Artículo 32º El Comité Departamental tiene el número de integrantes que determina la Conferencia Departamental y designa un secretario y un Secretariado que aplican sus resoluciones y dirigen la labor diaria. El Comité Departamental debe reunirse por lo menos una vez al mes y cada vez que sea convocado por el Secretariado. Designa las comisiones de trabajo que considere necesarias.

De los Seccionales

Artículo 33º El organismo superior del Partido en cada seccional es la Conferencia de delegados de las agrupaciones de su jurisdicción. La representación de cada agrupación es proporcional al número de afiliados, según norma fijada por el Comité Seccional. La Conferencia se reúne una vez por año, discute el orden del día fijado y designa el Comité Seccional.

La Conferencia Seccional puede ser convocada en forma extraordinaria por el Comité Seccional, a pedido de dos terceras partes de las agrupaciones de esa jurisdicción, por el Comité Departamental o por el Comité Central.

Artículo 34º El Comité Seccional dirige la actividad de las organizaciones del Partido de su jurisdicción y aplica las decisiones de las instancias superiores del Partido.

Artículo 35º El Comité Seccional tiene el número de integrantes que determine la Conferencia Seccional y designa un secretario y un Secretariado que aplican sus resoluciones y dirigen la labor diaria. El Comité Seccional debe reunirse por lo menos una vez al mes y cada vez que sea convocado por el Secretariado. Puede designar las comisiones de trabajo que considere necesarias.

De las Agrupaciones del Partido

Artículo 36º La organización de base del Partido es la Agrupación, que debe constituirse donde haya tres o más miembros del Partido, en empresas, fábricas, talleres, establecimientos comerciales, centros de enseñanza, concentraciones campesinas, en los pueblos, barrios, etc. Cuando así lo determinen dificultades de participación regular en las agrupaciones, se pueden crear transitoriamente agrupaciones femeninas.

Artículo 37º La instancia superior en la organización de base del Partido es la Asamblea General de afiliados.

La Asamblea designa un secretario y un secretariado, así como los encargados de diferentes actividades; cuando el número de miembros sea reducido, puede omitirse la designación del secretariado. En las empresas a que se refiere el artículo 39, designa además un Comité Dirigente. La elección de todos estos cargos y organismos debe ser anual. Ellos son los encargados de orientar y organizar el trabajo diario de la Agrupación y los responsables de hacer cumplir sus resoluciones.

Una vez por mes, la Asamblea de la Agrupación es convocada especialmente para considerar las cuestiones políticas y un balance general de sus actividades.

Artículo 38º Aquellas agrupaciones de grandes empresas o concentraciones agrícolas cuyo desarrollo reclame una ayuda preferencial, pueden depender directamente del Comité Central o del Comité Departamental respectivo, previa decisión del Comité Central.

Artículo 39º En las agrupaciones de empresas, cuando así lo determine su más eficaz actividad, previo acuerdo del Comité Departamental, pueden ser creadas Secciones, que discuten y resuelven lo referente a la actividad en sus sectores pero quedando reservadas a la Asamblea General de la Agrupación las discusiones y resoluciones generales y la elección del Comité Dirigente.

Artículo 40º La Agrupación vincula estrechamente al Partido y sus organismos superiores con la clase obrera, los campesinos y las masas populares. Sus principales tareas son:

- a) Realizar trabajo de agitación y propaganda entre las masas; difundir la prensa y la literatura del Partido; editar su propia prensa y literatura: sus periódicos, folletos, volantes, etc.
- b) Organizar a los trabajadores y a la población de su jurisdicción para la lucha por sus reivindicaciones económicas y políticas, ligada a la lucha general de la clase obrera y el pueblo, por la liberación nacional y social. Lograr que los miembros del Partido tengan participación activa en los sindicatos y organismos de masas atendiendo a los problemas políticos, económicos y culturales de los trabajadores y el pueblo, para que se organicen y luchen por la solución de todos los problemas que les afecten.
- c) Reclutar sistemáticamente nuevos afiliados, educar a éstos políticamente y ayudarlos a asimilar los fundamentos del marxismo-leninismo.
La Agrupación se esfuerza por incorporar a todos los afiliados a la militancia diaria y a las reuniones regulares.
- d) Desenvolver la crítica y la autocrítica, para proceder a la corrección de los errores, mejorar el trabajo del Partido y educar a los afiliados en el espíritu de lucha intransigente frente a los defectos en el trabajo partidario.

Coordinación de la actividad de los afiliados en los cuerpos electivos y en el movimiento de masas

Artículo 41º Para coordinar el trabajo de los miembros del Partido en los cuerpos electivos se crean grupos o comisiones, que discuten exclusivamente los problemas relacionados con el frente respectivo y actuarán en todos los casos de acuerdo a las directivas y bajo el control de los respectivos órganos del Partido, cuyas decisiones son obligatorias. Idénticos principios rigen la actividad coordinada de los comunistas en el movimiento de masas.

IV. LAS RELACIONES DE LA U.J.C. Y EL PARTIDO

Artículo 42º La Unión de la Juventud Comunista es un activo auxiliar del Partido en la lucha y movilización de los jóvenes. Actuando de acuerdo con los organismos dirigentes de cada instancia del Partido, las

De los Seccionales

Artículo 33º El organismo superior del Partido en cada seccional es la Conferencia de delegados de las agrupaciones de su jurisdicción. La representación de cada agrupación es proporcional al número de afiliados, según norma fijada por el Comité Seccional. La Conferencia se reúne una vez por año, discute el orden del día fijado y designa el Comité Seccional.

La Conferencia Seccional puede ser convocada en forma extraordinaria por el Comité Seccional, a pedido de dos terceras partes de las agrupaciones de esa jurisdicción, por el Comité Departamental o por el Comité Central.

Artículo 34º El Comité Seccional dirige la actividad de las organizaciones del Partido de su jurisdicción y aplica las decisiones de las instancias superiores del Partido.

Artículo 35º El Comité Seccional tiene el número de integrantes que determine la Conferencia Seccional y designa un secretario y un Secretariado que aplican sus resoluciones y dirigen la labor diaria. El Comité Seccional debe reunirse por lo menos una vez al mes y cada vez que sea convocado por el Secretariado. Puede designar las comisiones de trabajo que considere necesarias.

De las Agrupaciones del Partido

Artículo 36º La organización de base del Partido es la Agrupación, que debe constituirse donde haya tres o más miembros del Partido, en empresas, fábricas, talleres, establecimientos comerciales, centros de enseñanza, concentraciones campesinas, en los pueblos, barrios, etc. Cuando así lo determinen dificultades de participación regular en las agrupaciones, se pueden crear transitoriamente agrupaciones femeninas.

Artículo 37º La instancia superior en la organización de base del Partido es la Asamblea General de afiliados.

La Asamblea designa un secretario y un secretariado, así como los encargados de diferentes actividades; cuando el número de miembros sea reducido, puede omitirse la designación del secretariado. En las empresas a que se refiere el artículo 39, designa además un Comité Dirigente. La elección de todos estos cargos y organismos debe ser anual. Ellos son los encargados de orientar y organizar el trabajo diario de la Agrupación y los responsables de hacer cumplir sus resoluciones.

Una vez por mes, la Asamblea de la Agrupación es convocada especialmente para considerar las cuestiones políticas y un balance general de sus actividades.

Artículo 38º Aquellas agrupaciones de grandes empresas o concentraciones agrícolas cuyo desarrollo reclame una ayuda preferencial, pueden depender directamente del Comité Central o del Comité Departamental respectivo, previa decisión del Comité Central.

Artículo 39º En las agrupaciones de empresas, cuando así lo determine su más eficaz actividad, previo acuerdo del Comité Departamental, pueden ser creadas Secciones, que discuten y resuelven lo referente a la actividad en sus sectores pero quedando reservadas a la Asamblea General de la Agrupación las discusiones y resoluciones generales y la elección del Comité Dirigente.

Artículo 40º La Agrupación vincula estrechamente al Partido y sus organismos superiores con la clase obrera, los campesinos y las masas populares. Sus principales tareas son:

- a) Realizar trabajo de agitación y propaganda entre las masas; difundir la prensa y la literatura del Partido; editar su propia prensa y literatura: sus periódicos, folletos, volantes, etc.
- b) Organizar a los trabajadores y a la población de su jurisdicción para la lucha por sus reivindicaciones económicas y políticas, ligada a la lucha general de la clase obrera y el pueblo, por la liberación nacional y social. Lograr que los miembros del Partido tengan participación activa en los sindicatos y organismos de masas atendiendo a los problemas políticos, económicos y culturales de los trabajadores y el pueblo, para que se organicen y luchen por la solución de todos los problemas que les afecten.
- c) Reclutar sistemáticamente nuevos afiliados, educar a éstos políticamente y ayudarlos a asimilar los fundamentos del marxismo-leninismo.
La Agrupación se esfuerza por incorporar a todos los afiliados a la militancia diaria y a las reuniones regulares.
- d) Desenvolver la crítica y la autocrítica, para proceder a la corrección de los errores, mejorar el trabajo del Partido y educar a los afiliados en el espíritu de lucha intransigente frente a los defectos en el trabajo partidario.

Coordinación de la actividad de los afiliados en los cuerpos electivos y en el movimiento de masas

Artículo 41º Para coordinar el trabajo de los miembros del Partido en los cuerpos electivos se crean grupos o comisiones, que discuten exclusivamente los problemas relacionados con el frente respectivo y actuarán en todos los casos de acuerdo a las directivas y bajo el control de los respectivos órganos del Partido, cuyas decisiones son obligatorias. Idénticos principios rigen la actividad coordinada de los comunistas en el movimiento de masas.

IV. LAS RELACIONES DE LA U.J.C. Y EL PARTIDO

Artículo 42º La Unión de la Juventud Comunista es un activo auxiliar del Partido en la lucha y movilización de los jóvenes. Actuando de acuerdo con los organismos dirigentes de cada instancia del Partido, las

organizaciones respectivas de la Unión de la Juventud Comunista debe merecer toda la ayuda política de las organizaciones partidarias.

Artículo 43º Guiándose por la línea política del Partido, la Unión de la Juventud Comunista despliega el máximo espíritu de iniciativa política y de amplitud para la unidad y organización de los jóvenes y su incorporación al movimiento general de la clase obrera y el pueblo. La Unión de la Juventud Comunista educa a sus afiliados en la ideología del proletariado, el marxismo-leninismo.

V. LA DISCIPLINA PARTIDARIA

Artículo 44º La disciplina del Partido es consciente, basada en la unidad ideológica y política, en su carácter de organización combativa al servicio del proletariado y el pueblo. Cada miembro del Partido, al afiliarse a éste, contrae voluntariamente el compromiso de ajustarse a esta disciplina.

Artículo 45º Cada afiliado tiene el derecho y el deber de discutir en su organismo todas las cuestiones y sostener su punto de vista; pero una vez adoptada una decisión, es obligatorio su cumplimiento; no hacerlo, es violar la disciplina y puede ser pasible de sanciones.

Artículo 46º Son motivo de sanción: la violación del Programa o de los Estatutos; el incumplimiento de las resoluciones de los organismos respectivos; el fraccionalismo y todo atentado contra la unidad del Partido; las infracciones a la moral proletaria (falta de honestidad y sinceridad ante el Partido, difusión de calumnias, disolución en las costumbres), y todo cuanto dañe al Partido y su autoridad ante las masas.

Artículo 47º Según la gravedad de la falta cometida, las organizaciones correspondientes pueden aplicar las siguientes sanciones:

- a) Advertencia.
- b) Censura interna.
- c) Censura pública.
- d) Separación del cargo que ocupa.
- e) Separación del Partido.
- f) Expulsión del Partido.

Artículo 48º La expulsión es la más severa sanción del Partido. Al decidir o ratificar la expulsión del Partido, se debe proceder con el máximo cuidado y espíritu de camaradería: examinar a fondo los hechos y considerar detenidamente las cuestiones alegadas por el militante involucrado.

Por faltas no graves, deben aplicarse medidas de carácter educativo y correctivo y no la expulsión, que es la sanción máxima.

Las decisiones de expulsión sólo pueden ser publicadas en la prensa, por decisión expresa del Comité Ejecutivo.

Artículo 49º Las medidas disciplinarias adoptadas por una organización partidaria deben contar con el voto de la mayoría de los participantes de la reunión y sólo son válidos después de su ratificación por el organismo superior.

Todo miembro del Partido que juzgue injusta una sanción recibida puede pedir su reconsideración, sin perjuicio de apelar a los organismos superiores, incluso el Congreso.

Artículo 50º Los miembros titulares y suplentes del Comité Central sólo pueden ser sancionados por el Congreso o por decisión de dos tercios del Comité Central; en este último caso, la sanción comienza a regir desde el momento de ser adoptada, pero será llevada a posterior ratificación del Congreso.

Artículo 51º Los afiliados no pueden mantener relaciones con personas expulsadas del Partido ni con enemigos de la clase obrera y el pueblo.

VI. LAS FINANZAS DEL PARTIDO

Artículo 52º Los recursos financieros del Partido están constituidos:

- a) Por las contribuciones mensuales de sus miembros, proporcionales a sus ingresos, según escala que fijará el Comité Central.
 - b) Por las donaciones de afiliados y amigos.
 - c) Por las dietas de los miembros del Partido que ejerzan representación del mismo en cargos públicos.
- El Comité Central establece la forma de distribución de los recursos entre las distintas instancias del Partido.

VII. EMBLEMA DEL PARTIDO

Artículo 53º El emblema oficial del Partido es una hoz y un martillo; la bandera del Partido es un rectángulo rojo con el emblema en el ángulo superior izquierdo.

XIX CONGRESO DEL P.C.U.

Agosto de 1966

INFORME SOBRE LOS ESTATUTOS

(Presentado por Alberto Altesor, Miembro del Cté. Central y del Comité Ejecutivo)

I. La concepción fundamental que ha guiado al Partido

CAMARADAS:

El informe del camarada Arismendi reafirma que toda nuestra concepción reposa en el papel de vanguardia del Partido, en el papel de vanguardia de la clase obrera, que es el problema cardinal de la revolución uruguaya.

Partiendo de esta idea, que presidió toda la acción del Partido desde el XVI Congreso, podemos afirmar que toda discusión sobre el Estatuto implica el examen de los principios y normas básicas que regulan y orientan la organización del Partido, y ésta debe servir eficazmente al cumplimiento de los objetivos que nos planteamos. El Proyecto de Resolución General constata que se ha alcanzado un escalón superior en el proceso revolucionario uruguayo, caracterizado principalmente por la participación activa de vastas masas en la decisión de los grandes problemas nacionales y que ello plantea al Partido la tarea de elevar su trabajo a la altura que corresponda a esa nueva situación.

En esa dirección avanzar con un nuevo ritmo en la conquista política e ideológica de la mayoría de la clase obrera y extender la influencia del Partido a las grandes masas de cientos de miles de trabajadores que han irrumpido en las luchas sociales y políticas.

Estamos pues ante una nueva etapa en la tarea histórica de forjar la fuerza social y política que conquiste la liberación nacional y social de nuestro pueblo. Esta tarea sólo puede cumplirla una vanguardia que eleve permanentemente su unidad, su organización, su disciplina y que profundiza su ligazón con las masas, ganando su adhesión y apoyo.

La discusión sobre el Estatuto debe servir a estos fines.

II. El Estatuto vigente cumplió una muy alta función

El Estatuto vigente, aprobado en el XVII Congreso respondió a los profundos cambios introducidos en la línea política y en los métodos de trabajo del Partido por el XVI Congreso.

En esta oportunidad el Partido recogió y sintetizó lo mejor de su propia experiencia y todo lo que fuera adoptable de la experiencia internacional, inspirándose y guiándose por los principios y normas del Partido de nuevo tipo creado por Lenin.

En particular, el Estatuto aprobado por el XVII Congreso en 1958, buscó restablecer la vigencia plena del principio del centralismo democrático, afirmar la unidad ideológica materializada en el Programa y la táctica política, en la unidad material de organización que hiciera posible la unidad de voluntad y de acción del conjunto del Partido; profundizar la disciplina sobre la base de la aplicación consecuente de las normas democráticas que rigen la vida interna del Partido.

El período transcurrido desde el XVII Congreso, caracterizado por la intensidad de la lucha de clases y por el impetuoso desarrollo ideológico, político y orgánico del Partido, puso de relieve la esencial justeza del Estatuto vigente, pero mostró a la vez la necesidad de ajustar el texto de determinados artículos e incorporar algunas normas orgánicas surgidas de la experiencia práctica.

III. Estimular las cualidades combativas de los comunistas

La Comisión designada para estudiar las modificaciones, examinó el Estatuto en su conjunto, comprobando que de la confrontación del texto y del espíritu del Estatuto con la rica experiencia vivida por el Partido durante la etapa que va desde el XVII Congreso (1958) a la fecha, no se ha manifestado ninguna contradicción fundamental entre el Estatuto y la vida orgánica del Partido. Por el contrario, el Estatuto y el informe del camarada Suárez, que lo explica y fundamenta, han sido eficaces instrumentos para la elevación ideológica y el desarrollo orgánico del Partido.

Su artículo 1º que define el carácter y los objetivos del Partido recoge concentradamente los principios leninistas que fundamentan el Partido de nuevo tipo, partido de la clase obrera, su vanguardia política y su forma superior de organización; Partido combativo, revolucionario y monolíticamente unido.

Lenin enseñaba que no basta titularse "vanguardia", "pero es preciso obrar de suerte que todos los demás destacados vean y estén obligados a reconocer que marchamos a la cabeza".

El informe del compañero Arismendi a este Congreso constata que lo característico ha sido el avance a ritmos no comunes en períodos que no son de crisis revolucionaria. Ese avance está señalado por el papel del Partido en la vida política del país, que se ha transformado en la fuerza fundamental de la izquierda, por su peso, su influencia y conducción en todas las luchas obreras y populares del país, por su ascendiente en la juventud, principalmente obrera y estudiantil que se refleja en el fortalecimiento y la formación de una combativa Juventud Comunista; por el crecimiento cuantitativo, ideológico, organizativo, cualitativo de las fuerzas del Partido.

El Partido ha demostrado, pues, en la práctica, que ha sabido ganarse la posición de vanguardia en las luchas de la clase obrera y el pueblo y también que ha sabido guiarse por los principios del internacionalismo,

pues han mantenido siempre en alto la bandera de la solidaridad con la U. Soviética y demás países socialistas, con todos los partidos hermanos, con todos los pueblos que luchan por su liberación. Prueba de ello, para no remitirnos al pasado más lejano, son las luchas desarrolladas en solidaridad con la revolución cubana, con Venezuela, Santo Domingo, Viet Nam, etc.

Un rasgo característico de nuestro Partido ha sido su combatividad. Ello es un reflejo de su composición social, de la calidad de sus militantes y del carácter ofensivo de su línea política. Ha sido una de las cualidades que nos ha permitido conquistar la posición de vanguardia, y derrotar en el seno de las masas las corrientes reformistas, oportunistas y el radicalismo pequeño-burgués, que han buscado permanentemente negar el papel de vanguardia del Partido.

Es esa combatividad del Partido y la justeza de su línea política, lo que más irrita a los imperialistas norteamericanos, a la oligarquía nativa y a todos los enemigos del proletariado.

Cabe señalar entonces, que este rasgo del Partido y de sus cuadros debe ser estimulado permanentemente, combatiendo toda manifestación de pasividad, de burocratismo, toda tendencia a la vida sedentaria o administrativa, así como la indecisión, el incumplimiento de las resoluciones y todo lo que paraliza la acción política de los organismos y los cuadros del Partido.

IV. Elevar la condición de miembro del Partido

Es necesario valorar las condiciones de militante del Partido, establecidas en el artículo 2º del Estatuto. Su texto es correcto, pero es preciso llamar la atención sobre el hecho de que muchas organizaciones de base y militantes del Partido, no toman suficientemente en cuenta su letra y su espíritu:

1) En el artículo se establece que para ingresar al Partido, y en consecuencia, para poseer el título de comunista, debe aceptarse el Programa y los Estatutos, luchar por su aplicación, militar en una de sus organizaciones, cumplir las resoluciones del Partido y abonar regularmente su cotización. Todos los que ingresan al Partido deben saber que contraen esas obligaciones mínimas. Pero hay compañeros que llevados por el justo afán de reclutar, menosprecian u ocultan el planteamiento sobre estos deberes del afiliado, en particular sobre la obligación de **militar en una de las organizaciones del Partido**. En el fondo se menosprecia el valor del título de miembro del Partido y el propio carácter del Partido. Queremos reclutar y formar militantes revolucionarios y no simples adherentes. Ello se vincula a la falta de un esfuerzo permanente por asimilar a todos los afiliados al trabajo y a las reuniones, hecho que también se expresa en algunas agrupaciones. Estamos pues ante dos manifestaciones de un mismo problema: la insuficiente valoración del título de miembro del Partido. Es bueno recordar lo dicho por Lenin a este respecto:

"Nuestra tarea es cuidar de que los miembros del Partido se mantengan firmes en sus convicciones, enteros en su acción y puros en sus ideas. Debemos elevar más y más cada día el título de miembro del Partido y su importancia".

La justa interpretación de este planteamiento de Lenin en las condiciones de nuestro Partido, acentúa la responsabilidad de los cuadros en cuanto a su trabajo permanente y múltiple con el conjunto de los afiliados.

Para mejor comprensión del problema planteado, transcribimos del proyecto de resolución general, una explicación sobre el Partido de cuadros y de masas que estamos construyendo:

"En el proceso de su desarrollo, el Partido se guía por la perspectiva de un Partido de cuadros y de masas, es decir, de una concepción que une dialécticamente una masa de miles de afiliados, reclutados entre los mejores combatientes del movimiento obrero y popular, que se forman como comunistas en torno a un núcleo de cuadros experimentados y probados. Ello no supone la existencia de dos categorías de afiliados, ni de dos disciplinas, sino que refleja el doble aspecto de la necesaria amplitud del Partido y de su férrea cohesión revolucionaria; exige la atención simultánea y armónica tanto al reclutamiento masivo como a la formación de los cuadros y a las formas y niveles de organización que permitan y faciliten

2) El mismo artículo establece que la solicitud de afiliación debe ser avalada por dos miembros del Partido, aprobada por la agrupación y ratificada por el organismo inmediato superior.

También en esto se nota cierta liberalidad, o incompreensión en muchos militantes y organismos.

Se avala la ficha sin conocer al solicitante, y no siempre la agrupación considera la solicitud de afiliación antes de darle curso, lo que también sucede en los Comités Seccionales.

Debe comprenderse bien que el cumplimiento estricto de esta norma es de gran importancia. Nuestra propia experiencia muestra cómo el enemigo busca introducir provocadores en nuestras filas (menciona aquí el nombre de dos descubiertos en ese período).

Destacamos que el compañero que firma una ficha de afiliación, es el **que certifica, el que garantiza** que la persona que solicita su ingreso es digna de incorporarse a las filas del Partido. La Agrupación y el Comité Seccional deben estudiar detenidamente cada solicitud de afiliación, reuniendo la información necesaria.

Este llamado de atención no ha de interpretarse como una restricción a nuestra justa política de reclutamiento. La experiencia ha probado que los métodos de reclutamiento usados por el Partido son esencialmente justos; reclutamos en el medio de la lucha a los mejores combatien-

tes de la clase obrera y el pueblo. Lo que plantea el informe del camarada Arismendi a este Congreso, es la intensificación del reclutamiento; pero ello no se contrapone con la más alta valorización del título de miembro del Partido ni con la necesaria acentuación de la vigilancia política.

V. Sobre derechos y deberes del afiliado

El texto de los artículos 3º y 4º no merece objeciones. Por el contrario, ellos resumen de forma ajustada y precisa los deberes y los derechos de los miembros del Partido y en realidad armonizan el conjunto de condiciones que caracterizan al militante comunista y al cuadro del Partido:

"Participar activamente en la vida política del Partido, luchar por el cumplimiento de sus resoluciones y salvaguardar por todos los medios y por encima de todo su unidad, condición principal de la fuerza del Partido. Difundir el programa y la línea política del Partido, establecer y estrechar los vínculos del Partido con la clase obrera y las masas populares; unir las y organizarlas para la defensa de sus reivindicaciones; actuar en su sindicato y organización de masas correspondiente esforzándose por guiar en la lucha a los trabajadores y al pueblo, para la defensa de sus intereses y los de la República. Observar la disciplina del Partido, igualmente obligatoria para todos sus miembros, independientemente de los méritos y los cargos que ellos ocupen; ser sincero y honrado con el Partido, sin permitir que nadie omita o desvirtúe la verdad; hacer uso de la crítica y de la autocritica para poner de manifiesto los errores en el trabajo y luchar por eliminarlos; ser reservado y vigilante para preservar al Partido del enemigo de clase. Guiarse por una justa valoración de los cuadros según su probada fidelidad al Partido y sus cualidades políticas, dejando siempre de lado toda consideración de amistad o fidelidad personal en la elección de los dirigentes, que sólo debe hacerse teniendo en cuenta los intereses del Partido, que son los del proletariado. Esforzarse por elevar su nivel político y por asimilar y hacer asimilar a los otros afiliados los principios del marxismo-leninismo".

La lucha por el cumplimiento de este conjunto de deberes elementales, rigurosamente obligatorios para todo miembro del Partido, armonizados con el ejercicio pleno del derecho de elegir y ser elegido a los organismos del Partido, a participar en la elaboración de la línea política, a exponer sus críticas y sus puntos de vista en las reuniones, a participar en las reuniones en que se discute su actuación política o su conducta personal, etc., son elementos insustituibles para la formación del cuadro comunista "abnegado, realizador, fiel a la línea del Partido y a la clase obrera, firme frente al enemigo, ligado a las masas, con iniciativa y con responsabilidad, que coloca al Partido por encima de sus intereses personales, que se funde con la causa de la revolución" (del informe de Arismendi).

La lucha por el cumplimiento del Estatuto del Partido debe ser patri-

monio de cada organismo y de cada dirigente. Y ha de estar orientada a la elevación del espíritu de Partido y el fortalecimiento de la disciplina.

VI. El principio rector de nuestra organización

El informe del Comité Central indica elevar nuestro trabajo a una etapa superior. Los objetivos planteados ante el Partido son ahora de otras dimensiones: ganar para las ideas de la revolución a la mayoría de la clase obrera, extender nuestra influencia a cientos de miles de trabajadores, colocar al Partido y a las masas en condiciones de enfrentar la lucha en cualquier circunstancia.

Ello supone el esfuerzo por la superación de las inarmonías, señaladas en el XVIII Congreso y por la elevación de la organización a la altura de las exigencias del desarrollo del movimiento revolucionario. La agudización de la lucha de clases, obliga, a la vez, a profundizar la asimilación de los principios y normas que rigen la organización del Partido y en particular del principio rector de la estructura orgánica del mismo, **el centralismo democrático.**

Este es el principio que asegura la unidad de pensamiento y acción de todo el Partido.

El centralismo significa **programa y Estatutos únicos,** obligatorios para todas las organizaciones y miembros, y un centro único de dirección de todo el Partido, que es su Comité Central, presupone una disciplina única, que obliga a los organismos inferiores a cumplir incondicionalmente las decisiones de los organismos superiores y a la minoría, supeditarse a la mayoría dentro de cada organismo.

El centralismo es inseparable de la democracia.

La experiencia demuestra que nuestro Partido aplica consecuentemente los principios del centralismo democrático. Podemos afirmar sin temor a ser desmentidos, que somos el Partido más democrático del Uruguay, el único que asegura la participación de todos sus militantes en la elaboración de su línea política: todos los organismos dirigentes son elegidos de abajo a arriba por los miembros del Partido y rinden cuenta periódicamente de su actividad ante el Partido y se renuevan de acuerdo a la voluntad de éste.

Todos los afiliados participan con plena igualdad de derechos y sin excepción alguna en la vida del Partido.

Podríamos, camaradas, hacer aquí un paréntesis, para contrastar esta conducta inalterable de los comunistas, con la actitud de los políticos y los partidos de las clases dominantes, que a espaldas de las propias masas de sus afiliados están en estos instantes fraguando un pacto para imponer a la República una Constitución regresiva.

Son dos actitudes; dos conductas. La de ellos, escondidos del pueblo, sólo reciben el apoyo entusiasta de la Federación Rural, de la Liga

Federal y del embajador norteamericano, Mr. Hoyt.

La nuestra, buscando la discusión, el apoyo de las grandes masas obreras y populares, y colocando sobre la mesa en todas las agrupaciones y ante el Congreso del Partido, todo lo que será convertido en nuestra orientación y los propios Estatutos del Partido.

Esta práctica es la que permite la más severa disciplina y la afirmación cada vez mayor de la autoridad del centro dirigente, es decir, de la dirección del Partido.

La disciplina es el producto de la conciencia y la comprensión de la necesidad de que el Partido tenga una voluntad común y asegure la unidad de acción de todos sus miembros.

El Programa y la línea política, elaborada con la participación de todos los organismos y miembros del Partido, expresa la voluntad común y la organización asegura la unidad de acción del conjunto del Partido.

El publicista soviético, L. Slepov, en el folleto "Principios y normas leninistas de vida del Partido", refiriéndose a la experiencia del P.C.U.S.:

"El centralismo y la democracia interna obedecen a la conveniencia revolucionaria. Según sean las condiciones históricas, el peso relativo de uno u otra puede aumentar o disminuir. La experiencia del Partido Comunista de la Unión Soviética dice que, en condiciones de clandestinidad, cuando el Partido se ve perseguido, o durante la guerra, destaca al primer plano el centralismo, conservándose EN LA MEDIDA POSIBLE todas las formas democráticas. En cambio, cuando el Partido actúa en condiciones legales, gozando de libertad, aunque sea relativa, y tanto más si es dirigente, si está en el poder, se desarrollan ampliamente las formas democráticas, que se conjugan, desde luego, con el centralismo, sin el cual sería imposible lograr la voluntad común y la unidad de acción de los comunistas".

En este sentido es útil recordar cómo planteaba Lenin el principio de centralismo, en 1920, expresado en la 13ª condición para el ingreso a la Internacional Comunista:

"Los Partidos que pertenecen a la Internacional Comunista deben estructurarse de acuerdo con el principio del Centralismo democrático. En la presente época de agudizada guerra civil el Partido Comunista podrá cumplir su deber sólo si está organizado en la forma más centralizada posible, si domina en él una disciplina férrea, lindante con la disciplina militar y si su organismo central es fuerte, si goza de amplios poderes y de gran autoridad moral dotado de grandes prerrogativas y gozando de la confianza de todos los afiliados".

Es claro que no estamos en una situación histórica similar. Pero hemos traído esta cita de Lenin, porque ella nos ayuda a comprender mejor cómo los principios de organización se adecúan a las necesidades del proceso revolucionario.

VII. Crítica y autocrítica, probado método de avance

El régimen del centralismo democrático presupone el examen de las cuestiones políticas y del trabajo de los organismos del Partido sobre la base de la crítica y la autocrítica.

Lenin señalaba que el Partido debe estimular por todos los medios la crítica y la autocrítica como el gran instrumento para descubrir y corregir los defectos.

En el informe sobre los Estatutos rendido ante el XVIII Congreso por el camarada A. Suárez, se establece:

“El marxismo-leninismo es una ciencia. Como toda ciencia, su utilización incluye la diaria confrontación de la teoría y la práctica. En el infinito proceso de verificar en la práctica la teoría con la experiencia extraída de la práctica, la crítica y la autocrítica es un instrumento esencial que nos permite acercarse incesantemente a la verdad. Por ello, la constante utilización de la crítica y la autocrítica presupone reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado, y discutir atentamente los medios de corregirlos. Lejos de ser un medio de denigración o de flagelación, la crítica y la autocrítica es un probado método de valorización de la experiencia, para calificar constantemente el trabajo del Partido y de cada cuadro”.

A lo largo de todo este período el Partido ha avanzado sustancialmente en cuanto a la correcta utilización de esta norma leninista.

Ha pasado definitivamente la época en que la crítica y la autocrítica eran utilizadas como elementos torturantes para los cuadros. Sin embargo, la crítica no debe confundirse con la libertad de expresar cualquier tipo de opinión contraria a la línea y a la disciplina partidaria, ni con las manifestaciones de individualismo y personalismo. Toda prédica contraria a la línea del Partido y a sus resoluciones es incompatible con la unidad del Partido y en consecuencia, inadmisible.

Contestando a las corrientes pequeñoburguesas que reclamaban implantar la absoluta libertad de crítica, decía Lenin:

“Cada uno es libre de escribir y de hablar cuanto quiera, sin la menor cortapisa. Pero toda asociación libre (incluido todo partido) es también libre para arrojar de su seno a aquellos de sus miembros que utilicen el nombre del Partido para propugnar puntos de vista contrarios a éste... El Partido es una unión voluntaria, cuya disgregación, primero ideológica y luego material, sería inevitable si no se desembarazase de los miembros que sostienen opiniones opuestas a las del partido. Pues bien, para determinar los límites entre el partido y lo que es contrario al partido está el Programa del mismo, están sus resoluciones sobre tácticas y Estatutos...”

La crítica y la autocrítica son pues, valiosos instrumentos para la corrección de los errores, para la elevación ideológica de los cuadros, para el fortalecimiento de la disciplina, para la erradicación de las concepciones burguesas y pequeñoburguesas como el individualismo y el personalismo en el seno del Partido, por lo que deben ser estimuladas sistemáticamente.

VIII. Más altas exigencias a los organismos de dirección

Desde el XVI Congreso se ha restablecido plenamente el carácter colectivo de dirección en todos los organismos del Partido.

El artículo 6º del Estatuto determina que la dirección colectiva es el principio rector del trabajo de los organismos del Partido.

La dirección colectiva forma parte del régimen del centralismo democrático y unida al método de la crítica y la autocrítica, reduce la posibilidad de errores y permite recoger la experiencia y la iniciativa de los cuadros y enriquecer la línea política a la luz del marxismo-leninismo.

Es el método opuesto a las tendencias pequeñoburguesas que generan el personalismo y el individualismo. La dirección colectiva no se contrapone al papel y al prestigio de los cuadros, ni disminuye la responsabilidad individual de cada dirigente.

El Proyecto de Resolución General refiriéndose a la dirección del Partido establece:

“La tarea trazada desde el XVI Congreso de la formación de la dirección del Partido, inspirada por el marxismo-leninismo, unida sobre bases de principios que reúna armónicamente la firmeza revolucionaria, la experiencia, los vínculos de masas, la capacidad realizadora, la autoridad ante las masas y el Partido, tarea esencial en el proceso de la construcción del Partido, ha sido conducida sistemáticamente y ha llevado a la conformación de un núcleo fundamental de dirección que satisface aquellas exigencias fundamentales. El proceso de la formación de la dirección pasa ahora a una nueva etapa, más elevada; la dirección debe superar su calificación, fortalecer su estrecha cohesión en torno a los principios; debe reforzarse el trabajo colectivo, eliminando todo residuo de individualismo y personalismo, logrando un entendimiento profundo de sus integrantes, sin perjuicio de la necesaria y deseable variedad en las cualidades y rasgos particulares de los mismos. Ello reclama una mayor exigencia a los cuadros dirigentes que integran el Comité Ejecutivo y el Comité Central, una mejor conducción de sus reuniones, discusiones y trabajos, para capacitarlos colectiva e individualmente para jugar el papel superior que plantean las nuevas tareas políticas e ideológicas del Partido. En torno al Comité Central y en el seno de los Comités Departamentales debe procesarse la formación de cuadros de altas cualidades dirigentes, capaces de constituir mañana las fuerzas nuevas que pasarán a integrar la Dirección del Partido”.

La nueva etapa exige acentuar la calificación de los organismos de dirección en todos los escalones y elevar el prestigio y autoridad de la dirección y de los dirigentes ante el Partido y ante el pueblo. Ello es una necesidad que deriva de la situación política.

IX. Sobre los cuadros y la política de cuadros

En el informe del camarada Arismendi ante este XIX Congreso, los problemas referentes a los cuadros están vivamente planteados y ocupan un importante lugar. Ello es comprensible porque, en última instancia, son los cuadros los que llevarán a la práctica las resoluciones del Congreso y porque éste es uno de los grandes problemas del Partido.

El Proyecto de Resolución General dice:

“En todo el Partido debe crearse una clara comprensión en torno al problema de los cuadros, de sus cualidades y las condiciones de su formación y promoción. En esta materia, debe combatirse todo subjetivismo, toda manifestación de espíritu de capilla y de amiguismo; los cuadros deben ser medidos objetivamente por sus cualidades principales: adhesión a la línea del Partido, vinculación con las masas, espíritu de lucha y de sacrificio, iniciativa política, independencia de criterio, responsabilidad en el cumplimiento de las tareas, firmeza frente a la reacción”.

Esta discusión sobre los problemas de organización que realizamos en torno al Estatuto, debe servir a tales fines.

“No alcanza con un registro numérico y administrativo de los cuadros, sino que se requiere un conocimiento vivo y directo de los mismos que permite descubrir sus cualidades y vocaciones y ubicarlos en aquellos puestos en que sean capaces de rendir al máximo” (del Proyecto de Resolución General).

Ello presupone conciencia clara sobre el tipo de cuadros que necesita el Partido, y la adopción, de las medidas prácticas que nos permitan cumplir las directivas señaladas.

Una vez más podemos recurrir a la definición hecha por Dimitrov:

“Necesitamos hombres vivos, hombres que salgan de la masa obrera, de sus luchas diarias, hombres de actividad combativa, entregados abnegadamente a la causa del proletariado, que llevan a la práctica, con sus cabezas y sus manos, los acuerdos de nuestro Congreso”.

Este es el tipo de cuadros que necesitamos. Ellos están en nuestras propias filas y en las filas del movimiento obrero y popular.

Conocerlos, promoverlos acertadamente, ayudarlos en su formación y desarrollo, he aquí la gran tarea. Ella obliga al trabajo sistemático con los cuadros, al restablecimiento pleno del trabajo vertical y al control riguroso del cumplimiento de las tareas encomendadas. Sólo así será po-

sible conocer sus cualidades, medir su trabajo, saber en qué medida son capaces de unir la palabra a la acción.

X. Un deber esencial: defender la unidad del Partido

En el Estatuto hay un conjunto de normas orientadas a preservar y fortalecer la unidad del Partido. Ellas son el fruto de la experiencia histórica del movimiento comunista internacional.

Pero, en última instancia, lo que garantiza la unidad del Partido es la acción militante de los cuadros en su defensa.

El Estatuto plantea que uno de los deberes de los afiliados es la defensa intransigente de la unidad del Partido, porque ella es la condición principal de su fuerza.

Conocido esto, el enemigo de clase y, en particular, el imperialismo norteamericano, buscan incesantemente socavar la unidad del Partido.

Hacia este fin invierten millonarias sumas de dinero.

Su abundante propaganda está dirigida a minar la confianza de los militantes en las ideas del comunismo y en la dirección del Partido.

Sirven a estos fines, entre otros, el grupito trotskista, que hablando una lengua seudo revolucionaria, se dedica a calumniar al Partido y a su dirección.

Corresponde que en cada organismo se mantenga la necesaria vigilancia política y se adopten a tiempo las medidas para impedir todo surgimiento de fracciones en el seno del Partido.

Sentido y alcance de las modificaciones

Entramos ahora a examinar el sentido y alcance de las modificaciones que estamos proponiendo. En primer lugar, debo decir que ellas no afectan el contenido esencial del Estatuto vigente, ni su estructura.

Las modificaciones más importantes son:

1º) Las referidas a la Comisión de Control y Comisión Revisora de Cuentas, artículos 27 y 28 del Estatuto vigente.

El sentido de esta modificación está dirigido a jerarquizar la Comisión de Control, dándole mayor iniciativa, extendiendo más ampliamente su radio de acción y precisando con claridad sus funciones. Se incorporan además como cometido de la Comisión de Control, las funciones que en el Estatuto vigente estaban asignadas a la Comisión Revisora de Cuentas, por lo que se suprime esta Comisión, eliminando el art. 28º.

Se entendió que era conveniente poner todo lo referente al control en manos de una sola Comisión, la que podrá asesorarse por una Subcomisión Revisora de Cuentas (véase el art. 28º del Proyecto).

29) Se modifica el art. 26º para definir el papel del Primer Secretario del Partido, que el artículo omitía y precisar mejor la función del Comité Ejecutivo. En realidad se propone corregir la omisión, introduciendo en el texto del Estatuto lo que rige en la práctica. Este artículo pasa a ser el 27º en el Proyecto que está en manos de los compañeros delegados y la claridad de su texto nos exime de mayores explicaciones.

39) Se modifica el art. 18º (que pasa a ser el 19º) referente a los plazos para la convocatoria del Congreso ordinario, proponiendo que sea cada 3 años en lugar de cada 2. Esta modificación está aconsejada por la vida; el plazo de 2 años resulta demasiado breve, pero además, se mantiene la facultad del Comité Central para convocar al Congreso, extraordinariamente, en cualquier momento que lo considere necesario y mantiene esta iniciativa a las organizaciones del Partido que representen los dos tercios de los afiliados.

49) Hay, además, agregados, precisiones y modificaciones en los artículos 3º, 5º, 12º, 13º, 32º, 35º, 39º, y 40º las que no cambian el sentido fundamental de estos artículos, ni limitan su alcance. Veamos:

Art. 3º, inc. b) al final, decía: "...para la defensa de sus intereses y los de la República", y en el Proyecto dice: "**...para la defensa de sus intereses, de las libertades democráticas y la soberanía nacional**".

Art. 5º, que define el centralismo democrático, se agrega el inc. c) **aceptación del Programa y los Estatutos, reconocimiento de un centro único de dirección, que es el Comité Central.** Y en el inc. f) se agrega: **observancia estricta de la disciplina.**

Con estos agregados se salvan omisiones del Estatuto vigente.

El art. 12º, que define la estructura del Partido, se desglosa en dos artículos, 12º y 13º del Proyecto, y la modificación va dirigida a definir más científicamente la estructura del Partido.

En el art. 13º (que en el Proyecto pasa a ser 14º) se establece que la jerarquía del Comité Regional será igual a la de un Comité Departamental.

En los arts. 32º y 35º se agrega la designación del Secretariado del Comité Departamental y Seccional, destacando así el papel más importante y más responsable del Secretariado, que debe encabezar la dirección en todos los organismos del Partido.

En el art. 39º (que en el Proyecto pasa a ser 40º) que define las tareas de la agrupación, se agrega, en el inc. c) una frase que dice: **La agrupación se esfuerza por incorporar a todos los afiliados a la militancia diaria y a las reuniones regulares.**

Es obvio explicar el sentido de esta incorporación, pues se comprenderá fácilmente que procura acentuar la necesidad de una lucha más permanente y más concentrada por lograr la militancia regular de todos los miembros del Partido.

Se modifica el art. 40º del Estatuto vigente, sustituyéndolo por un nuevo artículo, que en el Proyecto pasa a ser el 37º en el que se definen los cargos y los organismos dirigentes de las agrupaciones: el Secretariado de la Agrupación, el Secretariado y en aquellas agrupaciones de grandes empresas que se resuelve crear secciones, el Comité Dirigente.

Se precisa que una vez por mes, la Asamblea de la Agrupación deberá discutir los problemas políticos y el balance de sus actividades.

Quiere decir que el Secretariado o el Comité Dirigente preparan más cuidadosamente esta Asamblea semanal, citando a todos los afiliados, pues en ella deben rendir cuenta de cumplimiento de los planes y del conjunto de su actividad.

Debe quedar claro que esta obligación no elimina la reunión normal semanal de la Agrupación, ni debe disminuirse el esfuerzo para lograr la participación en ella del mayor número posible de afiliados.

Hay además modificaciones de redacción, dirigidas a precisar más claramente el contenido y a mejorar el estilo del conjunto del Estatuto. Los camaradas delegados pueden confrontar los textos del Estatuto vigente y del proyectado, que está en su poder.

Por último, camaradas, queremos decir que estamos convencidos de que con la aprobación de las modificaciones propuestas, el Partido da un nuevo paso adelante en cuanto al desarrollo y a la depuración de las normas y los principios que rigen su vida.

Las modificaciones propuestas son el producto de la experiencia y el desarrollo del Partido.

Partimos de la base de que las formas y los métodos de organización no son estáticos. Ellos deben responder a las exigencias del proceso revolucionario en cada situación histórica concreta.

En realidad, las formas de organización tienen siempre que facilitar el más eficaz cumplimiento de las tareas políticas.

Nuestro objetivo principal en la etapa actual destaca la necesidad de elevar el número y la actividad política de las agrupaciones, en particular de las agrupaciones de empresa.

La consigna leninista de hacer de cada fábrica una fortaleza del Partido, debe presidir todo nuestro trabajo de organización.

En el Proyecto de Resolución General se señala que el número de las agrupaciones es totalmente insuficiente.

El planteamiento promueve varios temas, como la formación y promoción de cuadros, el fortalecimiento de los Seccionales de Montevideo y de los Departamentales en el Interior y el reclutamiento de nuevos afiliados.

El Partido tiene todo lo necesario para cumplir con éxito estas exigencias: tenemos la influencia y el prestigio que nos da el hecho de ser los abanderados en la lucha diaria por el pan, los derechos y las libertades de los trabajadores. Tenemos cuadros y experiencia suficiente.

Marcharemos, pues, hacia el desarrollo numérico y orgánico del Partido, reclutando a miles de nuevos combatientes y formando centenares de nuevas agrupaciones, que se transformen en otras tantas trincheras del combate por la liberación nacional y social de nuestro pueblo.



XIX CONGRESO DEL P.C.U.

Agosto de 1966

SOBRE LA FORMACION DE CUADROS COMUNISTAS

Fragmento del informe de balance del Cté. Central presentado por su Primer Secretario Rodney Arismendi

Camaradas:

Algunas consideraciones más, ya que no vamos a tratar en particular todos los problemas.

Nuestro objetivo es formar un Partido de masas y de cuadros, o sea, numeroso, con un crecimiento continuado, pero afirmado en los principios del centralismo democrático y en una fuerte estructura organizativa. La garantía de esta segunda condición depende de la cifra y la calidad de los cuadros.

Nuestro reclutamiento se ha caracterizado no sólo por su cantidad —considerable si pensamos en las cifras— sino también porque los nuevos afiliados han arribado a nuestras filas en medio de las luchas y primordialmente de las grandes concentraciones de trabajadores. Y a pesar de las notorias deficiencias que otras veces señalamos, sólo un porcentaje pequeño de esta caudalosa afiliación no ha quedado dentro de la influencia y el contralor político del Partido. Se destacan dos rasgos más: a) A partir de 1962 desciende el porcentaje de afiliados que no reciben nuestro carnet; b) la militancia se distingue por la juventud promedial del reclutamiento y su transformación posterior en cuadros responsables.

Sin disminuir el reclutamiento, por el contrario, intensificándolo, debemos colocar el acento en elevar la militancia, la disciplina, las virtudes distintivas del espíritu del partido, la firmeza revolucionaria y la combatividad.

Esto nos impone un trabajo más profundo de formación de cuadros, una labor sistemática para afirmar las organizaciones de base, para multiplicar su número y su papel político y, en fin, una mayor consecuencia en la planificación y el uso del plan del Partido como una llave maestra de toda la actividad dirigente organizativa.

Es fácil ver que en todo este período han ingresado a la lucha y se han formado centenares de nuevos cuadros, que se consolidan y progresan muchos otros que se han ido decantando a lo largo de nuestra organización muchos camaradas sobre cuyos hombros gravitan grandes responsabilidades. Pero estamos muy lejos de lo que necesitamos y de lo que reclama el propio desarrollo del Partido.

Forjar cuadros no significa sólo y principalmente registrar cantidad de personas que ocupan unos u otros cargos. Significa, antes que nada, formar a nuestros militantes en las cualidades definitorias del comunista: su fervor revolucionario y adhesión a la clase obrera y al pueblo, probado

frente a la reacción o en otras circunstancias, su independencia de criterio y falta del temor filisteo a las responsabilidades, su actitud ante la línea y el trabajo, su espíritu de sacrificio, su conducta disciplinada, en fin, esos rasgos de que nos hablan Lenin y Dimitrov.

Queremos formar revolucionarios que sean por sí mismos, aun modestamente, un espejo para todos los afiliados, para aquellos que llegan a nuestras filas y deben formarse ideológica y moralmente, adquiriendo experiencia, disciplina y hábitos de combatiente. Debemos tener en cuenta sus vocaciones y posibilidades, sin que ello suponga alentar el individualismo, la poltronería y la vanidad, a pretexto de la peculiaridad personal. Con los cuadros no hay lugar para el halago demagógico, porque es menester formar el espíritu de responsabilidad, de crítica y autocritica y de organización disciplinada. Esto no significa que debamos conceder nada a un trato no humano con los cuadros; pero sí que deseamos —en la medida de cada uno— formar gente entregada a la hazaña cotidiana de la revolución. Para ello es necesario conocer a los cuadros, su historia de militancia, sus virtudes y defectos, su origen y formación; desterrar el subjetivismo cuando los valoramos, tener en cuenta su trabajo, sus condiciones políticas, sus posibilidades de desarrollo, su posible porvenir.

Nuestra estimación debe basarse en sus cualidades positivas para superar las negativas y simultáneamente, debemos saber que la formación del espíritu de Partido, la exigencia al militante y su autoexigencia, adquieren un mayor relieve en esta etapa.

Para un Partido como el nuestro, que crece en los sacudimientos de las luchas y que lo hace con rapidez, aumentan las reclamaciones en materia de formación teórica. En consecuencia, todos los temas referentes a la preparación teórica y a las cuestiones ideológicas, asumen, en esta etapa, otra dimensión. Ellos tienen que ver con la educación propiamente dicha, con la prensa, con la calidad de la vida interior de nuestros organismos, con la difusión de la literatura, con un más rico trabajo de elaboración y divulgación. El estudio regular de los materiales del Partido, de los clásicos y de la experiencia de otros partidos hermanos, debe mejorar.

Nuestra experiencia consiste en trabajar con planes de largo alcance. El plan es la herramienta fundamental para la organización general de nuestra actividad, ya que engloba todos sus rubros. Cabe superar, sin embargo, nuestras inconsecuencias al respecto. El plan debe elaborarse a partir de bases reales e influir luego en el proceso vivo de la construcción del Partido. Debe ser más que un registro, un instrumento de pelea contra el atraso, la adecuación al oportunismo, la rutina, la desorganización, el aclimatamiento a las dificultades, la ausencia de medidas concretas para operar cambios, etc. Sólo así el plan impedirá que se cubran los defectos particulares con los éxitos generales, formará métodos concretos de dirección. De este modo, el plan también facilitará la vigilancia y hará saltar toda clase de dificultades. No podemos decir que, a pesar del éxito, hayamos alcanzado este nivel en cuanto al trabajo con el plan. Y por ello,

se manifiestan a veces muchos retardos en la adopción de medidas, en la remoción de cuadros, en la promoción oportuna, en la operatividad y eficacia de nuestra labor organizativa, propagandística, de finanzas, etc. Pero, muy particularmente en cuanto al estudio más científico de las tendencias de desarrollo del Partido y ante todo, de sus organizaciones de base. Esto es más grave cuando se trata del interior del país.

XX CONGRESO

RESOLUCION GENERAL

IV. POR UN GRANDE Y PODEROSO PARTIDO COMUNISTA

El Partido conjuga el patriotismo y el internacionalismo

19. El XX Congreso se celebra en un año marcado por dos fechas de enorme significación para los comunistas uruguayos: el 100º aniversario del nacimiento de V. I. Lenin y el 50º aniversario de la fundación del Partido Comunista del Uruguay. La feliz coincidencia no es totalmente casual. En efecto, en el nacimiento de nuestro Partido confluyen dos grandes corrientes: una nacional que arranca de la formación del proletariado como clase, de su experiencia en la organización y luchas sindicales, que tienen un siglo de existencia y de la formación, ya en 1908, de su primera expresión política, el viejo Partido Socialista; otra internacional, que incorpora la experiencia del proletariado mundial y las enseñanzas de Marx y Engels, pero que experimenta un vuelco cualitativo con la Revolución de Octubre, el conocimiento de Lenin y su obra teórica y práctica y la fundación de la Internacional Comunista. Es la forma concreta que toma en nuestro país la definición del Partido como "la fusión del movimiento obrero con el socialismo".

Un gran mérito del Partido Comunista del Uruguay es que, en su ya larga existencia, ha permanecido fiel, en lo fundamental, a esas dos corrientes, a esas dos facetas básicas de su nacimiento y de su constitución. El Partido ha estado siempre consustanciado con los intereses de la clase obrera uruguaya, ha plantado muy hondo en esa su tierra nutricia las fuertes raíces que lo sostienen, ha dedicado lo mejor de sus esfuerzos y capacidades a ocupar su puesto de vanguardia de las luchas del proletariado, a organizarlo, unirlo, orientarlo y elevar su conciencia política e ideológica. Al mismo tiempo, ha procurado comprender, interpretar a la luz del marxismo-leninismo e integrar acertadamente en las realidades de nuestro tiempo las mejores tradiciones históricas de nuestro país, encarnadas en Artigas y otras preclaras figuras del pasado, cuya herencia el Partido recoge y continúa. Por otro lado ha mantenido siempre viva la llama del internacionalismo proletario, ha educado a la clase obrera y a grandes masas populares en la escuela de la solidaridad combativa con los otros pueblos que luchan por su liberación nacional y el socialismo,

ante todo la Unión Soviética. El Partido enlaza así, en el más alto grado, los rasgos del patriotismo y el internacionalismo.

El Partido ha crecido en el fragor de las luchas

20. La necesidad del Partido Comunista surge de la significación del proletariado en la revolución uruguaya, del papel de la clase obrera como fuerza principal y dirigente en el conjunto de las fuerzas motrices de la revolución. El Partido es la vanguardia política del proletariado, que se apoya en la teoría científica del marxismo-leninismo y en la experiencia revolucionaria mundial, para educar y capacitar a la clase en el cumplimiento de ese papel hegemónico, para conducirla acertadamente, así como al conjunto de las masas populares, a lo largo del complejo proceso de la revolución; es, por excelencia, la encarnación del factor subjetivo, sin el cual no puede haber revolución. Para ello, el Partido debe ser una fuerza política real, capaz de orientar efectivamente a las grandes masas en la lucha de clases. El XVI Congreso sintetizó estos conceptos en una frase precisa: "La necesidad de un gran Partido Comunista es el problema cardinal de la revolución uruguaya".

A lo largo de su existencia, pero particularmente en los 15 años que nos separan de ese punto de viraje de su trayectoria que fue el XVI Congreso, el Partido ha procurado construirse y desarrollarse planificadamente para acercarse a esa meta. Hoy el PCU es una fuerza importante, por la justeza de su orientación teórica y táctica, por el número de sus miembros y el número y calidad de sus cuadros; por la amplitud y solidez de su organización y de sus vínculos con la clase obrera y las masas populares; por la importancia de los instrumentos de propaganda y agitación que posee; por la dirección capaz y experimentada que ha sabido forjar. El Partido ha crecido impetuosamente desde el XVI Congreso, al mismo tiempo que ha afirmado una profundidad ideológica, que le ha permitido enfrentar sin fisuras las más difíciles situaciones nacionales e internacionales y bruscos virajes tácticos; ello ha sido posible por su firmeza y espíritu de sacrificio, por el acierto de sus concepciones teóricas y tácticas y por su capacidad de ligarse a las amplias masas.

Los últimos congresos, pero particularmente, el XIX, trazaron al Partido algunas grandes tareas: ganar política e ideológicamente a la mayoría de la clase obrera, capacitarse para dirigir efectivamente a grandes masas de centenares de miles de personas, construirse como un Partido de cuadros y de masas. En no pequeña medida, esas metas han sido logradas, lo que no quiere decir que no sea preciso proseguir ahincadamente la elevación del Partido hacia niveles superiores en esas direcciones. Hoy somos una fuerza política real, la más importante de la izquierda uruguaya, poseemos influencia indiscutida sobre el conjunto de la clase obrera y predicamento en otras capas de la población, lo que nos permite orientar a grandes masas y gravitar en la vida nacional. En el lapso transcurrido desde el XIX Congreso, el Partido triplicó el número de sus miembros, con la particularidad de que, en los dos años más duros de

la represión (1968 y 1969), adhirieron al Partido y a la Juventud Comunista más de 20.000 personas; sólo en el mes de setiembre de 1970 ingresaron al Partido Comunista y a la UJC más miembros que la totalidad de los existentes en el momento del XVI Congreso. El número de organizaciones de base en Montevideo se triplicó en ese lapso; en los últimos meses, ese número se duplicó.

Esos importantes éxitos no cayeron del cielo sino que son el fruto del esfuerzo por encabezar y conducir la lucha de las masas y por construir el Partido planificadamente. El Partido ha crecido por ser el abanderado de la oposición al gobierno y a la oligarquía, por estar al frente de las más grandes batallas, junto a las masas; porque pagó por ello la cuota más alta de muertos, presos y destituidos; porque su línea y su táctica son justas; porque en los momentos más difíciles levanta el ánimo y alumbra el camino de las masas; porque combina la lucha por las reivindicaciones inmediatas con el reclamo de las soluciones de fondo; porque en todo momento ha bregado por la más amplia unidad social y política del pueblo. Por todo eso es que afluyen al Partido, por millares, los obreros, las mujeres, lo mejor de la intelectualidad; por eso es que viene a raudales al Partido y a la Juventud Comunista, la combativa juventud uruguaya.

Al mismo tiempo, el Partido se ha preocupado porque ese impetuoso crecimiento no diluya su fuerza en una masa fofa de afiliados pasivos, pone el acento en la organización, en el desarrollo armónico de su crecimiento numérico y de la asimilación y formación de sus militantes y cuadros. En este año, sobre todo en Montevideo, el Partido adopta con éxito medidas concretas para levantar nuevas organizaciones de base y dotarlas de los cuadros que aseguren su estabilidad, experimenta nuevos organismos de dirección intermedia (comité regional, comités locales), se esfuerza por vigorizar todo el frente de organización, librando una batalla contra la rutina y el atraso en esta materia.

En la próxima etapa, desarrollar al máximo los vínculos con las grandes masas

21. La próxima etapa de la vida del país plantea ante el Partido nuevas y más altas exigencias, una nueva fase de su crecimiento ideológico y orgánico. El Partido debe prepararse para estar a la altura de la actual situación política, para impulsar el gran proceso unitario, para mantener y desarrollar aún más su capacidad de dirigir efectivamente la lucha de las grandes masas que, en definitiva, impondrá el cambio de la correlación de fuerzas políticas en la República. El Partido debe volcarse a definir la gran batalla, para construir desde abajo la unidad social y política en las fábricas, en los barrios, en los centros de estudio, en el interior del país.

Ello requiere un grande e inteligente esfuerzo del Partido. Cuando como nunca está viva la tarea de ganar política e ideológicamente a la mayoría de la clase obrera, cuando se trata de dirigir masas de la mag-

nitud que ha puesto en movimiento la crisis uruguaya, cuando ellas comprenden no sólo a las capas más esclarecidas del proletariado sino también a las menos experimentadas y a otras vastas capas sociales, algunas de las cuales recién ahora hacen sus primeras armas, cuando los desniveles de organización y conciencia son tan pronunciados, cuando se trata de incorporar a la lucha, la organización y la unidad a sectores que hasta ahora han permanecido pasivos, cuando se trata, en suma, de remover hasta lo más hondo al pueblo en su conjunto y de concertar todas sus acciones de lucha, todas las corrientes de la protesta popular que transitan por los más diversos cauces, para golpear frontalmente al régimen, para socavar y derribar el poder de los imperialistas y oligarcas, está claro que esto no puede hacerse con simples órdenes de mando o consignas altisonantes ni por la virtualidad traumatúrgica de elaborados planes de lucha.

Hay que vincularse estrechamente a esas masas en una íntima convivencia con ellas, con sus necesidades y anhelos, con sus penurias y dolores, con su rabia y su protesta, con sus dudas y vacilaciones, con su intuición certera y sus limitaciones políticas e ideológicas, desterrando toda actitud estrecha, altanera y sectaria, para saber promover en cada lugar, en cada grupo social, en el instante precisamente apropiado, la consigna movilizadora, el método de lucha que esté de acuerdo con la madurez alcanzada y el estado de ánimo de las masas en esas circunstancias concretas, la forma de organización más apropiada y accesible. Es sobre ese trabajo paciente, tesonero, que no siempre cosecha resultados inmediatos, que a veces provoca desaliento, que no suele tener la brillantez de fuego fatuo de algunas acciones espectaculares, es sobre ese trabajo, que a algunos parece "gris", del Partido y de todos sus militantes, hasta los más modestos, que, en definitiva, se cimenta la capacidad para actuar como verdadera vanguardia y para dirigir efectivamente a las grandes masas en los momentos cruciales del proceso revolucionario.

Para ello el Partido, que ya es un Partido de masas y que debe saber aprovechar al máximo todas las reservas que ya posee, convirtiendo a cada afiliado en un militante, debe crecer aún más, de acuerdo a planes, sobre todo en el proletariado, entre los jóvenes y las mujeres, en lo mejor de la intelectualidad. Esto reclama poner un gran acento en la organización, en la formación de nuevas agrupaciones, en métodos eficaces para la asimilación de los nuevos afiliados, en una política de cuadros que sea capaz de formarlos por millares, en la generalización juiciosa de las mejores experiencias en materia de organismos intermedios. El Partido debe desarrollar sus vínculos con las masas, multiplicar el número y eficacia de sus medios de expresión, de propaganda y agitación y la calidad de su contenido, aumentar considerablemente el volumen de su actividad financiera.

Es vital elevar el trabajo de organización

22. El nivel ya alcanzado por el Partido reclama, para asegurar su

ulterior desarrollo, elevar el trabajo de organización. La organización se convierte en un gran problema de Partido. El arte de la organización consiste "en saber utilizar a **todos** y **todo**", en "dar trabajo a todos y cada uno, manteniendo al mismo tiempo la **dirección** del movimiento todo y manteniéndolo, se entiende, no por la fuerza del poder, sino por la fuerza de la autoridad, por la fuerza de la energía, por la mayor experiencia, la mayor amplitud de cultura, y el mayor talento".

Tenemos que adecuarnos plenamente a los problemas de la dirección de un partido grande, de masas. Tenemos que formar como militantes, en plazos muy breves, a decenas de miles de nuevos miembros, elevar las condiciones dirigentes de millares de cuadros, orientar el trabajo de centenares de organizaciones, establecer una relación viva de la dirección con los cuadros que forman el esqueleto del movimiento de masas en las fábricas, en los barrios, en los pueblos y ciudades del interior, en las más diversas capas sociales e instituciones. Para ello no alcanzan los métodos comunes. Junto a la dirección vertical de los organismos intermedios y de base, hay que utilizar mucho más ampliamente que hasta ahora nuevos métodos que aseguren una rápida, rica y segura transmisión de la orientación a la base: el diario, la radio, los informes a grandes activos, las cartas a los afiliados. Hay que destinar fuerzas numerosas y calificadas al trabajo de organización, necesitamos centenares de organizadores. Es muy insuficiente todavía el estudio concreto de los procesos de desarrollo del Partido y de los problemas que promueve, que debe llevar a la adopción de medidas prácticas para resolverlos y abrir ancho cauce a su crecimiento. Es preciso dedicar mayor atención y esfuerzo a la transformación, multiplicación y calificación de los organismos de dirección a todos los niveles, especializar mucho más el trabajo de los diferentes cuadros y organizaciones.

Uno de los rasgos más positivos del crecimiento de nuestro Partido es que él se desarrolla coherentemente de acuerdo a planes sistemáticos, que abarcan en un haz todas las tareas. Pero todavía es insuficiente nuestra utilización del plan como instrumento vivo de dirección. "El plan es la herramienta fundamental para la organización general de nuestra actividad, ya que engloba todos los rubros... El plan debe elaborarse a partir de bases reales e influir luego en el proceso vivo de la construcción del Partido. Debe ser, más que un registro, un instrumento de pelea contra el atraso, la adecuación al oportunismo, la rutina, la desorganización, el aclimatamiento a las dificultades, la ausencia de medidas concretas para operar cambios, etc. Sólo así el plan impedirá que se cubran los defectos particulares con los éxitos generales, formará métodos concretos de dirección. De este modo, el plan también facilitará la vigilancia y hará saltar toda clase de dificultades".

Incorporar al Partido a todos los que combaten, a los jóvenes

23. El cumplimiento de las tareas que el Partido tiene planteadas en esta etapa, exige proseguir su crecimiento numérico. Sin él no puede concebirse que pueda efectivamente dirigir a las amplias masas, estable-

ciendo con ellas profundos y sólidos vínculos, que sea capaz de dar nuevos y decisivos pasos en la conquista política e ideológica de la clase obrera, que pueda actuar con eficacia en el seno de otras clases y capas sociales, que puedan ejercer su papel orientador en las grandes organizaciones populares y en la acción política unitaria. El reclutamiento planificado sigue siendo, por ello, una dirección principal del trabajo.

En ese sentido, hemos cosechado éxitos de enorme significación. Los ritmos del engrandecimiento numérico en los últimos tiempos han sido verdaderamente extraordinarios. Y ello no sólo por los aspectos cuantitativos ya señalados, sino por rasgos cualitativos especialmente valiosos: la gran masa de los nuevos afiliados ha ingresado en los períodos más duros de la lucha social y política y está formada por combatientes forjados en la misma: aproximadamente las tres cuartas partes de los nuevos miembros son obreros, lo que mantiene la favorable composición social, con la particularidad de que un alto porcentaje de estos obreros provienen de los trece lugares de concentración más importantes desde el punto de vista económico y político (el 36,9% del reclutamiento de 1969); la mayoría de los nuevos miembros son jóvenes (el 56,4% de los miembros que ingresaron en 1969 no llegan a los 35 años de edad; y en esto no se tiene en cuenta el reclutamiento de la UJC); la proporción de mujeres es alta (34,7% en 1969). Al mismo tiempo, hay que señalar que se mantiene el desequilibrio entre el crecimiento en la capital y en el interior, sobre todo en el campo, y que las cifras del ingreso de los intelectuales, profesionales universitarios, etc., aún son relativamente muy pequeñas. En los próximos planes de reclutamiento, que deberán ser muy ambiciosos, será preciso esforzarse por mantener y desarrollar todos los aspectos positivos de la experiencia anterior y por corregir los defectos y deficiencias tomando al efecto las medidas concretas apropiadas.

Multiplicar el número de agrupaciones y elevar la calidad de su trabajo

24. Nuestra concepción de un gran Partido no es la de un Partido fofo, estorbado por el peso muerto de una gordura superflua en el proceso de su crecimiento, el Partido debe incluso fortalecer su temple y nervio combativo, sus nuevos miembros deben dotarlo de aún más resistencia musculatura. Esto exige atender cuidadosamente a la asimilación de los nuevos afiliados, a su conversión en verdaderos militantes comunistas, así como al proceso ininterrumpido de la ulterior formación y educación de los nuevos y viejos afiliados. En esto consiste uno de los principales problemas a resolver por las organizaciones y cuadros del Partido a todos los niveles, pero particularmente en la base.

Este problema se resuelve ante todo, incorporando al trabajo y a una organización a los afiliados, lo que se puede resolver sólo si se acerca las organizaciones de base a la gente, se multiplica el número de agrupaciones y se las diversifica para crear mejores oportunidades de encuadramiento. Los éxitos ya obtenidos en Montevideo son muy grandes, pero debemos ir mucho más allá y extenderlos al interior. Es preciso examinar concretamente la posibilidad de crear agrupaciones de sección o

sub agrupaciones en las grandes agrupaciones de empresa y de dividir las grandes agrupaciones de barrio; crear nuevas agrupaciones en las llamadas "zonas muertas", es decir, empresas, barrios y pueblos donde no existen organizaciones de base; desarrollar con mucha mayor amplitud y audacia las agrupaciones femeninas, de jubilados, de intelectuales, etc., ateniéndose a los principios básicos de organización pero sin pagar tributo a preconceptos infundados. El principal tipo de organización de base sigue siendo naturalmente, la agrupación de empresa que es el instrumento fundamental del Partido para ganar políticamente e ideológicamente a la mayoría de la clase obrera y "convertir cada fábrica en una fortaleza nuestra".

Esas posibilidades están estrechamente vinculadas y subordinadas a la formación de los núcleos dirigentes de las nuevas agrupaciones. Esos núcleos dirigentes deben ser cuidadosamente atendidos por las organizaciones intermedias, con un enlace vertical, frente por frente, promovidos oportunamente a las instancias de educación, etc. Los dirigentes de las agrupaciones deben ser ante las masas la imagen viva del comunista, "del tribuno popular"; "adquiere especial importancia el problema de que sean muchos los obreros que conozcan **personalmente**" a esos dirigentes.

Debe impulsarse al máximo y multiplicarse la iniciativa de las organizaciones de base y la descentralización de muchas tareas, lo que requiere estimular esas características en sus núcleos dirigentes. Las agrupaciones deben reaccionar ágilmente y dar la respuesta inmediata a los problemas políticos, particularmente de su radio de acción, por medio de periódicos de base, actos organizados por ellas mismas, etc. Ello estimulará la vida de las organizaciones, el examen de las cuestiones políticas nacionales y locales, la consideración atenta de las reivindicaciones generales y del lugar en que actúan. En toda la vida del Partido, pero particularmente en las agrupaciones, deben florecer plenamente los principios del centralismo democrático, que combina la disciplina de una organización combativa con la amplia discusión democrática de todos los problemas.

Al mismo tiempo, el secretariado de la agrupación deberá estudiar y preparar las medidas organizativas y prácticas, la distribución de tareas entre todos los miembros, desde las más elementales y accesibles a los nuevos afiliados y que son el instrumento fundamental para convertirlos progresivamente en militantes, hasta las más complejas y colectivas que aseguran el cumplimiento de las responsabilidades políticas de la organización. En la medida en que se resuelvan bien estos problemas, las reuniones se harán ágiles y se estimulará la asistencia regular a las mismas de todos los miembros.

Fortalecer el sistema de organizaciones intermedias, forjar y educar millares de cuadros

25. El número ya muy grande de organizaciones de base en Montevideo y el mucho mayor aún que debemos formar tanto en la capital

como en el interior, exigen ampliar y perfeccionar el sistema de organizaciones intermedias del Partido. Las experiencias positivas del Comité Regional Noreste de Montevideo, que agrupa a varios Comités Seccionales, y de los Comités Locales, que actúan como enlace entre un Comité Seccional y varias agrupaciones, pueden y deben ser generalizadas y aplicadas allí donde resulte aconsejable por las condiciones concretas. Lo esencial es que, a través de los diversos organismos intermedios, al mismo tiempo que se utilice los métodos masivos de dirección y que se estimule la iniciativa de las agrupaciones, se establecen multitud de canales a través de los cuales llegue a éstas la orientación de la dirección del Partido y se desarrolle en la práctica la educación militante de los cuadros intermedios y de base. Ello exige que los organismos intermedios ensanchen horizontalmente su aparato organizativo, formando comisiones, grupos de colaboradores, etc., capaces de asegurar un vínculo estrecho y regular con los organismos que dirige. Uno de los deberes fundamentales del Comité de Organización es el de prestar una amplia colaboración y atención a este numeroso y complejo sistema de organizaciones intermedias y de base, generalizar y difundir sus experiencias positivas, corregir sus deficiencias, etc.

Para montar esta vasta organización partidaria y asegurar su funcionamiento eficaz, se necesitan millares de cuadros. Los cuadros constituyen un tesoro inapreciable del Partido y su cuidado debe constituir una de las mayores preocupaciones de todas las organizaciones, así como la formación e incorporación al mismo de nuevos cuadros jóvenes, con una alta proporción de obreros, dinámicos, políticamente alertas y maduros, dispuestos a sacrificarlo todo por el Partido y la causa de la clase obrera. El XX Congreso reitera todo lo dicho en el Congreso anterior en cuanto a los problemas de descubrir en la masa de militantes los que tienen mejores aptitudes para desarrollarse como cuadros, promoverlos sistemáticamente de acuerdo a una evaluación objetiva de sus cualidades y defectos, formarlos y educarlos en un proceso y con una atención constante que procure que florezcan plenamente aquellas y se corrijan éstos. Sin embargo, considera que, dado el tamaño y complejidad a que ha llegado el Partido y su organización, debe encararse el problema de los cuadros a un nivel superior y con mayor amplitud, creando a efectos los organismos necesarios, comisiones de cuadros, etc., para resolverlo con el trabajo colectivo de un núcleo de camaradas especializados.

Cobra particular significación, en estos momentos, en relación a la asimilación de los nuevos afiliados y a la formación de cuadros de todos los niveles, el problema de la educación. La experiencia exitosa de los Cursos Elementales, las Escuelas Vespertinas, las Conferencias radiales y la utilización de los folletos que las recogieron, etc., pueden y deben seguir desarrollándose, junto con la incorporación, si resultara aconsejable, de otras formas educativas y, especialmente, de métodos eficaces para estimular el estudio individual. Es particularmente apremiante encarar la resolución de los problemas de educación en el Interior de la República. Todo esto reclama dedicar muchas más fuerzas al aparato de educación partidaria.

El considerable crecimiento que experimenta el Partido y la profundización de la lucha de clases obligan a poner particular atención en los problemas de la vigilancia política. La agudización del espíritu de vigilancia no debe manifestarse, sin embargo, en una actitud recelosa, estrecha y sectaria que conduciría a segar las fuentes de crecimiento del Partido y aun a debilitarlo; por el contrario, la propia extensión y dureza de las luchas, el tamaño ya adquirido por el Partido y la presencia de sus miembros en los más diversos lugares y en todas las capas sociales, facilitan el cumplimiento de esta tarea en forma adecuada.

En el esfuerzo de asimilación, encuadramiento y educación revolucionaria de los nuevos afiliados, un factor importante lo constituye su participación en la defensa de los locales y actos del Partido.

Continuar desarrollando la labor teórica, aguzar la lucha ideológica

26. En los últimos quince años, el Partido ha dedicado grandes esfuerzos y ha hecho aportes considerables en el frente teórico. En la nueva etapa, esto adquiere una inmensa importancia y debe elevarse a un nivel cualitativamente superior. En síntesis, se trata de la continuidad en la elaboración creadora del marxismo-leninismo, en la defensa de éste frente a las ideologías enemigas y al revisionismo de derecha y de "izquierda", y de ganar para nuestra ideología a la mayoría de la clase obrera y a otras capas, en particular, a la intelectualidad. Los cambios que se están operando en nuestro país y que se profundizarán en el período inmediato, en el marco del ahondamiento de la crisis general del capitalismo y del proceso de la revolución latinoamericana, la agudización de la lucha de clases, promueve los problemas teóricos y tácticos al primer plano y convierten la lucha ideológica en uno de los ejes de acción revolucionaria.

En primer lugar, se trata del combate contra la ideología burguesa propiamente dicha, del esfuerzo por derrotarla en la conciencia de las masas, de destruir teóricamente el anticomunismo y el antisovietismo que constituyen su médula, tanto en sus formas más groseras (campañas terroristas basadas en la calumnia, la tergiversación y las provocaciones más descaradas) como en sus elaboraciones teóricas más sutiles (teorías de la "convergencia de los dos sistemas sociales" o de la "sociedad industrial única", diversas variantes del "desarrollismo" y el "tecnocratismo", etc.). En América Latina y en nuestro país, una de las formas de la penetración de la ideología burguesa en el movimiento de liberación era "el tercerismo", que postulaba el enfrentamiento tanto al imperialismo como a los países del campo socialista y, ante todo, a la Unión Soviética, o que por lo menos, pretendía colocar el movimiento al margen de la contradicción fundamental que divide al mundo. Sin mengua de los elementos positivos de nacionalismo que se manifestaban de esa manera peculiar, ella era profundamente perjudicial a la causa revolucionaria y derivaba con frecuencia en expresiones más o menos gruesas de antisovietismo o de recelos antisoviéticos. Uno de los signos del avance del pro-

ceso ideológico latinoamericano es precisamente la quiebra de esta tendencia lo que no quiere decir que no persistan, aquí y allá, residuos de la misma. Los revolucionarios latinoamericanos ven cada vez con mayor claridad que su lucha se integra en la gran batalla antimperialista mundial a cuyo frente está el sistema socialista, amigo y aliado de todos los combatientes por la liberación nacional; como ha dicho Fidel Castro: "la existencia del estado soviético es, objetivamente, uno de los más extraordinarios privilegios del movimiento revolucionario".

En segundo lugar, se trata de la lucha contra las corrientes no marxistas-leninistas en el seno del movimiento obrero, contra las desviaciones de derecha y de "izquierda". Las primeras reflejan, en la última instancia, la influencia de la ideología burguesa, el amoldamiento a las teorías evolucionistas, reformistas, no revolucionarias, que conciben los cambios sociales como un proceso moroso de avances graduales, rebajan el papel de los factores subjetivos, postulan que las transformaciones sociales serán sólo el fruto automático de la agravación de las contradicciones objetivas y dejan librado el movimiento a su desarrollo espontáneo. Las segundas, por el contrario, no tienen suficientemente en cuenta las condiciones objetivas, económicas, sociales y políticas, y pretenden sustituirlas por el dictado de los deseos subjetivos, a menudo teñidos de fuerte individualismo, rechazan de hecho el papel de las grandes masas como protagonistas de la historia y quieren reemplazarlo por la acción de grupos revolucionarios heroicos, por una concepción esencialmente "blanquista" de la lucha de clases. El marxismo-leninismo se enfrenta a las dos desviaciones que, por otra parte, a menudo se unen y entremezclan en los mismos grupos y personas, y que son ambas negativas para el desarrollo de la revolución, aunque, sin lugar a dudas es el revisionismo de derecha el que histórica y generalmente representa la mayor y más vital amenaza a la ideología revolucionaria. La defensa de las posiciones ideológicas del proletariado, la polémica contra las desviaciones del marxismo-leninismo, deben cuidar siempre, sin embargo, de no caer en el doctrinismo sectario y acartonado, que nos enfrentaría a quienes no piensan como nosotros, a pesar de estar objetivamente llamados a combatir en las filas del pueblo, o que nos dificultaría incluso hacernos entender por ellos; por el contrario, en el marco de las luchas comunes, deben procurar la superación de las divergencias ideológicas, ganándolos para el marxismo-leninismo. En el cuadro de importantes desplazamientos sociales y del peculiar reflejo de la crisis ideológica de las clases dominantes en amplios sectores, sobre todo de la intelectualidad, los estudiantes y las capas medias urbanas, aparecen delicados problemas y se acentúa la necesidad de relacionar vivamente las formulaciones teóricas con los objetivos políticos y de iniciativa táctica, especialmente de promover la experiencia práctica de masas como principal vía para la solución de las cuestiones ideológicas.

Estas tareas son inseparables del esfuerzo, cuya importancia crece agudamente en la medida en que avanza el proceso social, por proseguir e intensificar, a la luz del marxismo-leninismo, la elaboración crea-

dora y la investigación científica de todas y cada una de las cuestiones teóricas, científicas y tácticas, de los múltiples aspectos de la vida económica, social, política y cultural de nuestro país, en la medida de nuestras fuerzas, incluso a nivel latinoamericano y mundial. Esto es indispensable, no sólo para enriquecer el conjunto de conocimientos en que se basa nuestra actividad, sino también porque así podremos conquistar para el marxismo-leninismo nuevas posiciones en la vida intelectual del país haremos comprender plenamente por nuestros interlocutores no marxistas, influirlos con nuestro pensamiento y, en definitiva, conquistarlos para la causa del comunismo. Por otra parte, la extensión y calificación del trabajo teórico son necesarias para sistematizar y enriquecer aún más el enfoque marxista-leninista de la realidad nacional y del proceso de las luchas revolucionarias de la clase obrera y el pueblo, con vistas a la oportuna elaboración en profundidad de las concepciones programáticas del Partido.

El contenido de la labor teórica debe ir acompañado por un nivel mucho mayor de la difusión de nuestros trabajos en este frente. Ello se refiere, ante todo a la multiplicación del tiraje de "Estudios" y de la eficacia de su aparato de distribución; pero también a nuevos canales para la elevación considerable y la diversificación de la labor editorial de libros y folletos y para una eficaz difusión de los mismos.

Calificar y desarrollar masivamente la propaganda y la agitación

27. Las tareas que tenemos planteadas para la próxima etapa, y la conformación del frente político unitario, el hacer realidad la perspectiva de poder, el logro de un cambio en la correlación de las fuerzas políticas, se desarrollará en el marco de una batalla propagandística y agudizada al extremo y exigen un desarrollo muy amplio de la agitación y la propaganda. Nuestra propia experiencia y la de otros pueblos demuestra que, cuando la lucha de clases alcanza niveles superiores, cuando la unidad popular avanza y amenaza el poder de la oligarquía, cuando el proceso revolucionario se acerca a etapas culminantes, las clases dominantes usan los medios masivos de propaganda, que, en lo fundamental, están a su disposición, para lanzar campañas concentradas de intensidad inaudita y no pequeña eficacia, sin pararse en el uso de las falsedades, tergiversaciones y calumnias más burdas, para confundir y aterrorizar a las masas que escapan a su control y tienden hacia las posiciones revolucionarias. El eje de esas campañas es el anticomunismo y la presentación monstruosamente fraudulenta de la realidad de la URSS, Cuba, etc., y del supuesto fracaso del régimen socialista.

Es imprescindible por ello, elevar la calidad y poder de convicción de nuestra propaganda oral y escrita. Frente al turbio torrente de calumnias de la propaganda reaccionaria, tenemos la inmensa ventaja de que la verdad y la limpieza de procedimientos están de nuestra parte; frente a la ideología que defiende los intereses egoístas de las clases dominantes, tenemos la ventaja de que los hechos objetivos empujan al pueblo a en-

frentarse a ellas y a descubrir la realidad que aquella ideología intenta disfrazar y tergiversar. Pero es preciso saber utilizar plenamente esas ventajas para derrotar la propaganda enemiga. Tenemos que lograr que el Partido y los comunistas aparezcan ante las masas con su verdadera faz, como auténticos patriotas enfrentados a la traición nacional de la oligarquía que entrega al país al imperialismo, como verdaderos demócratas que están dispuestos a dar su vida para defender la libertad que las clases dominantes pisotean y escarnecen en el afán de conservar sus privilegios, como paladines de los intereses del pueblo trabajador frente al ataque despiadado de los explotadores que lo hambreen para amasar sus gigantescas fortunas, como los continuadores más fieles de las mejores tradiciones nacionales, en particular de la gesta de Artigas, traicionado por la oligarquía de entonces y de ahora. Tenemos que convencer al pueblo, con argumentos, hechos y testimonios irrefutables, que sólo el socialismo puede dar satisfacción a los anhelos de bienestar material y cultural de las masas, y como eso ya es o empieza a ser viva y brillante realidad en los países socialistas. Es preciso cuidar que nuestra propaganda emplee un lenguaje que, sin eludir y menos falsear la esencia de los problemas, sea accesible y claro para las más amplias masas.

En segundo término, es preciso multiplicar la capacidad y alcance de los medios de propaganda que ya tenemos y la incorporación de nuevos instrumentos. La lucha por aumentar la difusión del diario es un centro vital de la actividad de todo el Partido y de cada una de sus organizaciones y militantes; esta tarea es, por otra parte, accesible a todos los afiliados, aún los más nuevos, y un camino natural de su educación revolucionaria. Debemos encontrar las vías para incrementar considerablemente al auditorio de nuestras audiciones de radio, luchar por tener nuevos espacios radiales en todo el país y por abrirnos paso a los canales de TV. Al mismo tiempo, hay que adoptar medidas concretas, de ayuda y estímulo para que las organizaciones de base desarrollen una amplia actividad de agitación y propaganda propias.

Ello exige, en tercer término, desarrollar un aparato de propaganda con numerosos y calificados cuadros a todos los niveles, que dominen la orientación del Partido y sean capaces de exponerla convincentemente y que, a la vez, estén técnicamente preparados para las diversas formas de la agitación y la propaganda. En particular, es necesario multiplicar el número y calidad de oradores, a nivel nacional y local.

Valorar muy alto y multiplicar el trabajo financiero

28. En los últimos 15 años, el frente financiero ha permitido asegurar los recursos materiales necesarios para el cumplimiento de la actividad general del Partido. Ha crecido la comprensión acerca de la importancia de este trabajo, se ha incrementado extraordinariamente el dinero que reunimos por las campañas financieras, el cobro puntual de la cotización, los contribuyentes mensuales y los más diversos métodos de masas. Aumenta sistemáticamente el número de militantes y el volumen

del aparato dedicado a la actividad financiera en todos los niveles.

Pero la elevación del trabajo del Partido, en particular, la solución del complejo de las tareas políticas, orgánicas, propagandísticas, etc., que nos plantea esta etapa, supondrán un aumento vertical en todas las instancias partidarias, exigirán una multiplicación del esfuerzo financiero, que se convierte en un eslabón decisivo de toda la actividad partidaria.

Para resolver las inmensas urgencias financieras que esta etapa nos plantea, lo fundamental será seguir desenvolviendo, a niveles cualitativamente distintos nuestra probada línea de masas. Ello hace imprescindible enrolar al Partido entero en esta batalla, apelar a todas sus reservas internas. Simultáneamente, debemos elevar la plena responsabilidad del frente y del aparato financiero por el cumplimiento de las nuevas obligaciones. En esta etapa, el cobro de la cotización, el montaje de una vasta red que asegure el contacto mensual con todos los afiliados deberá transformarse en un eje fundamental.

El vasto movimiento financiero de masas que hay que construir debe vertebrarse en torno a un sólido núcleo de cuadros financieros, política y técnicamente capacitados para el desenvolvimiento de su trabajo.

Las direcciones fundamentales del trabajo del Partido

29. En el período transcurrido desde el XIX Congreso, el Partido ha avanzado mucho en el cumplimiento de las tareas fijadas por aquél en cinco principales direcciones de trabajo: la clase obrera, el Interior de la República, la juventud, las mujeres y los intelectuales. En algunas de estas direcciones los avances han sido considerables, aunque en otras se mantienen retrasos que es preciso superar urgentemente.

El centro de la actividad del Partido sigue siendo el proletariado y su objetivo principal es hacer realidad la consigna de ganar política e ideológicamente a la mayoría de la clase obrera. Las nuevas condiciones políticas que se abren en la República son muy favorables para alcanzar este objetivo, a la vez que subrayan su importancia para todo el proceso revolucionario. En esto debe concretarse el esfuerzo de las agrupaciones de empresa; pero las agrupaciones de barrio, así como los Comités Seccionales y Departamentales, deben prestar su máxima colaboración, particularmente en lo que se refiere al levantamiento del Partido en aquellas empresas en que todavía no existe agrupación o es demasiado débil.

En el Interior de la República se han producido avances importantes del movimiento popular y partidario en diversos aspectos. Ha progresado mucho la organización sindical y su proceso de unidad en Plenarios y Departamentales de la CNT, la influencia de la CESU se extiende cada vez más a las organizaciones estudiantiles del Interior, se han creado nuevas posibilidades de trabajo de las organizaciones de docentes y de algunas instituciones culturales, se desarrolla con éxito, en muchos lugares, la unidad política de las fuerzas democráticas avanzadas y de izquierda, el Partido ha crecido y ha aumentado sus medios de influencia

sobre las masas (audiciones radiales, periódicos, etc.). Sin embargo, el desnivel del trabajo del Partido en la Capital y en el Interior, la inarmonía entre los respectivos ritmos de crecimiento numérico y orgánico, no sólo no se han reducido sino que incluso se han agravado. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere al campo, donde los progresos son lentos, salvo en algunas zonas y de modo muy especial en lo que se refiere a la participación del campesinado pobre y mediano en las luchas sociales y políticas, a su organización y unidad; sin desconocer que estas capas tienen, en el campo uruguayo un peso relativo menor, comparado con otros países, las condiciones objetivas de la grave situación económica por que atraviesan y el clima de indignación y protesta que reinan en ellas hacen muy sensible nuestro déficit en este sector de trabajo. Ante el Partido está planteada con agudeza la obligación de liquidar a breve plazo los retrasos existentes en esta materia, multiplicar la ayuda a las organizaciones del Interior, adoptar medidas concretas para dedicar los cuadros y militantes, los medios materiales, las formas específicas de agitación y propaganda, los métodos de organización, etc., necesarios para ello.

Los estudiantes universitarios y liceales, la juventud obrera y la juventud en general, han sido una fuerza de primera importancia en la batalla librada por el pueblo en estos últimos años, y a ellos tocará jugar un papel relevante en los futuros combates. La participación combativa de la juventud es una condición principal del triunfo del pueblo en la nueva etapa que se abre ante el país; "la juventud decidirá el resultado de toda la lucha, tanto la juventud estudiantil como —en medida mucho mayor todavía— la juventud obrera". Los avances logrados en esta materia por el Partido y la UJC se asientan en la correcta aplicación de la línea política y organizativa, en el acierto fundamental con que se encaró la cuestión de la llamada insurgencia juvenil, partiendo de que precisamente los comunistas "somos los forjadores, la elevaremos al máximo con el punto de vista del proletariado revolucionario", y en la capacidad para canalizar con sentido unitario, junto al proletariado, el maravilloso espíritu de rebeldía y lucha de las masas juveniles. La UJC ha acumulado una grande y exitosa experiencia de trabajo con la juventud, ha multiplicado sus efectivos y educa a la joven generación en el espíritu del comunismo y de la adhesión inquebrantable al Partido. Incorporando a sus propias filas a millares de hombres y mujeres jóvenes, el Partido debe prestar a la UJC una ayuda multiplicada para contribuir a su fortalecimiento y engrandecimiento en todos los órdenes y a plasmar el gran movimiento unitario de la juventud uruguaya que tendrá influencia decisiva en el desenlace de toda la situación nacional.

Las mujeres han participado también de una manera muy destacada en estos años de lucha. Centenares de miles de mujeres son dolorosa y directamente golpeadas por la crisis económica, por el deterioro de la enseñanza y la salud públicas, que afectan la vida de sus hogares y el presente y futuro de sus hijos. Transformar la indignación y protesta espontánea que esta situación engendra en lucha consciente, en una com-

preensión justa de las raíces estructurales y políticas de esos problemas, superando dificultades objetivas muy grandes, derivadas de sus condiciones de vida como obreras, empleadas y amas de casa, y del lastre de ideas y prejuicios secularmente arraigados en su conciencia, es una tarea de primordial significación para el movimiento revolucionario. Ello exige una preocupación, solicitud y ayuda especiales, particularmente por parte de los hombres, para facilitar y estimular la intervención de las mujeres en todas las esferas de la vida social y política. La experiencia demuestra que, cuando las mujeres alcanzan aquel nivel de militancia y conciencia, se transforman en una importante fuerza revolucionaria, en combatiente de extraordinaria eficacia en todos los terrenos de la lucha. Las mujeres ingresan en el Partido en altas proporciones, en particular en los últimos tiempos; es preciso atender su transformación en militantes activos, pres-tándoles ayuda expresa y elaborando las formas organizativas más adecuadas para su encuadramiento, en especial, con un amplio desarrollo de las agrupaciones femeninas.

La Universidad, y no sólo sus estudiantes sino también sus profesores y autoridades, los maestros, los profesores de la enseñanza media, grandes sectores de profesionales universitarios, los científicos, los trabajadores de las artes o las letras, han participado en un lugar de honor en las luchas del pueblo uruguayo, junto a la clase obrera y otros sectores populares; no en balde se ha dirigido contra ellos el odio del gobierno y las clases dominantes. Particularmente, los sectores de la enseñanza han sido convocados, junto a la clase obrera y amplias masas populares a luchas muy agudas, en cuyo marco los problemas de la educación han pasado a ser precipitantes o ejes de situaciones políticas especiales, con incorporación de nuevos sectores a la batalla contra el gobierno y, en todo caso, como índices de un gran problema socioeconómico, además de específicamente cultural. La influencia del Partido ha crecido mucho en estas capas, numerosos intelectuales han ingresado a sus filas, el marxismo-leninismo tiene cada vez más prestigio e inspira la labor creadora de hombres de ciencia y artistas. La perspectiva del frente de las fuerzas democráticas avanzadas despierta en estos sectores una ola de entusiasmo y adhesión combativa. El Partido valora altamente el aporte de los intelectuales al movimiento revolucionario, tanto en el plano propiamente social y político, como por intermedio de su obra de creación; en este último aspecto se atiene a la tesis formulada en el anterior Congreso, en cuanto a que: "el Partido no sostiene, ni en el arte ni en la ciencia, posiciones dogmáticas ni unilaterales y alienta la libertad de investigación y creación, promueve la lucha de opiniones, procura rescatar la herencia cultural de todo servicio valedero a la elevación del hombre y propicia a la maestría del oficio y la búsqueda e inquietud creadora". Al mismo tiempo, debemos seguir esforzándonos por extender la influencia del marxismo-leninismo en los medios intelectuales y por incorporar a las filas del Partido a centenares de trabajadores de la cultura, utilizando para ello formas de organización flexibles y adecuadas.

La concentración del trabajo partidario en las direcciones antedichas

no significa debilitar el trabajo entre otros sectores sociales, que por el contrario, debe multiplicarse. En este sentido se destacan: el trabajo entre los jubilados y pensionistas, entre los pequeños y medianos comerciantes, artesanos, talleristas, etc. Adquiere mucha importancia también el trabajo en el seno de las masas pauperizadas del contorno de la capital y las ciudades y pueblos del interior, particularmente en torno a la lucha por el trabajo, la vivienda y los servicios sociales y reivindicaciones municipales.

La proximidad e importancia de los comicios de 1971 hace urgente elevar el trabajo electoral y, en especial, la labor inscripcional. El establecimiento del voto obligatorio subraya la necesidad de asegurar la inscripción de todos los trabajadores y, particularmente, de los jóvenes. En cada organización intermedia del Partido deberá designarse el encargado electoral respectivo y las agrupaciones deberán destinar cierto número de afiliados para la labor electoral.

Ampliar y calificar mucho más el trabajo de la dirección del Partido

30. Condición especial para el éxito de las tareas del Partido y de sus planes de desarrollo es la elevación del papel de sus organismos dirigentes centrales. El Partido ha logrado, y es uno de sus principales éxitos, conformar un núcleo fundamental de dirección que se apoya sólidamente en el marxismo-leninismo y que posee firmeza revolucionaria, experiencia, amplios vínculos de masas, capacidad realizadora y autoridad ante el pueblo y el Partido. Pero, nuevamente, el crecimiento del Partido y de sus tareas de masas plantean a los miembros del Comité Central y del Comité Ejecutivo, exigencias mucho mayores, la elevación de su capacidad teórica, el perfeccionamiento de los métodos de dirección, la calificación, diversificación y especialización del trabajo de cada uno de ellos, así como el desarrollo de su trabajo colectivo. En torno al Comité Central debe ampliarse y calificarse el conjunto de comisiones, secciones y otros organismos centrales, capaces de permitir, con la eficacia y oportunidad necesarias, una labor de dirección, que se ha hecho infinitamente más compleja. Ese aparato central, así como los Comités Departamentales y sus respectivos aparatos anexos, deben ser el vivero de cuadros de nivel superior de donde saldrán los futuros dirigentes del Partido.

Adelante, hacia nuevos éxitos en el camino revolucionario

El XX Congreso, realizado en el año del Centenario de Lenin y del Cincuentenario del Partido Comunista del Uruguay, significará sin duda un jalón muy importante en la vida de éste.

Ante el Partido están planteadas tareas políticas de inmensa envergadura, cuyo cumplimiento adelantará la hora de la liberación definitiva de nuestra patria, en el marco de una América Latina que avanza con firme paso por el camino revolucionario, en un mundo en que el socialismo está derrotando para siempre al capitalismo.

Profundamente arraigados en el seno de las grandes masas obreras y de todo nuestro pueblo, a la vez que encabezándolas en sus históricos combates, los comunistas uruguayos sabrán cumplir con honor su deber ante el pueblo, ante la patria y ante el movimiento revolucionario internacional. Sea cual fuere el curso concreto de los acontecimientos, se elevará a un nivel superior el proceso de la revolución uruguaya.

LA FUNDACION DEL P.C.U.

ETAPAS DE SU FORMACION IDEOLOGICA Y ORGANICA

(Fragmento del artículo de Rodney Arismendi titulado "El Partido Comunista del Uruguay ante el XI Aniversario de la Revolución de Octubre",

ESTUDIOS Nº 7, 1957:.

III — El Partido Comunista del Uruguay nació en la aurora de la Revolución de Octubre

La Revolución de Octubre, a cuyo influjo nacieron tantos Partidos obreros del mundo, iluminó también el nacimiento de nuestro Partido.

Cuando Lenin escribía en 1895 su artículo acerca de la muerte de Federico Engels, se marcaba el filo de dos épocas. Finalizaba entonces el siglo XIX, registrando los fenómenos de un cambio cualitativo en las formas del capitalismo: los poderosos monopolios configuran una nueva fase de la sociedad capitalista, el imperialismo, la última forma histórica del viejo sistema y la víspera cierta, —el preludio, lo llama Lenin— de la revolución socialista. Se acercaba a su fin, por otra parte, el período —que se inició con la derrota de la Comuna de París— de desarrollo "pacífico del movimiento obrero, durante el cual en los países capitalistas se forman grandes partidos proletarios de base socialista, que aprenden a utilizar el parlamentarismo burgués y que desarrollan ampliamente las organizaciones de masas; período en que la doctrina de Marx triunfa y se va extendiendo, pero en el cual, al mismo tiempo, surgen las tendencias revisionistas que niegan o disminuyen el papel de vanguardia del proletariado, y renuncian a sus objetivos finales, la dictadura del proletariado y el socialismo, revisionismo que niega la lucha de clases y el carácter de clase del Estado, que reniega de la unidad monolítica y de la disciplina del Partido.

El aldabonazo de la revolución rusa de 1905 abre un nuevo período revolucionario en que nuevas tareas surgen para el movimiento obrero, nuevos problemas a resolver, tanto en la estrategia y en la táctica como

en la organización del Partido proletario, en el filo de los dos siglos. En el país hacia el cual se trasladaba el centro de la tempestad revolucionaria, surge la figura de Lenin, el discípulo de Marx y Engels, el continuador, el constructor del Partido de nuevo tipo, capaz de responder a las exigencias planteadas por la nueva época; Lenin que recogiendo de manos de Marx y Engels la antorcha de la ideología proletaria, oscurecida y cubierta por las cenizas del oportunismo dominante en la IIª Internacional, reanimó su llama revolucionaria y con ella alumbró los nuevos caminos de la clase obrera en el mundo.

El comienzo del desarrollo capitalista en el Uruguay, el alambrado de los campos y la orientación de la producción ganadera para el mercado mundial, la penetración de los primeros capitales británicos, que nos lleva a la condición inicial de país dependiente del imperialismo inglés, traen aparejados la organización sindical y las primeras pugnas del proletariado nacional, allá por los años del 1870. Y también aparecen las luchas de tendencias ideológicas en el movimiento obrero: por un lado el anarquismo, fuerza dominante por entonces, y por otro el socialismo, que ayudaron a difundir obreros inmigrantes españoles e italianos, que habían participado en las luchas de la Iª Internacional dirigida por Marx. En los primeros años del siglo XX, los socialistas empezaron a fundar sus organizaciones independientes, constituyéndose definitivamente en 1910 como Partido político de la clase obrera.

La formación del Partido Socialista, aunque no tuviera una definición ideológica terminante, constituye un acontecimiento de importancia en la historia de nuestro país. Lo subraya el hecho de que, en esos momentos, la burguesía nacional, dirigida por Batlle y Ordóñez, llegaba al poder y procuraba supeditar ideológicamente al proletariado bajo las banderas del nacional-reformismo. El abandono de la lucha política por los anarquistas facilitaba a la burguesía nacional este trabajo.

Sin embargo, el Partido Socialista no tenía una definición marxista clara. A pesar de que muchos de sus integrantes son revolucionarios, algunos dirigentes traen a su seno las ideas del revisionismo bernsteineano, importadas al Río de la Plata por el socialista argentino Juan B. Justo: rebajamiento de los objetivos finales del proletariado, prédica de la colaboración de clases, negación de la teoría económica de Marx, del materialismo dialéctico y de la teoría del Estado. El manifiesto inaugural del Partido refleja una posición reformista: "gradualista" la llaman sus autores.

La guerra de 1914-18, la quiebra política de la IIª Internacional, la Revolución Rusa y la fundación en 1919 de la IIIª Internacional, provocaron el inevitable deslinde de posiciones en el seno del Partido Socialista. La mayoría del Partido se pronunció contra la guerra imperialista y en apoyo a la Revolución mientras que el ala reformista se embanderaba con los aliados imperialistas. Las 21 Condiciones para el ingreso a la IIIª Internacional constituyeron la piedra de toque para distinguir a los revolucionarios de los oportunistas, eran la base de principios para la formación de verdaderos Partidos revolucionarios de la clase obrera. Más que

una comprensión teórica cabal, decide la batalla en el seno del Partido, el prestigio de la Revolución Rusa, la audacia revolucionaria de los "bolcheviques", que despierta la admiración y el afecto de los militantes del movimiento obrero uruguayo. Al mismo tiempo, la clase obrera, radicalizada y sacudida por el resplandor de la Revolución de Octubre, desataba grandes huelgas en el Puerto, en los frigoríficos, en el transporte y en diversas industrias de Montevideo y en varias localidades del interior.

En esas condiciones, en setiembre de 1920, la mayoría del Partido Socialista resuelve adherir a la IIIª Internacional y cambiar su nombre por el de Partido Comunista. El Partido eligió así la senda del marxismo, la senda de Lenin, la senda de la Revolución Rusa. Eligió la ruta revolucionaria de la clase obrera y no el camino del reformismo pequeño-burgués.

Era un paso decisivo. Pero la construcción de un Partido revolucionario, tal como lo quería Lenin, pertrechando con la teoría del marxismo-leninismo, organizado según los principios del centralismo democrático, estrechamente vinculado a las masas proletarias y populares, no se resolvía ni podía resolverse en ese Congreso inicial. La lucha por la formación del Partido leninista es todo un proceso que comprende determinadas etapas, que requiere que las masas y el Partido hagan su propia experiencia política, que implica la formación de sus cuadros y la forja de su dirección. Ese proceso es, en síntesis, la lucha por el leninismo en nuestro país, lucha en la que sigue empeñado nuestro Partido; esta lucha prosiguió en cada giro histórico en una etapa superior y cuyo nuevo impulso luego del XX Congreso del PCUS contribuirá a la maduración del movimiento comunista en el país.

IV — Cuatro etapas en la formación ideológica y orgánica de nuestro Partido.

La historia de nuestro Partido, desde el punto de vista de su formación puede dividirse a primera vista en cuatro etapas. En cada una de ellas, el Partido ha cometido errores, pero en lo sustancial, aun a través de los zigzags de su marcha, ha avanzado en su proceso ideológico y en una más ajustada comprensión de sus grandes tareas nacionales. Ello fue posible, aun en las horas de crisis, porque a todos estos periodos los une un rasgo común, la acendrada valoración en el Partido del papel histórico de la revolución rusa y de la obra señera del gran Partido que formara Lenin.

El primer período abarca desde la fundación del Partido hasta el VII Congreso de la Internacional Comunista. Es éste un período de formación y, en cierto modo, de definición del Partido como Partido Comunista, de precisión de su ideología marxista y de sus formas de organización comunistas.

Tres peculiaridades nacionales subrayan la importancia de este deslinde de posiciones: a) la poderosa influencia ideológica del batllismo

que, utilizando una activa demagogia y una intensa prédica nacional-reformista, procuraba lograr la hegemonía política de la burguesía nacional sobre las masas, minar la independencia de la clase obrera y negar la necesidad de un Partido proletario; b) la importancia que tiene en el Uruguay —como en otros países latinoamericanos— la pequeña burguesía universitaria que reivindicaba una posición dirigente en el proceso social; c) la reconstrucción del Partido Socialista, entonces una fuerza ce rradamente anticomunista y de derecha.

La inmadurez del Partido, su conocimiento fragmentario de las tesis leninistas acerca de la revolución en los países coloniales y dependientes, la necesidad de definir con el oportunismo social-demócrata la esencia revolucionaria del marxismo, lo incapacitaba para llevar a cabo la más difícil tarea: la política de “unidad y lucha”, es decir, de educación del proletariado como fuerza independiente que brega por su hegemonía y procura desarrollar su Partido, pero que, a la vez, busca aliados en el campo, en la pequeño-burguesía y en la burguesía nacional frente al imperialismo y a los terratenientes semi-feudales. El reducido peso específico del proletariado y el gran peso político de la burguesía nacional (el batllismo de entonces) ensanchaban las dificultades.

El Partido cae así, en el verbalismo revolucionario, en un infantilismo izquierdista, que hoy es fácil de advertir.

No hay una correcta definición del carácter de nuestra etapa revolucionaria y, por ende, no hay una comprensión del papel dirigente del proletariado al frente del conjunto de las capas populares; el Partido esgrime, agita y trasplanta mecánicamente, consignas correspondientes a otras etapas y situaciones revolucionarias, aislándose sectariamente de las amplias masas.

No obstante, a pesar de estos errores, sería incurrir en superficialidad y jactancia si se formulara sólo negativamente esta etapa. El proceso de deslinde del Partido fue necesario; además, el Partido difunde entonces, aunque en forma fragmentaria, el marxismo; hace conocer obras fundamentales como “El Estado y la Revolución”, “La revolución proletaria y el renegado Kautsky” y “El imperialismo, fase superior del capitalismo” de Lenin, que contribuyen a formar cuadros en el movimiento obrero y una conciencia anti-imperialista de base científica en nuestro país. Pero, lo que es fundamental, el Partido hace penetrar profundamente la idea del internacionalismo proletario y su expresión concreta: la divulgación del significado de la Revolución de Octubre y la defensa de la Unión Soviética, la solidaridad combativa hacia el país del socialismo. A lo largo de este período, que fue de duros combates, a veces de heroísmo, el Partido procura estructurarse en lo fundamental, de acuerdo a los principios del centralismo democrático, desfigurados muchas veces sin duda de manera sectaria y forja a sus cuadros en un estilo de lucha combativo y que no vacila ante la necesidad del sacrificio.

En síntesis, fue un período de afirmación de las cualidades del Par-

tido que contribuyó en no pequeña medida, a asegurar la existencia y la continuidad del Partido en todas las circunstancias posteriores, a pesar del atraso ideológico, del sectarismo y del infantilismo de su actuación.

El segundo período va desde el VII Congreso de la Internacional Comunista hasta la derrota del nazismo en la Segunda Guerra Mundial. Los pueblos comienzan a comprender la gravedad del peligro que entrañaba el nazi-fascismo. La lucha contra el fascismo recorre el mundo; se forman los Frentes Populares en Francia, en España, en Chile; el pueblo español, con el apoyo solidario de las fuerzas democráticas de todo el mundo, defiende con las armas en la mano la democracia y la libertad amenazadas por los fascistas.

El VII Congreso significó un poderoso impulso a todo el movimiento comunista mundial, dio un envión gigantesco a la lucha de los pueblos. Al esclarecer algunos aspectos esenciales de la táctica leninista, la concentración del fuego sobre el enemigo fundamental, la necesidad para el proletariado de rodearse de aliados, de acuerdo a cada etapa de la lucha, al insistir en la distinción planteada por Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista entre el carácter de la revolución en los países imperialistas y en los países coloniales e independientes, el VII Congreso ayudó a nuestro Partido a avanzar en una comprensión más rica y profunda del leninismo y a una valoración más acabada de sus tareas respecto a la realidad social y política del país.

El Partido definió mejor el carácter de nuestra revolución, hizo una valoración más exacta de los aliados del proletariado; el campesinado y las capas medias, y comprendió mejor el papel de la burguesía nacional; barrió las concepciones sectarias anteriores en cuanto a la democracia burguesa y realzó el interés que tiene el proletariado en defenderla frente al fascismo. El Partido se empeñó en llevar estas ideas a la práctica. El Partido denuncia combativamente el carácter de la amenaza fascista y a él se debe la profundidad con que caló en nuestro pueblo el sentimiento antifascista. Un grupo importante de militantes de nuestro Partido combate en la guerra española y muere en sus trincheras. El Partido encabeza y es organizador principal del vasto movimiento popular de solidaridad con la República Española, que fue importante escuela política para nuestro pueblo. El Partido actúa en primera fila en la lucha contra la dictadura de Terra, impulsa la unidad de los partidos opositores, logrando en este camino algunos éxitos importantes; el Partido se convierte de este modo en un factor del restablecimiento de la democracia en el país. Al producirse la agresión nazi a la URSS, el Partido contribuye a levantar el amplio movimiento de ayuda a la Unión Soviética y sus aliados en la guerra, el más grande movimiento de masas en la historia nacional.

La elevación vertical del prestigio de la URSS entre las masas determina que se reanudan con ella las relaciones diplomáticas que habían sido rotas por Terra. Al mismo tiempo, durante todo este período, la

organización y lucha independientes del proletariado se desarrollan con amplitud; se funda la Unión General de Trabajadores (UGT), que congrega en su seno a gran parte de la clase obrera.

Todo esto atestigüa que el Partido había superado en gran medida sus errores sectarios anteriores y tomaba el camino de las masas. El Partido crece considerablemente, logra importantes éxitos electorales y mejora su composición de clase. Sin embargo, el Partido no realiza una revisión ideológica verdaderamente profunda y cae en nuevos errores, esta vez fundamentalmente de derecha. En el Partido penetra la ideología nacional-reformista y, en los últimos años de la guerra, las tendencias browderistas; estos errores estuvieron en la base de algunas posiciones equivocadas en el movimiento obrero que perjudicaron la unidad del proletariado.

Por otro lado, la vida del Partido empieza a deformarse al compás de la sustanciación del "culto a la personalidad". El Partido entra en un período de luchas internas en torno a discrepancias a menudo parciales que eran transformadas, sin embargo, en diferencias irreconciliables que llevaban a crisis internas y a la expulsión de muchos viejos militantes, injustamente motejados de enemigos del comunismo.

En el cuadro de éxitos de masas, de avances reales del Partido en todos los órdenes, estos errores se manifestaban menos crudamente, pero esas desviaciones ideológicas y la deformación contraria al centralismo democrático de la vida interna que afloran en este período, crean las premisas para los principales errores del tercer período de su historia, que conducen a la crisis del Partido en julio de 1955.

El tercer período abarca los diez primeros años de la postguerra. En este período el Partido salía a una nueva situación. El imperialismo, particularmente el imperialismo yanqui, se lanzaba de lleno a la preparación de la guerra antisoviética, encendía la histeria anticomunista y el maccarthismo, concentraba el fuego para aislar al Partido y quebrar la unidad obrera. La ofensiva del enemigo fue muy dura y hasta 1950-51 se caracterizó por el intento de pasar a formas fascistas de ataque al Partido.

En ese período, el Partido procuró denunciar al imperialismo y a sus agentes, promover la lucha por la paz, defender las reivindicaciones de los trabajadores, desbaratar las provocaciones antisoviéticas. Si la organización sindical se mantuvo en pie, si la represión no se abrió paso, si el Partido no fue ilegalizado, ello se debió fundamentalmente a la lucha abnegada de nuestros militantes. Sin embargo, el Partido podía haber conservado en mayor grado sus fuerzas, defendiendo mejor la unidad obrera y organizando con mucha mayor amplitud las acciones de masas contra el imperialismo y por la paz, si su acción no hubiera estado trabada por los errores del pasado, que se agravaban con el transcurso del tiempo.

Los problemas ideológicos no superados, mantuvieron al Partido oscilando entre el oportunismo de los planteos seguidistas y el sectarismo

de querer resolver con resoluciones trasplantadas al movimiento obrero las cuestiones que correspondían a la labor partidaria; se violaba así groseramente las normas leninistas acerca de las relaciones del Partido con las masas. Cuando la ofensiva del enemigo arreciaba, se encerró al Partido en discusiones estériles llevadas a cabo con métodos de "lucha excesiva", que desembocaban inevitablemente en nuevas crisis y desgajamientos de militantes; se golpeó y retaceó los medios de propaganda naturales y fundamentales del Partido. La vida interna se desarrollaba en medio de violaciones a los principios del centralismo democrático y de la autocrítica, se anuló el principio de la dirección colectiva en aras del "culto a la personalidad", se siguió una política de cuadros aventurera, de persecución de los viejos cuadros experimentados y de promoción sin principios de gentes inexperimentadas a puestos decisivos.

Se desmoralizaba así al Partido, se torturaba su organización, se separaba al Partido de las masas y se sustituía por una concepción "blanquista" su papel de vanguardia. El Partido fue llevado de ese modo a la crisis de julio de 1955, en la cual, apenas abierta la discusión sobre los problemas de principios, Eugenio Gómez, entonces su secretario general, abandona el Partido, lo ataca desde la prensa burguesa y pasa a desplegar el más grosero antisovietismo y anticomunismo. En la traición de Gómez, quiebra el menosprecio ideológico por el marxismo-leninismo, sustituido por concepciones nacional-reformistas; quiebra la mentalidad de colocarse por encima del Partido y de sus organizaciones, la separación del Partido y de las masas; quiebra la rutina y el conservadurismo unidos al desprecio de los cuadros y a los afiliados del Partido. Quiebra, en fin, la suficiencia nacionalista y el desprecio por la experiencia internacional del proletariado y ante todo por la experiencia del Partido Comunista de la Unión Soviética.

El cuarto período se inicia en el XVI Congreso de nuestro Partido (setiembre de 1955) y comprende las aportaciones fundamentales del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

El XVI Congreso constituye un importante viraje en el largo proceso de la formación ideológica, política y organizativa del Partido Comunista del Uruguay.

En sus 37 años de vida, el Partido ha procurado llevar a la práctica las ideas del marxismo-leninismo. Posee una trayectoria internacionalista expresada en la adhesión a la Internacional Comunista, en la defensa permanente de la causa del socialismo y de la Unión Soviética, en la ayuda a España y en la solidaridad con todos los perseguidos por el fascismo; en la brega constante en favor de la paz mundial. Sus militantes, entregados a la causa de los derechos e intereses de la clase obrera, demostraron siempre un gran espíritu de sacrificio; a su esfuerzo se debe la existencia de la clase obrera en el país. Luchador por la independencia y la soberanía nacional, nuestro Partido posee un rico historial de lucha contra la reacción, el fascismo y el imperialismo. Ha dado pruebas de su capacidad para unir a las masas frente a la reacción y de su preocu-

pación permanente por educarlas en las ideas de la democracia, de la liberación nacional y del socialismo.

El Partido se enorgullece de que en sus filas militan destacados y queridos dirigentes de la clase obrera y del pueblo, así como muchas de las más destacadas figuras de la cultura nacional.

El XVI Congreso se esforzó por recoger este legado de experiencias del Partido, tanto en sus aspectos ideológicos y teórico-políticos, como en cuanto a los métodos de relación con las masas y con sus organizaciones. Inspirándose en los principios del marxismo-leninismo y en la múltiple práctica del movimiento obrero internacional, el XVI Congreso procuró sistematizar nuestra propia experiencia, donde los aciertos y los errores se mezclaban en forma abigarrada, con vistas a educar al Partido y a elaborar, en lo posible, una orientación unitaria correcta para todos los campos de nuestra actividad. El XVI Congreso tuvo, en este sentido, el gran mérito de unir, en lo esencial, al Partido sobre una base de principios, de preservar su unidad entonces gravemente amenazada y de elevar su capacidad combativa y realizadora. Supo a la vez, encarar una profunda revisión ideológica, evitar el peligro de una estéril discusión disgregadora puramente interna, rechazar con energía toda tendencia al vilipendio indiscriminado del pasado del Partido y, lo que es fundamental, supo conducir a éste por los caminos de la lucha de masas. El XVI Congreso advirtió que no se debía detener la lucha al frente de las masas a pretexto de la imprescindible revisión ideológica que el Partido emprendía y que no se debía detener el estudio crítico y autocrítico de la actividad pasada, general, del Partido, a pretexto de las impostergables tareas a realizar. El esfuerzo por situar la labor del Partido dentro de este armónico encaramiento de discusión y lucha, esfuerzo no siempre triunfador, constituye un mérito no despreciable del XVI Congreso de nuestro Partido.

El XVI Congreso previno que sería "una ilusión perniciosa creer" que las cuestiones encaradas quedarían resueltas automáticamente en los días subsiguientes a sus deliberaciones. Consciente de estar ante una tarea difícil y prolongada, el Partido emprendió la labor compleja de revisión ideológica, de reelaboración de la estrategia y de la táctica, de replanteamiento del sistema de relaciones con las masas, y en particular, de estudio de los métodos adecuados de actuación, de restauración de las normas del centralismo democrático y de formación de una dirección colectiva. El XVI Congreso se esforzó por ofrecer respuestas claras a múltiples cuestiones ideológicas, políticas y de organización planteadas agudamente por la vida. Ellas pueden sintetizarse en cinco direcciones principales:

- 1) El Congreso definió claramente el carácter agrario-antimperialista de la etapa revolucionaria de nuestro país, precisó cuáles son los enemigos fundamentales de la nación, el imperialismo, los terratenientes semif feudales y la gran burguesía antinacional. Los cambios de estructura que la situación del país reclama sólo podrán realizarse a través de

la toma del poder por un conjunto de fuerzas populares agrupadas en un Frente Democrático de Liberación Nacional. La clase obrera está llamada a ser la fuerza dirigente de este Frente. Para conquistar esa posición rectora la clase obrera debe forjar una estrecha alianza con los campesinos, alianza que constituye la base del Frente de Liberación Nacional, en torno a la cual se agruparán el conjunto de las masas populares, los estudiantes y la intelectualidad patriótica y otras capas de la pequeño-burguesía urbana; la fuerza de este movimiento será capaz de condicionar la participación en esta alianza de la burguesía nacional. Tal concepción estratégica asestaba un golpe demoledor a las concepciones nacional-reformistas anteriores, que sustituían en la práctica la alianza obrero-campesina por la coalición de la clase obrera con la burguesía nacional. Al mismo tiempo, el Congreso reafirmó una clara posición internacionalista proletaria, denunciando la infiltración del nacionalismo burgués a las filas del Partido y destacando que la revolución de liberación nacional era parte integrante de la revolución socialista mundial.

2) El Congreso estableció las bases de la táctica política del Partido, posteriormente elaboradas con más profundidad por diversos documentos, que definen la necesidad de un cambio en la vida del país expresado en una política exterior independiente, en la defensa y ampliación de las libertades democráticas, en la defensa de la economía nacional frente a los monopolios imperialistas y en la satisfacción de las reivindicaciones inmediatas de las masas. En torno a esta plataforma es posible desarrollar el Frente Único de combate del proletariado, los campesinos, los empleados, los jubilados, los estudiantes e intelectuales, los pequeños y medios industriales y comerciantes, aislar a los agentes más descarados del imperialismo norteamericano y lograr un desplazamiento de la correlación de las fuerzas políticas favorable a la paz, la independencia nacional, la democracia y el progreso del país.

3) El Congreso sometió a una profunda revisión las relaciones del Partido con las masas, basándolas en una clara comprensión del papel y significado del Partido como vanguardia del proletariado y el pueblo, como su fuerza dirigente y, al mismo tiempo, como el instrumento creado por las masas para su auto-liberación. Esta revisión supuso el examen de los métodos de trabajo en las organizaciones de masas. Por una parte significó multiplicar el trabajo de los comunistas en el movimiento de masas, esclareciendo hasta el fin el estilo de esta labor y rechazando las concepciones "izquierdistas" que lo entorpecían; era menester métodos de trabajo y concepciones de la organización obrera y popular, que tuvieran en cuenta cuidadosamente "el estado de las fuerzas, tanto del proletariado y el pueblo como de sus enemigos... el grado de organización y de conciencia de las masas, las tradiciones que pesan sobre ellas, las diversas formas de movimiento a desarrollar". Por otra parte, significaba multiplicar los medios para estrechar los vínculos inmediatos del Partido con las masas y para que éste apareciera ante ellas con su verdadera fisionomía. Para ayudar a este viraje en la actividad del Partido, éste dedicó atención primordial a la edición de un diario capaz de llegar a las

capas obreras y populares, y a la edición de un grupo de amplios periódicos partidarios para las grandes fábricas y centros obreros.

4) El Congreso revisó las normas organizativas y los métodos de la vida interna, basándolos en la aplicación consecuente de los principios leninistas del centralismo democrático. Se impulsó un amplio desarrollo de la democracia interna, de la crítica y la autocrítica, de un real intercambio de opiniones en el seno de los organismos; se iniciaron esfuerzos tendientes a vencer el atraso ideológico de la dirección y de todo el Partido. Al mismo tiempo, el Congreso puso el acento en la lucha contra todo germen de agrupamiento fraccional, en la defensa de la unidad del Partido y de su disciplina.

5) El Congreso encaró la tarea fundamental de la formación de la dirección del Partido; tuvo en cuenta para ello una acertada combinación de viejos y nuevos militantes, con un peso importante de cuadros obreros vinculados directamente a los centros fundamentales del proletariado. Puso el acento en el trabajo colectivo de la dirección, en la lucha contra toda posibilidad de "culto a la personalidad", buscando forjar una dirección modesta y laboriosa, vinculada a la base del Partido y a las masas; una dirección asentada en una labor ideológica común y en el estímulo a la independencia de los cuadros.

Tales son, en síntesis, los principales aportes del XVI Congreso, que contribuyeron no poco a que la actividad del Partido se convirtiera en uno de los factores importantes para el desarrollo impetuoso de las luchas de masas y para el progreso de la unidad obrera y popular que se observaron en los dos años transcurridos desde entonces.



LEONILDA GONZALEZ

CARTA A UN COMUNISTA

Texto de la carta remitida desde la clandestinidad al militante del PCU, Sócrates Martínez, en setiembre de 1973 después que éste fuese liberado tras sufrir brutales torturas.

Estimado Camarada Sócrates:

Recibí tu carta que fue para mí un nuevo motivo de satisfacción y de emoción comunista en este 53 aniversario de nuestro Partido.

Es la carta de un comunista que supo comportarse en la hora de la prueba, como un comunista.

Tú dices bien: el enemigo tiembla ante nuestra entereza de principios, ante nuestra inquebrantable adhesión a la causa de la clase obrera, la causa del socialismo, la democracia y la liberación de los pueblos.

La causa de la verdadera emancipación del hombre de toda opresión, de toda alienación, de todas las miserias y mezquindades acumuladas por milenios de dominación de las clases explotadoras. Pues no otra cosa es ser comunista.

Tú escribes: "Cuando las imágenes de la injusticia social tomen cuerpo en nuestro sentimiento, cuando somos parte de la lucha por corregirla y se afirma la seguridad que el futuro cercano será de nuestras ideas, la tortura y la muerte quedan al margen". Y esto es así. Con esa convicción se han sacrificado decenas de miles de nuestros camaradas en toda la tierra y asesinados y torturados hasta la muerte siempre han sido los triunfadores; por eso tiemblan los enemigos de los pueblos, por eso el torturador sádico al servicio de los peores intereses parece arcilla deleznable ante el acero del comunista agonizante en sus manos.

Por suerte vivimos en una hora maravillosa de la historia; el tiempo del triunfo internacional del comunismo que nada ni nadie podrá detener.

Desde octubre del 17 hasta hoy, ¿cuántos intentaron extirpar al comunismo por el hacha, el fusilamiento, la masacre sádica, la tortura, la agresión a los pueblos, la guerra y el fascismo? ¿Y en dónde están ellos, en qué fosa de estiércol de la historia? ¿Y en dónde está nuestra causa? En las cumbres más altas de la construcción social y en la hondura más profunda e inextirpable del corazón humano.

¿Qué vale un Pinochet al lado de Hitler? La suerte personal e histórica del gorila chileno no diferirá de la del monstruo alemán que asesinó a decenas de millones. Más allá de la suerte personal de cada uno de nosotros —lo he repetido siempre— la victoria de la clase obrera y los pueblos sobre el imperialismo y sobre la opresión nacional y social marcha inexorablemente como la ruta inmarcesible de las estrellas.

Marcha en la construcción de la sociedad nueva en la Unión Soviética y el sistema socialista, en la calumniada y erecta Cuba, en el Vietnam heroico que ya se reconstruye. En la explosión liberadora nacional de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. En los viejos proletarios de Europa. Y aún en la rebelión proletaria juvenil y negra de los EE.UU.

La reciente Conferencia de los "No Alienados" mostró una vez más la coincidencia objetiva y muchas veces concertada, del sistema socialista y los pueblos liberados, apuntada contra el imperialismo, particularmente el yanqui, y sus cómplices.

También en América Latina —pese a la traición de los jefes militares de Chile, fascistas cobardes, sucias alimañas que el yanqui maneja— los umbrales de la liberación siguen encendidos en el horizonte.

La imagen de Allende se irá agrandando como ocurrió con la del Che, y levantando legiones imborrables detrás de ella. Así en todos nuestros pueblos.

Y los felones generales y almirantes serán, más tarde o más temprano —lo son ya ahora— sombras temblorosas cargadas de miedo, afeerrados a sus pobres pellejos. Aunque se entierren en el fondo de la cueva más tenebrosa.

Y digo algo sobre nuestro Uruguay: ¿quién puede creer que con nuestra clase obrera, con el pueblo de Artigas, y también con éste nuestro querido Partido, el itinerario de la Patria concluirá como un barco embicado y sin destino?

Algunos de nuestros compañeros ya cayeron. Son nuestros mártires. "De pie, en medio de la pólvora, como mechas ardiendo", como cantó Neruda a los Internacionales caídos en España. Otros pueden quizás caer. Pero la historia será nuestra. Es decir, de la Patria, de la clase obrera y del pueblo. En lo inmediato, de todos los orientales honestos como pedía Seregni, este símbolo del pueblo aprisionado.

Por eso, camarada Martínez, querido amigo Sócrates, antiguo comunista a quien conozco de tantos años, tu conducta ejemplar en la tortura es siempre la primera condición de la derrota de los torturadores. ¡Así proceden los auténticos comunistas!

Y quien no sepa vencer de este modo, victoria de la conciencia y el corazón comunistas, sean cuales fuesen sus otras cualidades personales, que no ponga sobre su pecho el carnet del Partido.

Recibe, querido camarada, un fuerte abrazo.

Procura reponer tu salud quebrantada por las torturas que mellaron tu físico, pero no tus ideales. No te reincorpores a ninguna actividad hasta no sentir mejor tu salud. Aun descansando estarás presente en todas

partes, como otros camaradas en situaciones parecidas. Estarás en todos los lugares donde un comunista enarbole la bandera de libertad, de democracia, de la felicidad del pueblo, de la Patria, del socialismo.

Saluda a tu compañera y demás familiares.

Te abraza, tu camarada



Rodney Arismendi

XVII CONGRESO - AGOSTO DE 1958

Informe de Balance del Comité Central

CAP. I — LINEAMIENTOS DE LA SITUACION INTERNACIONAL

1. El tránsito del capitalismo al socialismo, rasgo distintivo de nuestro tiempo

Lenin caracterizó nuestro tiempo como la época del derrumbe del capitalismo y de la victoria del socialismo. Las previsiones del marxismo-leninismo han encontrado una clamorosa confirmación en la realidad contemporánea.

La revolución rusa de 1917 inició el proceso de tránsito del capitalismo al socialismo. La victoria de la revolución rusa dirigida por el Partido de los comunistas, encabezado por Lenin, cambió el curso de la historia universal.

Se iba a comprobar en los límites de un gran país; pero en las condiciones económicas más desfavorables, la posibilidad, deducida teóricamente por Marx y Engels, de construir una sociedad sin explotados ni explotadores, fase primera del comunismo, donde cada hombre dará a la sociedad de acuerdo a su capacidad y recibirá de ésta según sus necesidades. En 40 años, pese a las destrucciones infinitas de la guerra civil, de la intervención y del bloqueo extranjero, y de la devastadora guerra mundial, que dejaron apenas dos décadas para construir, la vieja Rusia, atrasada, agraria, analfabeta, se volvió la próspera Unión Soviética, primera potencia industrial de Europa, vencedora del eje nazi-fascista, situada en el primer puesto en el campo de la ciencia y la técnica, no sólo sin analfabetos, sino con el más alto grado de desenvolvimiento de la enseñanza media y superior, y de un permanente ascenso en las condiciones materiales de vida de la población.

La revolución socialista triunfante en Rusia (que Churchill quisiera "ahogar en la cuna"), que los gobernantes norteamericanos luego del fracaso de su intervención armada, pretendieron desterrar de las relaciones internacionales; que Hitler y sus vasallos soñaron borrar del mapa por el fuego y la sangre; que los monopolios de la prensa internacional capitalista con el auxilio de los jefes derechistas de la II Internacional, infamaron noche y día con los más truculentos novelones, venció en la tarea de Hércules de construir la sociedad socialista.

La antorcha de su ejemplo salió de las fronteras de un país para iluminar hoy la realidad de un sistema de Estados desde Praga a Pekín, con casi mil millones de habitantes en impetuoso ascenso económico y cuya producción rebasa ya el tercio de la producción industrial mundial.

En 40 años, el mapa del mundo se ha encogido para el capitalismo, para sus relaciones de producción basadas en la explotación de los tra-

bajadores y el sometimiento de los pueblos débiles o económicamente atrasados.

Sobre ese mapa se ha ido extendiendo una nueva formación económico-social cuyo alumbramiento es obra de los pueblos, encabezados por la clase obrera y su Partido, el Partido de los comunistas, la clase llamada a ser la sepulcra del capitalismo y la constructora de una nueva sociedad donde "los hombres —como explicara Engels— dueños por fin de su propia vida social, se convierten en dueños de sí mismos, en hombres libres"... "La realización de este acto, que redimirá al mundo es la misión histórica del proletariado moderno".

Hoy, la clase obrera, al frente de las masas populares, ha llegado al poder en numerosos países de Europa y Asia; las ideas del marxismo-leninismo no son ya sólo el programa inspirador de la lucha de los trabajadores y de los pueblos oprimidos, sino la realidad triunfante de la edificación de un nuevo mundo. Con razón la declaración de los Partidos comunistas y obreros podía definir como rasgo distintivo de este tiempo, el tránsito del capitalismo al socialismo, el pasaje de nuevos pueblos del régimen capitalista al régimen socialista.

La victoria del socialismo en la URSS y la formación del sistema socialista mundial acentúan la crisis del sistema capitalista, uno de cuyos índices más notables es la quiebra de los imperios coloniales, el auge del movimiento de liberación nacional de los pueblos dependientes y la gravitación de estos pueblos en la política internacional.

Como se sabe, el capitalismo en su fase imperialista, de dominio de los grandes monopolios, somete a la mayoría de la población de la tierra, a continentes enteros, a un puñado de reyes sin corona del capital financiero al estilo de los Morgan y Rockefeller. Su expresión es el subyugamiento de los países económicamente más débiles y atrasados a las metrópolis del capitalismo imperialista, en la calidad de colonias, semi-colonias o países dependientes en distinto grado y forma.

La revolución rusa de 1917 asestó el primer gran golpe al sistema colonial del imperialismo e insufló un aliento poderoso al movimiento de liberación nacional de todas las latitudes. Después de la segunda guerra mundial, China, el más grande país semicolonial, expulsó a los imperialistas y se incorporó al campo socialista. Aparte de China, Vietnam y Corea, otros 700 millones de habitantes de Asia y Africa han roto las cadenas coloniales, han conquistado su independencia política y luchan, en muchos casos para lograr su independencia económica.

El imperialismo ha perdido su antiguo dominio sobre la mayoría de la humanidad. La disgregación del sistema colonial del imperialismo se procesa a gran velocidad. Los acontecimientos de Irak lo demuestran.

En la práctica de la lucha histórica por la paz y la independencia de los pueblos se ha constituido un gran frente único internacional entre los Estados socialistas encabezados por la Unión Soviética y los países que

se han liberado o luchan por liberarse de la opresión imperialista. Este hecho es, sin duda, uno de los más grandes acontecimientos de nuestro tiempo.

Así como en el interior de cada país el proletariado se alza al frente de todo el pueblo contra sus opresores, en la escena internacional los países socialistas cuyo centro es la URSS, aparecen cada vez más como la avanzada de todo el movimiento de liberación nacional y en particular como el firme respaldo de los pueblos que derribaron los viejos muros de la cárcel colonial.

El tercer índice a destacar consiste en el auge del movimiento comunista y obrero mundial. En todo el globo, desde el poder o desde el llano, enfrentando la más cruel persecución o en las condiciones de la legalidad, millones de hombres combaten sin tregua, artesanos invencibles de las ideas del marxismo-leninismo, de la causa inmortal de emancipación de la clase obrera y de los pueblos. Entre ellos se destacan grandes y fogueros partidos de masas, capaces de influir en los destinos de su país y por lo tanto en la suerte de la lucha mundial por la paz, la democracia y el comunismo.

Cuando vemos la furia loca de los imperialistas y sus agentes, comprendemos que sería absurdo menospreciar su capacidad de mentira y de crimen y advertimos el peligro; pero sabemos que este frenesí es también el síntoma cierto de la debilidad de un régimen que declina frente a la potencia ascendente de la sociedad socialista y la lozanía primaveral de las ideas del comunismo.

La historia ha ilustrado en un plazo increíblemente pequeño la victoria del marxismo-leninismo; su veredicto proclama que Lenin y los comunistas rusos tenían razón cuando restablecieron la pureza creadora del marxismo revolucionario frente al oportunismo revisionista de la II Internacional.

La vía de Lenin condujo a la clase obrera al poder en numerosos países y ha puesto en el orden del día la victoria del socialismo en escala mundial. El camino social-demócrata ha dejado en pie el capitalismo en todos los países en que llegara al poder.

Nuestra época es así, también, el tiempo del leninismo. Los días venideros subrayarán esta gran verdad: la única vía hacia el socialismo es el camino de Lenin, la ruta de la aplicación del marxismo-leninismo.

2. La lucha por preservar la paz es tarea inaplazable

La realidad mundial se define hoy por la existencia de dos sistemas sociales contrapuestos, regidos por leyes antagónicas de desarrollo: el socialismo y el capitalismo. En última instancia ellos representan en el plano internacional la realidad de la lucha de clases existente en cada país capitalista. La emulación y la competencia entre ambos sistemas cubre

la escena contemporánea e influye decisivamente en la vida política internacional, sobre el pensamiento de los pueblos, sobre la acción de las masas, sobre las posibilidades de salvaguardar la paz mundial.

Esa competencia tiene dos aspectos. Uno es la confrontación en toda la vida social, económica, política y cultural de un sistema con otro, la demostración de la superioridad del socialismo en cuanto a su capacidad de desenvolver las fuerzas productivas y asegurar la felicidad de los hombres. El otro aspecto, se refiere a saber si el antagonismo entre ambos sistemas se dirimirá por la guerra o en la coexistencia pacífica, cuestión ésta que es el problema clave de la política internacional.

No vamos a detenernos en el primer aspecto. A pesar del alboroto calumnioso de los imperialistas y de sus lacayos, los éxitos crecientes de los países socialistas, los ritmos de desarrollo de las fuerzas productivas, el avance del bienestar del pueblo, el triunfo irreversible en el campo de la técnica y la ciencia cuyos frutos simbolizan los "Sputniks", aparecen ante cada trabajador como una esperanza en su vida de sufrimiento.

Por otra parte, la situación económica del capitalismo empeora visiblemente. A pesar de los estímulos artificiales y momentáneos de la militarización de la economía y otros, las contradicciones del capitalismo se agudizan al extremo. El ritmo de la producción industrial aminora; aumentan por millones los desocupados; la inestabilidad económica de los países imperialistas se acentúa. Y la crisis económica se ha sentado a la mesa en los EE.UU., aventando como un montón de hojas secas toda la prosa sabihonda de ciertos catedráticos de teoría económica acerca del "nuevo carácter del capitalismo moderno". Las recetas de economistas ya clásicos del imperialismo como Keynes, corren la misma suerte que las tesis optimistas de los teóricos del laborismo, Strachey y otros; y que las sandeces de los revisionistas norteamericanos referentes a que el "Estado de bienestar" —hacia el cual tendría según pretenden, el capitalismo moderno— habría disminuido la contradicción entre la producción y el consumo. Hoy la crisis económica se profundiza y los expertos económicos han cambiado de humor; discuten ya sólo acerca de su extensión y profundidad.

La crisis económica en desarrollo, agudiza las tendencias de los monopolios norteamericanos a la guerra, a las guerras locales, a la agresión a los pueblos coloniales, a la reacción y al fascismo. Ello también se manifiesta en otros países imperialistas, como lo atestigua en Francia el "pustch" de los generales de Argelia y el nombramiento de De Gaulle para Jefe de Gobierno.

Queremos detenernos particularmente en la gran cuestión de la guerra y de la paz.

El peligro está pendiente a diario sobre la cabeza de la humanidad en la época de las armas nucleares de destrucción en masa. Dos orientaciones se enfrentan en la política internacional: una, tendiente a man-

tener la paz y afirmar la coexistencia pacífica, es sostenida por la URSS, por los países del campo socialista; otra, dirigida a la preparación y al desencadenamiento de una nueva guerra, es la que practican los círculos agresivos del imperialismo norteamericano y sus cómplices de las coaliciones belicistas.

La posición del campo socialista tiene una raíz de principios que arranca de la naturaleza de un régimen social que ha eliminado las causas de la guerra y que se expresa en las relaciones entre los Estados, por la política de coexistencia pacífica, que surge del hecho de que por un período histórico prolongado (como lo explicara Lenin), existirán sobre el mismo planeta uno o más estados socialistas junto a estados capitalistas.

Recientemente Jruschov repetía, una vez más, esta norma invariable de la política exterior soviética:

“... Aunque estamos persuadidos de que, como resultado de una nueva guerra, si fuera desencadenada por las esferas imperialistas, se hundiría el sistema que engendra las guerras, es decir, el sistema capitalista, y vencería el sistema socialista, nosotros, los comunistas, no queremos vencer por ese camino. Los comunistas jamás hemos buscado, ni buscaremos nuestros fines por medios tan espantosos; eso es amoral y está en pugna con nuestra filosofía comunista. Nosotros partimos del criterio de que el socialismo no necesita la guerra para prosperar”.

El capitalismo imperialista, por su naturaleza, tiende a la guerra, a la dominación de otros pueblos, al saqueo de las fuentes de materias primas y de los territorios estratégicos, al reparto del mundo por medio de la fuerza, al colonialismo.

En la entraña del capitalismo, decía en conocida frase Jaurés, va la guerra como en la nube de tormenta, el rayo.

Sólo renegados del marxismo, que desean barnizar los planes agresivos del imperialismo, pueden poner un signo de igualdad entre la política bélica del imperialismo y la de la lucha por la paz de los países del campo socialista.

Sus afirmaciones contradicen la realidad histórico-social y la naturaleza de las tendencias que se originan en ambos sistemas. Y contradice, por ello, en beneficio de los imperialistas y en contra de la paz, la verdad de los hechos. El imperialismo, en lo que va del siglo, ha precipitado a la humanidad en dos tremendas conflagraciones de carácter mundial y, en los últimos diez años, mientras atizaban la histeria antisoviética, los imperialistas yanquis, ingleses y franceses han desatado la guerra en Indochina, Indonesia, Corea, Malaca, Kenia, Guatemala, Egipto y El Líbano.

Los planteamientos de confusión que a este respecto, introducen los dirigentes yugoslavos en documentos recientes y sobre los cuales cabalgan otros sectores que hablan de una “tercera posición”, revelan toda

su peligrosidad, cada vez que es necesario poner en marcha a los pueblos para detener la agresión y hacer retroceder, por una común militancia a los incendiarios de la guerra. Los sucesos del Medio Oriente, con toda su gravedad actual, lo están proclamando.

Los imperialistas de los EE.UU. son hoy el centro de los planes de preparación bélica, los organizadores de la agresión contra los países socialistas y los pueblos que luchan por su liberación nacional. Desde la terminación de la segunda guerra mundial, han dirigido la "cruzada anticomunista", creando el clima de sobresalto internacional, desarrollando el armamentismo, organizando las "guerras locales" para aplastar a los pueblos que luchan contra el colonialismo, pisoteando la independencia de los Estados y montando bloques militares diversos (NATO, SEATO, Pacto de Bagdad, militarización panamericana, etc.). Como Hitler aglutinara a las fuerzas más reaccionarias, los imperialistas yanquis financian la restauración del fascismo, destinan millones a la contrarrevolución y al crimen (ley de Seguridad de los EE.UU. y episodio de Hungría, intenciones militares en Indonesia, conspiraciones en América Latina, etc.).

¡Y esta gente habla de "agresión indirecta" para auto-adjudicarse el cargo de gendarmes del imperialismo y la reacción mundial!

La intervención reciente en el Medio Oriente al producirse el levantamiento nacional y republicano de Irak, efectuada en nombre de las empresas petroleras y como base de agresión contra los países árabes y contra el campo socialista, demuestra la peligrosidad de los aventureros belicistas que con Dulles y Cía. manejan la política exterior de los EE.UU.

Y también frente al episodio de El Líbano, como antes frente a Suez, surge diáfana la firme, pero serena salvaguardia de la paz, por la URSS y los países del campo socialista. Sus proposiciones, como siempre, unen la búsqueda de la distensión internacional y la coexistencia pacífica, con la preservación de la independencia y soberanía de los pueblos. En defensa de la paz, la URSS ha sumado a sus infinitos hechos en favor del desarme, el cese unilateral de las pruebas atómicas, mientras propone la prohibición de esas armas. Su militancia por la paz y la independencia de los pueblos constituye la base del frente común que hoy se extiende a los países de Asia y Africa y otros pueblos amantes de la paz. Los principios de Bandung de la coexistencia pacífica coinciden con la política exterior permanente de la Unión Soviética. Y si hoy la República de Irak no ha caído, así como ayer se salvó Egipto y antes otros pueblos liberados del colonialismo, ello se debe al respaldo dado a su lucha valerosa por la Unión Soviética, China, los Estados Socialistas.

Los graves peligros de guerra creados por la intervención yanqui en el Medio Oriente persisten y es hora de movilizar a todas las fuerzas de la paz capaces de hacer retroceder la agresión.

¡La guerra puede evitarse! Las fuerzas partidarias de la paz son hoy más potentes que los incendiarios de la guerra. Integran esas fuerzas, desde los países socialistas y los Estados de Asia y Africa a quienes une

la línea común de preservación de la paz, hasta la clase obrera y los pueblos de los países imperialistas; desde el movimiento de liberación nacional y social de los países coloniales y semicoloniales, hasta la acción de los pueblos de América Latina.

La política de paz es compartida cada vez más por los países neutrales de Europa y Asia.

Con razón la declaración de los Partidos Comunistas y Obreros señalaba que "la unión de estas fuerzas puede impedir el estallido de la guerra". Y en caso de que estallare, los imperialistas, gestores e iniciadores de la misma, acarrearían la muerte de su propio sistema, el capitalismo.

De esta aseveración no puede deducirse ninguna idea de pasividad. Y mucho menos en estos momentos, cuando los imperialistas yanquis siguen enviando tropas al Oriente Medio y otros lugares.

La agresión al Líbano y Jordania está denunciando que es perjudicial y paralizante toda idea de exclusión automática del peligro de guerra, que se genera a veces, a raíz del hecho cierto, de que la correlación de fuerzas, en todos los terrenos, inclusive técnico-militar, es favorable a los países socialistas particularmente a la Unión Soviética. Nadie duda que la superioridad estratégica soviética, indiscutiblemente probada por los Sputniks, es un factor de contención de los agresores. Pero, pese a ello, los agresores yanquis, embriagados de petróleo se lanzaron a la aventura de la operación medio-oriental.

La subestimación del peligro de guerra, no sólo sería una candidez imperdonable; sería fatal para la humanidad sobre la cual caerían grandes sufrimientos. Sólo la lucha diaria contra cada acto de preparación de la guerra podrá detener a los agresores. Importancia primordial adquiere en este sentido la lucha por la proscripción de las armas nucleares, por el cese de las pruebas con armas atómicas y de hidrógeno.

Desde este ángulo es fácil advertir que algunas tesis, como la sustentada por el reciente Congreso del Partido Socialista, acerca de una posible estabilidad de la paz, derivada de la existencia —¡precisamente!— de las armas nucleares y a la que con frivolidad denominan la "paz del miedo", son triplemente nocivas.

Primero: porque le otorgan al armamentismo frenético la virtud de asegurar la paz en sustitución de la lucha activa y sin cuartel por la prohibición de tales armas; **Segundo:** porque oscurecen el contenido de clase de las tendencias agresivas del imperialismo, y **Tercero:** porque minimizan y excluyen el papel de los pueblos, la militancia por la paz, primordial factor de su preservación.

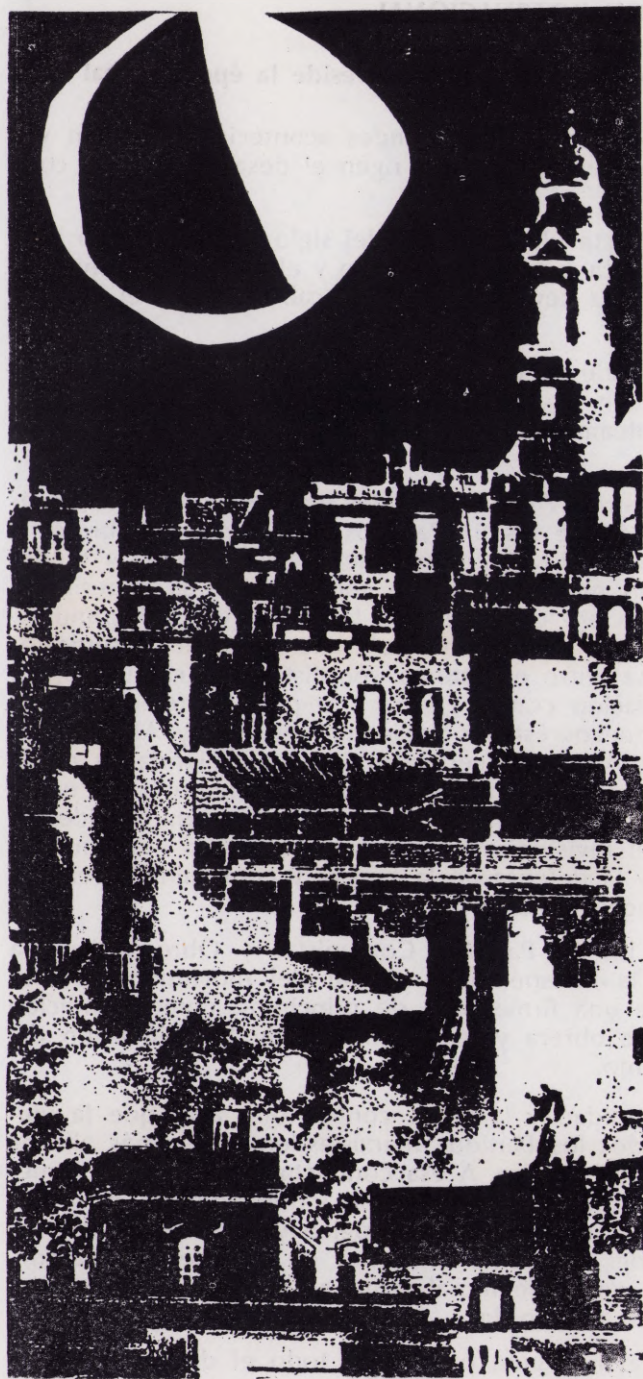
Esta interpretación de la realidad internacional y de los peligros de guerra (originada en la falacia anti-soviética) conduce a transformar a los pueblos en juguetes inermes en manos de los incendiarios de la guerra,

que encubren sus planes con poderosos medios de engaño de la opinión pública. Lenin hablaba del "gran secreto" en que el imperialismo lleva a los pueblos a la matanza. En verdad, los medios de engaño (la gran prensa y la radio vendidas), las provocaciones fascistas (como lo atestiguan los hechos de nuestro país cuando la agresión a Corea y los sucesos de Hungría), demuestran que sólo el alerta y la movilización pueden dar a los pueblos la capacidad para enfrentar a los agresores imperialistas. Y esto exige claridad ideológica entre las fuerzas llamadas a combatir la guerra y a defender la paz.

En estos días, la declaración conjunta de la Unión Soviética y China, firmada por Jruschov y Mao Tse Tung, importa un sostén activo a la preservación de la paz, al aislamiento de los agresores y al movimiento de liberación nacional de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. En su firme serenidad advierte a los agresores que no pueden disponer a su antojo de la suerte de la humanidad, ni ahogar impunemente el ímpetu liberador de los pueblos coloniales, semicoloniales y dependientes. A la vez, coloca la iniciativa de la lucha por la distensión y la paz en las manos de las masas del mundo. La proposición de convocar la Asamblea de las Naciones Unidas a fin de considerar el retiro de las tropas agresoras, sitúa todo el debate ante la opinión mundial y obliga a confrontar la postura del delegado de cada país con la vigilancia y la voluntad de las masas populares. Y acrecienta la responsabilidad de los amigos de la paz en cada país chico o grande, en los días próximos.

Hoy se sitúa en primer plano, como una cuestión vital, el obligar a los imperialistas yanquis a retroceder y a retirar las tropas del Medio Oriente. La Asamblea de la ONU es decisiva y en ella el voto de las delegaciones latinoamericanas posee una importancia fundamental para la suerte de la paz. Ya Dulles en sus declaraciones de Brasil acelera los manejos e intensifica la presión para hacer marcar el paso a los delegados gubernamentales de Latinoamérica en favor de la agresión, ante un mundo que en Europa, Asia y Africa, lo condena. La Asamblea de la ONU cobra así para nosotros una importancia cargada de responsabilidad. Sobre ella debe converger la voluntad de paz de nuestro pueblo, que exige a los delegados uruguayos votar por la paz y contra la agresión.

Sólo la acción militante por la paz, la unión de grandes masas contra cada acto de preparación de la guerra, la movilización decidida contra la agresión, la concentración del esfuerzo de los pueblos por la proscripción de las armas nucleares podrá aislar a los incendiarios y derrotar sus planes beligerantes. Esta lucha debe ser múltiple y concreta y estar vinculada a las preocupaciones esenciales de nuestro pueblo. La clase obrera, los campesinos, los intelectuales, las mujeres y los jóvenes, están llamados a intervenir en la lucha por la paz, a relacionar sus aspiraciones y sus luchas reivindicativas, a la preservación de la paz mundial, al cese inmediato de las pruebas de armas atómicas y de hidrógeno y a la prohibición de esas armas. La formación de un gran movimiento de partidarios de la paz, es un inaplazable deber que los comunistas deben ayudar a cumplir en primera línea.



Informe de
Balance del
Comité
Central

XVIII
CONGRESO

AGOSTO DE 1962

Rodney Arismendi

ACERCA DE LA SITUACION INTERNACIONAL



1. El tránsito del capitalismo al socialismo preside la época actual

Desde el XVII Congreso nuevos y grandes acontecimientos han venido a comprobar las leyes esenciales que rigen el desarrollo social contemporáneo.

Estamos viviendo en este último tramo del siglo veinte los años definitivos de la pugna histórica entre el socialismo y el capitalismo, iniciada en 1917 con la victoria de la Revolución Rusa encabezada por el heroico Partido de Lenin.

Este antagonismo preside todos los actos de la vida material e intelectual de nuestros días. En lo sustancial avanza hacia su desenlace en este siglo. Nuestros planteamientos se ensamblan naturalmente en esta perspectiva.

Posteriormente a nuestro XVII Congreso dos grandes documentos programáticos —la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros y el Programa del PCUS—, analizaron teóricamente las tendencias fundamentales que caracterizan nuestra época y generalizaron la experiencia del movimiento comunista en lo referente a la edificación del comunismo, la elaboración de las cuestiones cardinales de la política internacional, la emulación y lucha entre el sistema socialista y el capitalista, en los temas que tienen relación con la guerra y la paz, las relaciones del sistema socialista y los nuevos Estados nacionales de Asia y África escapados del yugo colonial; las leyes generales y las peculiaridades de la revolución socialista y la revolución antimperialista y democrática en la actualidad; el desarrollo del movimiento comunista, su unidad ideológica y su lucha contra el revisionismo y el dogmatismo. la condena del culto a la personalidad y la defensa de la pureza y continuidad creadora de la teoría de Marx, Engels y Lenin.

La Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros (votada unánimemente) destaca la indispensable unidad del movimiento comunista internacional, sobre una firme base de principios, como condición de la victoria de la clase obrera y los pueblos y de la edificación del socialismo y el comunismo.

La defensa de esa unidad y la lucha contra todo acto que la vulnere es un deber de todos los Partidos marxistas-leninistas, más allá de su tamaño o su gravitación histórica. A esa conducta se ha atenido firmemente nuestro Partido. Todos los Partidos son independientes e iguales en derechos, su unidad es de carácter ideológico y se basa en la concepción revolucionaria del marxismo-leninismo en el internacionalismo proletario. Cada Partido responde moralmente ante su propio pueblo y ante todo el movimiento comunista.

La Declaración subrayó el gran papel que todo el desarrollo histó-

rico ha conferido al PCUS, "la vanguardia, por todos reconocida, del movimiento comunista internacional".

Los documentos citados han sido incorporados a los materiales de esta reunión. Poseen un carácter programático, integran ese nuevo estadio creador en el desarrollo del marxismo-leninismo iniciado por el histórico XX Congreso.

Estos documentos reposan sobre una piedra angular, sobre la justa definición del carácter de nuestra época:

"Nuestra época, cuyo contenido fundamental lo constituye el paso del capitalismo al socialismo, iniciado por Gran Revolución Socialista de Octubre, es la época de la lucha de dos sistemas sociales diametralmente opuestos; la época de las revoluciones socialistas y de las revoluciones de liberación nacional; la época del hundimiento del imperialismo, de la liquidación del sistema colonial, la época del paso de más y más pueblos al camino socialista; la época del triunfo del socialismo y del comunismo en escala universal".

Tres rasgos principales distinguen esta gran revolución de nuestro tiempo: la formación, consolidación y desarrollo del sistema socialista que ahora se está erigiendo en factor determinante de la evolución social general; la disgregación del sistema colonial del imperialismo y la agravación extrema de la crisis del sistema capitalista.

En el período que va desde nuestro XVII Congreso grandes acontecimientos han ido verificando esta definición. La Unión Soviética ha pasado a la construcción del comunismo; los distintos países del sistema socialista han obtenido éxitos formidables en la edificación de la nueva sociedad y muchos están coronando la etapa socialista; la revolución de los pueblos coloniales y dependientes se ha extendido a continentes enteros: desde 1958, numerosos pueblos de Africa lograron su independencia, culmina la heroica guerra patriótica argelina, los pueblos de Laos desbarataron las maniobras imperialistas y en Viet Nam del Sur esforzados guerrilleros luchan por la unidad de su patria. Y el movimiento de liberación nacional ha tomado cuerpo en América Latina. La epopeya cubana estremece al continente.

La crisis del sistema capitalista mundial se ha profundizado y ha penetrado en una nueva fase donde todas las contradicciones de la sociedad capitalista se agravan al máximo.

Esta crisis es —como se sabe— de carácter histórico, es la expresión en todos los órdenes (económico, político, ideológico) de la decadencia del capitalismo como régimen social. Es, por lo tanto, la otra cara de la revolución socialista mundial, de la victoria del proletariado, la clase llamada, al liberarse, a emancipar a todas las clases oprimidas, y acabar para siempre con todas las formas de la opresión social y nacional. La primera fase de la crisis general del capitalismo se inició con la primera guerra mundial y la Revolución Rusa, que arrancó al capitalismo una

sexta parte de la superficie del planeta. La fase subsiguiente se relacionó con la segunda guerra mundial, con la victoria ella de la Unión Soviética y con el triunfo de las revoluciones socialistas en numerosos países de Europa y Asia, con la formación del sistema socialista mundial.

Esta tercera fase se procesa sin tener vinculación con el hecho histórico de otra guerra de carácter mundial, que hubiera quebrantado los pilares de la sociedad capitalista.

Esta es su peculiaridad; pero también una prueba de la hondura de los procesos históricos a que asistimos y que conducirá a su tumba en vida de estas generaciones, al caduco régimen del capitalismo.

Es una viva demostración de que en el cuadro de la emulación de ambos sistemas la correlación de las fuerzas se modifica día a día en favor del socialismo; cada victoria de los pueblos en la preservación de la paz y la coexistencia pacífica apareja una agravación de las contradicciones intrínsecas del sistema capitalista.

Este nuevo turno de la crisis general del capitalismo no fue acompañado inicialmente por el pasaje al socialismo de otro grupo de países, como ocurriera luego de la derrota del nazismo y del imperialismo japonés en la segunda guerra; empero, ya hoy, un nuevo pueblo —esta vez en nuestra América!— ha tomado la ruta triunfal del socialismo. Me refiero al de Cuba, al pueblo glorioso que encabeza al camarada Fidel Castro.

Cuba, por ese solo hecho, ha demostrado toda la mentira de la propaganda dolarizada, que pretende hacer creer que los comunistas unimos las posibilidades del triunfo revolucionario, del "asalto del cielo" de que hablara Carlos Marx, al estallido de tal o cual conflagración.

Cuba está exhibiendo en la práctica histórica, sobre el suelo de nuestra Iberoamérica, la veracidad de la tesis marxista-leninista **de que para triunfar el socialismo no necesita, ni postula la eventualidad de una guerra.**

2. Un proceso revolucionario único

La emulación y lucha entre el socialismo y el capitalismo es la contradicción fundamental de nuestra época. A su luz debemos enfocar los demás procesos de nuestro tiempo, inclusive aquellos tan significativos como la disgregación del sistema colonial. Este antagonismo es la expresión de la victoria de la revolución socialista en numerosos países, de su consolidación y de la exhibición práctica de su superioridad sobre el capitalismo. Traduce, en el plano de las relaciones internacionales, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

Con razón la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros, señala, en frase certera, que en el centro de nuestra época están la clase obrera y su obra más hermosa: el sistema socialista mundial.

Esta razón de principios nos demuestra cuán errónea es la valora-

ción histórica que llevan a cabo algunos escritores que estiman que el principal antagonismo de este tiempo es aquel que opone a los países llamados "desarrollados" y "subdesarrollados". Esta definición olvida el contenido de clase de cada sistema social, que justamente motiva sus diferentes conductas en relación con los pueblos coloniales y dependientes.

La revolución socialista no sólo abrió la brecha por la que pasaron hacia la liberación los pueblos coloniales y dependientes, también les prestó su respaldo político y económico. En un sentido más amplio, demostró —por su experiencia—, que el socialismo es la ruta mejor para vencer el "subdesarrollo" y que la ideología del proletariado concreta el método más eficiente para enfocar y resolver el problema nacional-colonial.

Como lo previera Lenin, la revolución socialista es el cauce principal de confluencia de todas las revoluciones liberadoras de nuestro tiempo.

"El mundo vive una época de revoluciones. Las revoluciones socialistas, las revoluciones nacional-liberadoras antimperialistas, las revoluciones democráticas populares, los vastos movimientos campesinos, las luchas de las masas populares por el derrocamiento de los regímenes fascistas y de otros regímenes tiránicos, el movimiento democrático general contra la opresión nacional se funden en un único proceso revolucionario mundial que está socavando y destruyendo al capitalismo". "El camino del comunismo". Documentos del XXII Congreso del PCUS pág. 294).

La superioridad, como régimen social, del socialismo sobre el capitalismo no se demuestra sólo por la rapidez con que sus ideas se han extendido victoriosas por el mundo; se concreta en otros terrenos. En última instancia, la transformación de la vieja Rusia se define en el terreno estratégico-militar, porque antes se había procesado en el campo de la economía, en la industrialización, en la cooperativización del campo, en la revolución cultural, en la edificación exitosa del socialismo. La construcción del comunismo en la URSS exhibirá definitivamente la superioridad sobre el capitalismo en el ámbito de la producción material.

Los temas referentes al desarrollo económico, es decir, al progreso acelerado de las fuerzas productivas (la industria, la técnica, etc., y los hombres capacitados para mover esas máquinas y hacer esas transformaciones), son hoy un centro de interés internacional. Economistas y políticos, patriotas de los pueblos que se liberan y hasta charlatanes a sueldo del imperialismo, todos hablan del "desarrollo" y hacen de éste un gran tópico actual. La revolución socialista al liberar a las fuerzas productivas (en plena revolución técnico-científica) del estrecho marco de las relaciones sociales capitalistas, del imperio ávido de los monopolios y las oligarquías financieras prueba, pues, con sus ritmos de avance que está **en la gran ruta del desarrollo económico-social**. Y ello a pesar de que la mayoría de los actuales países socialistas partieron de la base más baja en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas.

Mientras el imperialismo yanqui —que se nutre con la sangre de millones de hombres de todos los continentes, entre ellos de nuestra América Latina— mantiene un ritmo de menos de un 2% de incremento industrial anual y fluctúa, desde la última guerra, entre “recesión” y “recesión” —promedialmente una cada 30 meses—, la Unión Soviética se propone, con el Plan del Comunismo, no sólo rebasarlo en la producción por habitante en los años próximos, sino llegar a producir dentro de 20 años casi el doble de la actual producción de todos los países capitalistas.

En el socialismo cada avance de la producción supone más bienes materiales y culturales para el pueblo, una menor jornada de trabajo, la edificación de millones de nuevas viviendas, el aumento de los recursos para extender la enseñanza media y superior a todo trabajador, la elevación del campo hacia los niveles culturales urbanos. En el imperialismo cada avance técnico supone miles de desocupados, armamentismo frenético, sueños de dominio universal y a su lado, los ríos de oro despilfarrados por una oligarquía financiera que chapalea en el ocio putrefacto, no sólo sobre el dolor del trabajador norteamericano, inglés, francés o alemán occidental, sino también a costa de la miseria del asiático o del africano, o sobre los huesos y la sangre de los 200 millones de seres que vivimos al sur del Río Bravo. Y cuando los hechos económicos ostentan la superioridad manifiesta del sistema socialista como organización social, vociferan que ellos representan el “espíritu”, los valores morales del hombre, la “civilización occidental y cristiana” la democracia y todas las libertades habidas y por haber... ¿Cuál es ese espíritu que defienden? ¿El culto del dólar, la deificación del oro, que, al decir de Cristóbal Colón en el amanecer del capitalismo, podía inclusive hacer entrar las almas impuras al paraíso? ¿Cuál es esa libertad y esa democracia de que blasonan? ¿Acaso el derecho de 6 millones de desocupados a vivir bajo los puentes? ¿O la cárcel para los dirigentes obreros o los intelectuales, el exilio de Chaplin y la prohibición de cantar a Paul Robeson, la pornografía y el asesinato a palos de un niño negro que desea sentarse con el blanco en la misma escuela? ¿La estúpida y criminal calcinación de Hiroshima? ¿O quizá Franco o Salazar, o los gobernantes, ministros y embajadores de Hitler que aún sin enjugarse la sangre, regentean Alemania Occidental? ¿O mejor, los asesinos de Lumumba o los occidentales y cristianos “ultras” de Francia y Argelia? ¿O los próceres demócratas de Iberoamérica todos ellos paridos por el dólar: Stroessner y Somoza, los generales gorilas de Argentina o sus seguidores como Rómulo Betancourt en Venezuela? ¿Quizás aquellos que en Uruguay ponen bombas en las librerías, asesinan profesores o hablan de dar “vacaciones a la democracia”?

Precisamente en esta hora se puede contrastar cada vez más la realidad y la mentira, aunque esta última domine diariamente con la desinformación o la calumnia de la gran prensa, las radios vendidas o la flamante y ya corrompida televisión. La realidad, como el sol, no puede taparse con un harnero, con la mitología palabrera sobre el anticomunismo, o las invocaciones a Dios y a la moral destinada a cubrir las llagas de un régimen moribundo.

El plan de construcción del comunismo en la URSS, en los próximos 20 años, marca precisamente una nueva etapa en esta hora de decisión y se acompañará por las realizaciones de todos los países del sistema socialista, desde Praga hasta Pekín. En el terreno material, el desarrollo de las fuerzas productivas creará las condiciones para la sociedad de la abundancia; en el plano social e individual, los rasgos del hombre nuevo del comunismo, de las más altas cualidades morales, superador de la diferencia entre el trabajo manual e intelectual, comprobarán la victoria del humanismo auténtico: en las relaciones sociales, las formas comunistas se asentarán en la superación paulatina de las diferencias entre la ciudad y el campo. El trabajo será la primera necesidad de la vida y el hombre recibirá de la sociedad de acuerdo a sus necesidades. El Estado de todo el pueblo —que ha sustituido a la dictadura del proletariado, y que se rige por la ley de la ampliación permanente de la democracia—, irá siendo suplantado por las formas de la autogestión social. La sociedad del pan y las rosas de que hablara Marx surgirá, ostensiblemente en sus pilares arquitectónicos, en los dos decenios próximos. Hoy salta a la vista. Estamos viviendo los actos finales de esta gran pieza heroica de la historia universal.

Tres grandes centros presidirán la realidad en los próximos 20 años que poseen distinto alcance, diferente contenido social e ideológico, pero se enlazan en este gran recodo de la historia. Ellos son:

- la edificación del comunismo en la URSS, la culminación de la construcción socialista en los demás países del sistema y el pasaje sucesivo de éstos a la construcción del comunismo, la incorporación de nuevos países al sistema socialista mundial;

- la consolidación de la paz y la coexistencia pacífica;

- la liquidación definitiva del colonialismo.

La lucha por la paz mundial, que en las condiciones internacionales presentes es, antes que nada, brega por la coexistencia pacífica de los países con distinto régimen social, tiene mucho más amplitud que los otros dos objetivos que apuntan a la edificación del comunismo, o a nuevas revoluciones socialistas y de liberación nacional, pero se entrelazan e influyen mutuamente.

3. En la contienda por ganar la paz no hay espectadores.

La emulación y lucha entre el socialismo y el capitalismo —trasladada hoy al plano de los grandes sistemas de Estados— plantea ante la humanidad dos tipos de cuestiones:

Uno, como lo hemos visto, la contrastación de cada régimen ante la experiencia histórica en cuanto al progreso social y a la resolución de los principales problemas que la humanidad afronta.

El otro, el saber si esa dilucidación se llevará a cabo dentro de la

coexistencia pacífica de ambos sistemas o si ella fatalmente deberá dirimirse por medio de las armas.

Ambas definiciones se relacionan entre sí, se condicionan mutuamente: para el sistema socialista la lucha por la paz mundial y la coexistencia pacífica es una cuestión de principios; las directrices que norman su política exterior dimanan de la naturaleza de su régimen social que al eliminar la explotación del hombre por el hombre, ha cegado también las fuentes de las tendencias a la guerra y la opresión de otros pueblos. Esa orientación de las relaciones internacionales corresponde a la ideología de la clase fundamental de la nueva sociedad, la clase obrera. Por lo tanto el fortalecimiento del sistema socialista, la evidencia de su superioridad —tanto social como técnico-científica y estratégica—, su creciente transformación en factor determinante del desarrollo social, es una contribución al mantenimiento de la paz y a la consolidación de la coexistencia pacífica.

La Declaración de los 81 Partidos plantea dramáticamente el problema:

“coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen o guerra destructora, así se plantea hoy día la cuestión. No hay otra alternativa”.

Los peligros de guerra se han agravado a causa de la existencia de los bloques bélicos que encabezan los EE.UU., la principal potencia imperialista sostén principal del colonialismo y gendarme que amenaza el ansia liberadora de los pueblos.

En la realidad política internacional aparecen claramente delineadas dos tendencias:

una, la de la URSS y el campo socialista, con la que coinciden en aspectos sustanciales de la política exterior los llamados países “no comprometidos”, postula coexistencia pacífica de los estados de diferentes régimen social, la solución, mediante negociaciones, de los problemas litigiosos que enrarecen el aire internacional;

otra, la de las potencias imperialistas agrupadas por los bloques bélicos bajo la dirección del imperialismo yanqui, y en particular el gobierno de Alemania Occidental, impulsa la carrera armamentista, efectúa provocaciones internacionales en distintas partes de la tierra, pretextadas por la filosofía vesánica del atizamiento de las llamadas “guerras locales”, resiste soluciones en Berlín tendientes a liquidar los residuos de la segunda guerra mundial, resucita el nazismo y hace de los generales de Hitler jefes de la NATO, desata la agresión en Laos, ocupa la tierra china de Taiwán (Formosa), corre a apuntalar los tiranos más sangrientos desde Franco y Salazar hasta sus marionetas asiáticas, africanas o iberoamericanas. O se adjudica, con desnuda insolencia, el derecho de castigar por el bloqueo y el asalto armado a Cuba y a otros pueblos que se liberan.

UNA, es la política de ganar y defender la paz y la coexistencia pa-

cífica día por día, año por año, hasta imposibilitar la guerra para siempre.

LA OTRA, está simbolizada por la red de pactos bélicos, desde la NATO hasta el panamericanismo militar, que mediatiza la independencia de América Latina.

La primera, es la de los países socialistas y la Unión Soviética, que apoyada por los pueblos y Estados pacíficos, tiende a cercar, hasta extinguir, los focos posibles de una nueva catástrofe; por ello, hace del desarme universal y total y de la prohibición de las armas nucleares, un gran tema de definición de la política internacional.

La segunda, consiste en la política del Departamento de Estado y el Pentágono: hablar de paz y, a la vez, detonar bombas nucleares en medio de las conferencias de desarme, y obligar de paso, como sucediera en 1961, a que la Unión Soviética (en aras de su seguridad pero también de la protección de los pueblos que se liberan como Cuba y otros) deba llevar a cabo también sus experiencias nucleares.

Claro está que entonces, en vísperas de una gran provocación bélica en Berlín, el gobierno soviético debió advertirles así, a los imperialistas yanquis y alemanes, que los sueños de dominación mundial a través de la guerra están condenados, no sólo al oprobio sino también a la derrota total.

Esas dos líneas de la política internacional están hoy visiblemente simbolizadas en dos declaraciones:

una, la de la Unión Soviética, **que proclama que jamás** será la primera en recurrir al uso de las armas termonucleares; **otra**, la del Presidente Kennedy que asevera que los EE.UU. pueden ser los primeros **en apretar el botón que abisme a la humanidad en el infierno nuclear**. Un mundo proclama —**por boca de Jruschov**— **¡Arrojemos las armas al mar! ¡Emulemos pacíficamente! ¡Demostremos, en la práctica histórica, qué sistema es mejor!** Otro, mientras habla de Dios, de "mundo libre", de civilización cristiano-occidental, coloca sobre el altar, junto al dólar, la ojiva termonuclear... O vende refugios antiaéreos en los comercios de Nueva York acompañando prospectos acerca de cómo el hombre del siglo XX puede ser transformado en un topo o comprarse la mejor tumba para sepultarse en vida en la futura guerra.

Son dos líneas: pero en torno a ellas se dirime la cuestión cardinal de la política internacional: el problema de la guerra y la paz.

Esta guerra, si se desata, sería total, abarcaría a todos los pueblos, a pesar de las canibalescas especulaciones de un Nardone que parlotea acerca de cómo vender lanas a mejores precios, o de un Rodríguez Larreta que se regocija con esa perspectiva y se bautiza a sí mismo 'pájaro de carroña'.

La lucha por salvar a la humanidad de la amenaza de una guerra nuclear es una profunda cuestión de principios para los comunistas. Los re-

volucionarios de la clase obrera, que nos diferenciamos del pacifista común porque poseemos una visión acabada y científica de cuáles son las causas de la guerra, y que aspiramos a edificar un mundo del que se habrán extraído de raíz y para siempre las causas y posibilidades de guerras y agresiones, rechazamos la calumnia que pretende que nos son indiferentes los medios para alcanzar la sociedad socialista. Rechazamos, por lo tanto, la posibilidad de una guerra nuclear con la misma indignación moral que el pacifista común, aunque con más vastos objetivos y más eficaces métodos, ya que somos militantes de la revolución socialista y tenemos otra concepción de la historia y de la sociedad.

La lucha por la paz ha sido siempre una constante del movimiento obrero, desde Marx, Engels y Lenin hasta nuestros días y ha sido un principio rector de la política exterior de la URSS y del campo socialista.

Marx lo decía en frase ya clásica:

“...frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio de política internacional será **la paz**, porque el gobernante internacional será el mismo en todos los países: **el trabajo**”.

Lenin agrupa, en torno a los bolcheviques, a todos los internacionalistas en la lucha contra la guerra, y enfrenta al socialchovinismo y a los teóricos del anarquismo, que se hacían cómplices de los distintos gobiernos imperialistas durante la primera gran conflagración.

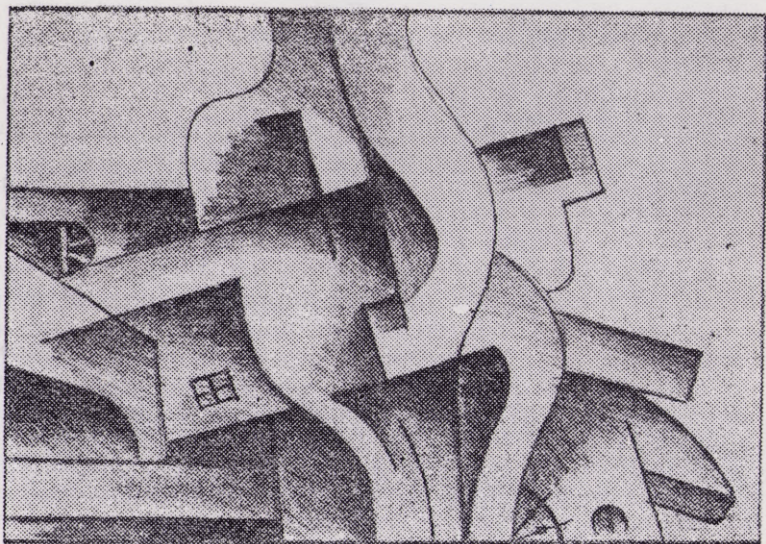
Lenin hace de la reclamación de la paz una de las tres grandes consignas que enarbolan las masas en la Revolución Socialista de 1917. Y al otro día de la revolución, llama a los pueblos del mundo a una paz sin anexiones ni agresiones y pasa a sostener activamente la consigna del desarme.

Lenin elabora la tesis teórica de la coexistencia pacífica entre los países de antagónico régimen social, que norma las relaciones políticas internacionales del primer Estado socialista victorioso.

La coexistencia pacífica de los estados socialistas y no socialistas es una derivación lógica de su teoría de la revolución socialista mundial.

Lenin dedujo del estudio de las condiciones del desarrollo desigual y a saltos del capitalismo imperialista, la posibilidad de la victoria del socialismo no como un acto internacional simultáneo, sino como triunfo inicial de la revolución en uno o más países que estarían obligados, por lo tanto, a edificar la nueva sociedad rodeados por una mayoría de Estados capitalistas.

La revolución socialista internacional cubre así todo un período histórico jalonado por el tránsito sucesivo de nuevos países del capitalismo al socialismo; pero también señalado por la división del mundo en dos sistemas sociales antagónicos, obligados —por todo un período— a coexistir sobre el mismo planeta.



Lenin preveía que los Estados imperialistas tratarían de ahogar los regímenes socialistas por la fuerza, la agresión y el bloqueo; pero los estados socialistas, a la vez de preservar sus conquistas, estaban llamados a defender el principio de la coexistencia pacífica, de la paz, del intercambio comercial y cultural, a fin de edificar el nuevo orden e influir con "el ejemplo" sobre la conciencia de las grandes masas del mundo, oprimidas social y nacionalmente por el imperialismo.

Polemizando con Trotski y los llamados "comunistas de izquierda" que esgrimían la teoría aventurera y provocativa de la exportación de la revolución, Lenin sostiene que los Estados socialistas triunfantes estaban llamados a influir por el ejemplo sobre el proceso revolucionario mundial.

Claro está, que es absurdo inferir de aquí, que "el ejemplo" puede producir por sí solo, el derrumbe automático del capitalismo; la revolución es el resultado de las leyes objetivas de la evolución histórica, y sólo puede ser efectuada por una fuerza social que tenga conciencia de las leyes de ese desarrollo. Pero los grandes ejemplos de la revolución socialista y la edificación del comunismo, inciden poderosamente en la formación de esa fuerza social y en el nacimiento de vanguardias ideológicamente capacitadas para las transformaciones revolucionarias.

La revolución es, desde el punto de vista, una cuestión particular de cada pueblo, aunque históricamente se inserta en el proceso revolucionario mundial, y es influida social e ideológicamente por éste.

La posición de Lenin correspondía a los principios del marxismo y se asentaba en las inquebrantables posiciones teóricas internacionalistas que caracterizaban a los bolcheviques.

No había en ellos —como pretendía la calumnia trotskista, o el histerismo del pequeño burgués sin perspectiva— ninguna concesión al nacionalismo estrecho, al aislacionismo. La primera obligación de un Partido obrero en el poder respecto al proletariado mundial consiste en edificar la nueva sociedad; primero el socialismo, luego su etapa superior comunista. Las victorias o errores de un gobierno socialista no recaen sólo sobre éste, repercuten —facilitando o sumando dificultades— en la lucha de todo el proletariado internacional. Por ejemplo: los errores relacionados con el culto a la personalidad de Stalin, producidos en medio de las grandes victorias de la edificación del socialismo y de la formación del sistema socialista mundial, otorgaron armas al imperialismo y a la reacción de cada país en su campaña calumniosa; y por el contrario, la corrección de esos errores (momentáneamente utilizada para dar pábulo a la campaña anticomunista) significó —desde todos los ángulos— una firme ayuda a la batalla ideológica del movimiento obrero de cada país.

Cuando hablamos del ejemplo de los países del comunismo en construcción no nos estamos refiriendo solamente a sus realizaciones internas, sino también a su política internacional: la obstinada defensa de la paz y del desarme universal y total, la ayuda a los países que se liberan, el enfrentamiento a las medidas agresivas del imperialismo, el salir al paso a la exportación de la contrarrevolución.

El “ejemplo” son los cosmonautas, el desarrollo industrial y cultural, los millones de nuevas viviendas construidas, la forja del hombre múltiple; pero también lo son las proposiciones de desarme general y total, y las advertencias a los imperialistas cuando tuvieron lugar la agresión a Suez, a Irak y El Líbano, o en los dramáticos días de Playa Girón.

Como dice en excelente síntesis la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros:

“La política de coexistencia pacífica responde a los intereses vitales de todos los pueblos, a los intereses de todos los que no quieren nuevas guerras sangrientas y luchan por una paz firme. Esta política contribuye a la consolidación de las posiciones del socialismo, al crecimiento del prestigio, de la influencia de los partidos comunistas en los países capitalistas. La paz es un fiel aliado del socialismo, ya que el tiempo trabaja para el socialismo y contra el capitalismo”.

A medida que crezca el papel del sistema socialista su contribución a la paz mundial y a la eliminación total de la guerra se agigantará.

El sistema socialista mundial ya hoy se va elevando cada vez más como el factor determinante del desarrollo social.

Esta definición tan importante, de la tendencia del movimiento histórico, debemos entenderla del siguiente modo:

a) asistimos a la modificación permanente de la correlación de fuerzas en favor del socialismo y a la demostración de su superioridad en la resolución cada vez más acelerada de los problemas del desarrollo económico, social y cultural;

b) la instauración del socialismo es ya una realidad invencible; no existe fuerza capaz de restaurar el capitalismo en ningún país del campo socialista;

c) el imperialismo ha perdido el poder exclusivo de decisión en la esfera de las relaciones internacionales. Ello tiene que ver con las cuestiones de la guerra y la paz, pero también con la posibilidad de liberación que se le ofrece hoy a cada pueblo oprimido, independientemente de su tamaño o su ubicación geográfica. Desde el punto de vista económico —como lo prueban los Estados de Asia, Africa y también Cuba— los imperialistas ya no pueden estrangular a esos pueblos; desde el punto de vista militar no pueden agredirlos impunemente: la presencia y colaboración de la Unión Soviética y demás países socialistas no sólo puede asistirlos con los medios necesarios para su defensa, sino inclusive, paralizar o detener la importación de la contrarrevolución o la agresión desnuda. Cuba nos está recordando precisamente esta nueva situación.

En las actuales condiciones internacionales nadie puede dudar de que si los imperialistas desatan la guerra, ello aparejará golpes demoledores por parte de la Unión Soviética y los países socialistas que concluirán por siempre con el rapaz y criminal régimen del capital; pero los comunistas rechazamos por razones de principios este camino para la imposición de la nueva sociedad. La afirmación reiterada en todos nuestros documentos de que el comunismo no necesita —ni desea— la guerra para triunfar, se entronca directamente con la esencia humanista de nuestra teoría, pero corresponde a la vez a nuestra concepción de la revolución socialista: esta no es el triunfo de una imposición armada externa, sino el resultado natural de la maduración de condiciones económico-sociales, de la expresión de la voluntad de cada pueblo y del papel histórico de la clase obrera, convencidos por propia experiencia, de la necesidad de tal vía del desarrollo social.

Lenin lo expresaría categóricamente en los días mismos de 1917:

“El Partido del proletariado aspira a crear un Estado lo **más grande** posible, ya que eso beneficia a los trabajadores; mas no quiere alcanzar ese objetivo por la violencia, sino exclusivamente por medio de una alianza libre y fraternal de los obreros y las masas trabajadoras de todas las naciones”. “Las tareas del proletariado en nuestra revolución”.

Pero, en segundo término, además de las razones de principio, militan en favor de este punto de vista las modificaciones que ya se han producido en la realidad mundial en favor de las fuerzas de la paz y del

socialismo.

La lucha por la paz se ha vuelto hoy una consigna del accionar político inmediato, que cobra aún más fuerza porque va unida a la perspectiva de su triunfo. El XX Congreso del PCUS proclamó, con acierto, que la guerra no era ya inevitable.

En los distintos pronunciamientos de nuestro Partido desde 1958 —incluida su Declaración Programática— hemos destacado el alcance de esta tesis, sin concesiones al dogmatismo ni al revisionismo.

Estas conclusiones se reiteran en los planteamientos teóricos cardinales de la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y del actual Programa del PCUS:

a) La guerra es una tendencia natural del capitalismo imperialista y la mejor forma de concluir con las amenazas bélicas consiste en la liquidación del capitalismo. Cuando ello suceda, claro está las guerras habrán desaparecido para siempre de las relaciones internacionales. Pero los marxistas-leninistas nunca han creído que esa tendencia pueda desarrollarse incontrastablemente, sea cual fuere la correlación de las fuerzas que a ella se oponen. Esta idea conduciría a una concepción mecanicista y la gravitación de las fuerzas favorables al mantenimiento de la paz.

En 1914 la guerra no pudo ser evitada, pese a la lucha de los pueblos. En la década del 30, la acción de estos y los esfuerzos internacionales de la Unión Soviética para defender la paz y detener el nazifascismo, no fueron suficientes para ahorrar a la humanidad la tragedia de una guerra mundial. Pero en la actualidad esa correlación ha variado sustancialmente.

El poderío de las fuerzas de la paz se acrecienta día a día; gana también así día a día, el tiempo y las posibilidades a los gestores de la agresión, a los que ha impedido hasta ahora desatar una guerra mundial y, si preservamos la paz en los decenios próximos, se creará un cuadro internacional altamente favorable a este propósito. Aún antes de la liquidación del capitalismo en todo el planeta, la guerra puede ser radiada para siempre de las relaciones internacionales.

Este planteamiento no supone la mínima concesión a la idea de un desarrollo internacional idílico: la política de coexistencia pacífica, de preservación de la paz mundial es, para los países socialistas, de combate contra las guerras y de estar en condiciones de darle al imperialismo una réplica demoledora; pero es, a la vez de iniciativas flexibles y sin tregua, por la paz y el desarme.

Ello supone una dura lucha ideológica internacional por la paz y el socialismo y la descongestión de los problemas litigiosos sobre los cuales el imperialismo, principalmente yanqui, asienta su estrategia de la "guerra fría" y de la oscilación sobre el abismo. Esa política reclama agrupar a

todos los Estados pacíficos, particularmente a los nuevos Estados nacionales de Asia, Africa, etc., en torno a la política de coexistencia pacífica y desarme total. Y para los pueblos de los países capitalistas, la política de coexistencia pacífica

“es una política de movilización de las masas y de acciones enérgicas contra los enemigos de la paz” (Conferencia de los 81 Partidos Comunistas y Obreros).

Estos justos planteamientos contrastan con las ideas de los dogmáticos y de los revisionistas. Estos confunden —de uno u otro lado— dos problemas: el de las causas de la guerra, con el de su fatalidad o su evitabilidad en determinadas condiciones históricas. El revisionismo —por ejemplo el de ciertos teóricos yugoslavos— deduce de la tesis de la evitabilidad de la guerra, la conclusión falsa de que asistimos a una modificación de la índole del capitalismo imperialista, y que fenómenos económicos —como el capitalismo monopolista de Estado, por ejemplo— debilita su tendencia bélica. El dogmático infiere que si en 1914 y a finales de la década del 30 los pueblos no pudieron evitar la guerra, ello fatalmente siempre será así. En la práctica sobrestiman el actual poderío internacional del imperialismo y le otorgan la exclusividad en las decisiones sobre el destino del desarrollo mundial. Siempre pueden haber —claro está— aventureros capaces de precipitar la catástrofe aún en las peores condiciones estratégicas y políticas para el imperialismo; pero cada día que transcurra se harán más reducidas las posibilidades de una aventura cuyo final es, desde ya, la muerte cierta del capitalismo.

b) El problema de la evitabilidad o no de la guerra es, principalmente, en nuestros días, parte del problema de la coexistencia pacífica entre el sistema socialista y el capitalista. En torno de esta definición se producen confusiones, falsas contraposiciones y encaramientos calumniosos. Los enfoques teórico-políticos erróneos giran principalmente en torno de la concepción de las relaciones de la lucha de clases, en todos sus aspectos, aún en su manifestación superior, la revolución socialista, con la coexistencia pacífica entre sistemas sociales diferentes; o bien a la relación de ésta con la lucha de liberación nacional, inclusive con la guerra nacional-liberadora. El mismo Presidente Kennedy —para encubrir su conducta tendiente a estimular la carrera armamentista y reagravar la guerra fría— pretendió, en un conocido reportaje a “Izvestia”, cazar en contradicción a Jruschov, declarando que eran incompatibles dos tesis del marxismo-leninismo: aquella que postula la coexistencia pacífica y la otra que afirma la marcha ineluctable del mundo entero hacia el socialismo.

La coexistencia pacífica supone la exclusión de la guerra como medio de dirimir el antagonismo insuperable, de principios, entre el comunismo en construcción y el capitalismo; no es un certificado de buena salud para el capitalismo decrepito que ya ningún médico puede extender porque el capitalismo lleva en sus entrañas las causas insuperables de la revolución socialista.

Una tesis se refiere a la coexistencia pacífica entre Estados de diferente régimen social y afirma la voluntad y el deseo combativo del sistema socialista de competir pacíficamente, eliminando la guerra de las relaciones internacionales; la otra, define las leyes del desarrollo social que conducirán al capitalismo a la tumba y que han engendrado a su sepulturero histórico, el proletariado.

Es interesante observar que tanto los revisionistas como los dogmáticos coinciden en el método de Kennedy, en cuanto a abordar estos dos problemas. Para los revisionistas, la coexistencia pacífica es una especie de compromiso o hibridación del socialismo y el capitalismo; para el dogmático o para el calumniador trotskista, la coexistencia pacífica, la lucha por la paz y el desarme, las visitas de Jruschov a EE.UU. y a otros países con vistas a dificultar el avance hacia una nueva guerra, están en contradicción con la revolución socialista internacional, la lucha de liberación nacional o la inquebrantable batalla ideológica.

Inclusive, en este aspecto, confunden deliberadamente el planteamiento de la lucha por la paz, con el aquietamiento de la acción de los pueblos por su independencia que puede asumir la forma de una guerra nacional liberadora como en Argelia o como pudo ocurrir en Cuba. La lucha de los pueblos oprimidos por su independencia, que puede desenvolverse como guerra liberadora o por medios pacíficos, es siempre una lucha sagrada, como lo es la que un pueblo libra en defensa de las conquistas de su revolución. **Nos atenemos en este sentido, al planteamiento de principios que formulara Lenin acerca del carácter de las guerras y acerca de su contenido de clase. Lenin distinguía con razón las guerras imperialistas de aquellas de liberación nacional o de defensa de una revolución victoriosa contra la agresión imperialista.**

En una palabra:

“La coexistencia de los Estados con distinto régimen social es una forma de lucha de clases entre el socialismo y el capitalismo”.

“La coexistencia pacífica de Estados con distinto sistema social no significa la conciliación de la ideología socialista con la burguesa. Por el contrario, presupone la intensificación de la lucha de la clase obrera y de todos los partidos comunistas por el triunfo de las ideas socialistas. Sin embargo, las disputas ideológicas y políticas entre los Estados no deben resolverse por medio de la guerra”. (Conferencia de los 81 Partidos Comunistas y Obreros).

c) La consigna del desarme general y total es un objetivo primordial en la acción por la paz y una concreción de la brega mundial, en todas sus formas, por la coexistencia pacífica.

Una acción enérgica e incansable de los países socialistas y otros

Estados pacíficos y de todo el pueblo, puede crear condiciones que obliguen a los imperialistas a aceptar el desarme. En este sentido se orientan las reiteradas proposiciones soviéticas. Este sólo puede ser producto de una dura lucha.

Sería ingenuo creer que el desarme general y total puede ocurrir con facilidad o por un súbito ataque de moralización pacifista de los jefes del imperialismo y de los "trust" que lucran con la carrera armamentista; como es falso, desmovilizador de las masas y carente de toda perspectiva, de toda noción de la actual correlación de las fuerzas mundiales, el pretender —como lo hacen, por ejemplo, los dirigentes del Partido Albanés del Trabajo— que la lucha por el desarme siembra ilusiones y lleva "a desarmar a los pueblos". Esta grita, proclama calumniosamente —¡luego de haber firmado la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros!— que se "capitula ante el imperialismo" y sus armas destructivas, que se pretende dejar inermes a los Estados socialistas y a los pueblos, cuando se postula el desarme general y total, controlado y simultáneo.

Estos planteamientos coinciden, en la práctica, pese a su fraseología estentórea, con la línea estratégica de la campaña de los imperialistas, particularmente yanquis y germano-occidentales, que desean minar la confianza de los pueblos en su capacidad para detener la guerra e imponer medidas de desarme, que desean atizar la carrera armamentista dando la impresión de la imposibilidad de avanzar un paso en materia de desarme y distensión internacional. Los dirigentes albaneses nos ofrecen, envasadas en frases radicales, las teorías de la "guerra fría" de la "oscilación sobre el abismo", y de la "paz del miedo", es decir, basada en la mutua amenaza de un armamentismo frenético, de que se ha nutrido la literatura oficial yanqui.

Respondiendo a la afirmación de que el desarme perjudicaría el triunfo del movimiento de liberación nacional, la delegación cubana (del pueblo más expuesto y obligado por ello a vivir actualmente con el arma al brazo) dijo en la última reunión del Consejo Mundial de la Paz:

"¿Quién más que nosotros, pueblo cubano, tiene interés en el desarme general, nosotros que a nuestras puertas, e inclusive sobre nuestro suelo, tenemos al imperialismo, armado hasta los dientes, que amenaza a nuestra revolución?".

¿Y quién puede creer que el gobierno revolucionario cubano alimente ilusiones respecto a los agresores yanquis que tienden hoy mismo las garras hacia su territorio?

La lucha por la paz y el desarme es de una gran amplitud movilizadora para las masas. A ella pueden sumarse millones de personas que aún no comprenden las **causas** de la guerra y, por lo tanto, la necesidad de derribar el imperialismo y el capitalismo, pero que miran con horror el amontonamiento de los **medios bélicos**, y particularmente, la amenaza nuclear. Todo ello acrecienta el papel internacional de los movimientos de partidarios de la paz.

Próximamente se llevará a cabo en Moscú una reunión de las fuerzas pacíficas, de gran amplitud, para considerar los temas del desarme. En franco debate, los partidarios de la paz de todas las filiaciones filosóficas y de todas las condiciones, discutirán este tema relacionado con el más importante problema de la política internacional de nuestros días: la guerra o la paz. Allí estará también presente una representativa delegación del pueblo uruguayo.

Camaradas:

Los peligros de la guerra se han agravado visiblemente. Sin embargo, el más grave riesgo para la clase obrera y para los pueblos sería subestimar las posibilidades actuales de impedir la guerra, de imponerle la paz y el desarme al imperialismo.

En esta gran contienda internacional por ganar la paz, todos los pueblos, chicos y grandes, somos actores con plena responsabilidad de nuestro papel. La lucha por la paz es múltiple y se vincula a todas las acciones por la liberación nacional, por la democracia, por las reivindicaciones económicas y políticas de nuestro pueblo.

Luchamos por la paz cuando combatimos por una política exterior independiente y contra cada acto de sumisión al imperialismo yanqui por parte de nuestro gobierno. Lo hacemos cuando denunciamos los planes entreguistas y enfrentamos desde la ingerencia militar hasta la económica de los EE.UU. en nuestro país, o denunciamos la actitud servil de los delegados uruguayos en la ONU o en el tinglado de la OEA, el bien llamado Ministerio de Colonias de los EE.UU. Hemos luchado por la paz, efectivamente, cuando nuestro pueblo y nuestra clase obrera han hecho de la defensa de Cuba un gran problema uruguayo, enlazado a todo lo que aman y a todo lo que anhelan los hombres y mujeres de nuestra patria. Lo hicimos defendiendo las relaciones con Cuba, la Unión Soviética y demás países socialistas, o cuando reclamamos el establecimiento de relaciones con la República Popular China y las repúblicas de Viet Nam y Corea, o cuando los paros generales frente a las conferencias de Costa Rica y Punta del Este, y con la movilización en las horas de Playa Girón.

Lo hacemos cuando mantenemos bien en alto los principios del internacionalismo proletario, y procuramos educar a la clase obrera y al pueblo en esa concepción distintiva del marxismo-leninismo.

Empero, debemos observar autocríticamente que la lucha por la paz se desenvuelve en nuestro país de modo insuficiente. Que ella se estrecha al no darle todo su ámbito de acción posible en un movimiento **específico** de partidarios de la paz, que se apoye en toda la justa lucha popular, pero en el que tenga la posibilidad de expresarse sectores más amplios y diversos de opiniones. La lucha por la paz, hemos dicho, es más amplia que el combate de liberación nacional, que el movimiento de solidaridad con Cuba, que las diversas formas de la organización gremial, ideológica o política. Es imperativo materializar esta idea justa en el plano de la organización de nuestro pueblo.

INFORME DE BALANCE DEL COMITE CENTRAL

XIX CONGRESO — AGOSTO DE 1966 SOBRE LA SITUACION INTERNACIONAL

1. La dirección principal del desarrollo histórico

Vivimos en un mundo en revolución, y ese carácter se ha acentuado en el lapso transcurrido desde el XVIII Congreso. Esta es la época del tránsito del capitalismo al socialismo en escala universal. La agudizada lucha entre los dos sistemas, capitalista y socialista, define la contradicción fundamental del mundo actual, en la que se marca con rasgos acusados la superioridad del socialismo sobre el capitalismo. Las tres grandes corrientes de la lucha emancipadora contemporánea: el sistema socialista mundial, el movimiento nacional-liberador que se alza en los pueblos coloniales y dependientes y el movimiento obrero en los países capitalistas, confluyen en una causa común, se enlazan y apoyan recíprocamente en grado creciente, se funden en el proceso único de la gran revolución de nuestro tiempo y conquistan nuevas victorias.

El sistema socialista mundial, la principal creación de la clase obrera internacional, revela su superioridad sobre el capitalismo en todos los planos. Recientemente, el XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética ofreció un gran balance de este enfrentamiento. Otras reuniones de partidos comunistas y obreros de los países socialistas también lo han hecho. En esencia, se comprueban los avances en la construcción del comunismo y del socialismo, mientras se ahonda la crisis general del sistema capitalista, se exacerban las contradicciones y la desigualdad de su desarrollo, lo que conduce a la profundización de los choques interimperialistas.

Asistimos a un ascenso del papel internacional de la URSS y de los países socialistas, expresado entre otras cosas, en su apoyo al movimiento de liberación nacional y a los nuevos estados independientes, en la brega en defensa de la paz.

Este proceso determinó la modificación de la correlación estratégica internacional. En todos los terrenos, inclusive en el militar, la balanza se inclina hacia el sistema socialista. El imperialismo ya no podrá restaurar el capitalismo en los países socialistas y hacer retroceder la historia.

Pero si bien ésta es la dirección principal del desarrollo histórico, el curso puede sufrir alteraciones o modificaciones circunstanciales. Cabe, en tal sentido, la pregunta: ¿qué ha sucedido en esta materia en el trecho comprendido desde el XVIII Congreso de nuestro Partido hasta hoy?

La tendencia del desarrollo histórico continúa expresándose, aunque en medio de agudas confrontaciones entre ambos sistemas, y entre los pueblos y el imperialismo. Han triunfado otras diversas revoluciones. Asistimos al pasaje de nuevos pueblos a etapas sociales avanzadas, que buscan rutas no capitalistas, por ejemplo en la República Árabe Unida, en Malí, en Guinea, en el Congo (Brazzaville), en Argelia, en Birmania.

La adopción de la vía no capitalista implica la expulsión de los monopolios imperialistas, la realización de la reforma agraria, la nacionalización de las empresas capitalistas, el fortalecimiento del sector estatal de la economía. La amistad de estas naciones con la Unión Soviética y el campo socialista no se limita al plano de la coexistencia pacífica, sino que alcanza los niveles de la fraternidad combatiente en la común lucha antimperialista.

En este período la Revolución Cubana se ha consolidado, logra éxitos en las tareas de la edificación económica y cultural, y alcanza una señalada victoria político-ideológica al constituir el Partido Comunista de Cuba, la fuerza dirigente de la revolución socialista.

En los marcos de esta caracterización general, se ha operado, no obstante un acrecentamiento de la tensión internacional y de los riesgos de la guerra mundial. Ello obedece principalmente a la política agresiva y aventurera del imperialismo yanqui en todas las latitudes. Esta conducta del imperialismo yanqui provoca contradicciones agudas en su propio campo, reflejadas ante todo en la política exterior de De Gaulle y en su alejamiento de la OTAN. Cada vez más se forma un eje entre los belicistas de EE.UU. y los neonazis de Alemania Occidental.

Es posible, pues, efectuar desde ya una doble comprobación:

— la correlación mundial de fuerzas sigue favoreciendo al campo de la liberación nacional, la democracia, el socialismo y la paz;

— se agudizan, no obstante los peligros de guerra y se multiplican las agresiones a cargo de los EE.UU. El imperialismo yanqui es el enemigo fundamental de la humanidad, el aspirante a gendarme del mundo, el Hitler de hoy.

2. Acentúase la política belicista del imperialismo

Las corrientes más guerreristas y agresivas del imperialismo yanqui, a cuyo servicio está el Presidente Johnson, agudizan, desde puestos decisivos del gobierno de los Estados Unidos, los peligros de guerra mundial, hacen de la agresión una piedra angular de su política exterior. Los Estados Unidos están llevando a cabo la guerra de intervención contra

todo el movimiento de liberación nacional.

Ello se expresa, ante todo, en su bestial ataque contra el pueblo de Viet Nam, en el Norte y en el Sur. Pero también en las provocaciones contra Cuba y en la intervención en Santo Domingo, en los golpes de Estado en América y en Africa, en los crímenes contra los dirigentes del movimiento revolucionario, desde Lumumba a Víctor Manuel Gutiérrez, Fabricio Ojeda, Lovera y tantos otros. La extensión de la guerra contra los pueblos puede conducir a la guerra mundial contra el socialismo, los nuevos estados independientes y el movimiento de liberación. Estamos ante un plan estratégico ostensible, de alcance mundial, dirigido y ejecutado directamente por el imperialismo norteamericano, que sitúa en el orden del día el uso de las armas contra el movimiento de liberación nacional y el movimiento obrero y democrático; que planea la guerra contra el sistema socialista y los nuevos estados independientes.

Los golpes de Estado en América Latina se inscriben directamente en esta línea. Según la resolución Selden, votada por la Cámara norteamericana, el imperialismo yanqui se arroga, sin limitaciones, el derecho de intervención militar en cualquier país de América Latina. Sus servicios de inteligencia y provocación coordinados llevan adelante en todos los países una línea de represión permanente, de consuno con las oligarquías entreguistas, al tiempo que EE.UU. pugna por dejar constituida en la próxima reunión de la OEA la Fuerza Interamericana como tropa de choque para la agresión de los pueblos e instrumento de ocupación de nuestras patrias. Se habla de formar un nuevo "eje" Brasilia-Buenos Aires, para la gendarmería política regional, apoyado en sendas dictaduras militares que asaltaron el poder en ambos países, y presidido por Washington.

Esta política agresiva y belicista se erige en una amenaza para la independencia nacional y la democracia, para la propia existencia política independiente de nuestros estados. Implica un carácter directo contra los pueblos que están bregando por su desarrollo económico-social, y la liquidación de los principios de autodeterminación y de no intervención. Todo ello exige la réplica enérgica y coordinada del conjunto de las fuerzas democráticas y antimperialistas mundiales, latinoamericanas y nacionales.

¡Y sería realmente suicida subestimar este agudo peligro!

La brutalidad beligerante del imperialismo yanqui no modifica ni puede modificar ya, la correlación de fuerzas en escala internacional. Menos aún, la dirección del desarrollo histórico de nuestra época; pero sería peligrosamente errónea toda subestimación de los riesgos.

Estamos ante una nueva acentuación de carácter aventurero, de la acción político-militar, naturalmente agresiva del imperialismo norteamericano. Y ello no obedece a fluctuaciones circunstanciales en su política exterior, sino que trasunta un plan estratégico de las camarillas be-

licistas de los monopolios, del gobierno de los Estados Unidos, de las estructuras militaristas del Pentágono, que si no es derrotado, puede conducir a la guerra mundial. En otra correlación internacional más negativa para ellos, parecen remedar la cabalgata alocada y criminal de Hitler.

Se destaca por su extrema gravedad la situación imperante en el Viet Nam. La causa de Viet Nam es hoy la causa de toda la humanidad como en su hora lo fue la de España. La intervención de Estados Unidos en Viet Nam del Sur, los salvajes bombardeos a que somete a la República Democrática, ensañándose en particular contra escuelas, hospitales, represas, centros de investigación científica, diques, objetivos civiles, han acumulado una inmensa indignación, que se expresa en acciones combatives de los pueblos —incluso del pueblo norteamericano— por el cese de la inicua agresión yanqui en el sudeste asiático. Una vasta corriente de opinión mundial reclama que el problema vietnamita sea resuelto por los habitantes del país, sin interferencia extranjera, de acuerdo al Tratado de Ginebra de 1954, en plena congruencia con el cual el gobierno de la República Democrática de Viet Nam ha proclamado sus conocidos 4 puntos y el Frente de Liberación del Viet Nam del Sur sus 5 puntos de solución al conflicto. La Unión Soviética y otros países socialistas prestan una intensa ayuda en todos los planos (militar, técnico, económico, político) a la República Democrática del Vietnam. La reciente reunión de los países signatarios del Tratado de Varsovia, acordó intensificar por todos los medios la ayuda material a Vietnam, para derrotar la agresión norteamericana. Varios países han proclamado su decisión de enviar voluntarios a combatir a Vietnam si así lo solicita el gobierno de la República Democrática.

Como en su hora frente a la amenaza del nazifascismo, la paz es cada vez más indivisible: la lucha por la coexistencia pacífica es inseparable del rechazo de la agresión yanqui en Vietnam.

3. En la unidad de las fuerzas avanzadas de nuestro tiempo radica su victoria

El XVIII Congreso de nuestro Partido afirmó que en los próximos decenios la realidad internacional y los procesos históricos fundamentales de nuestros tiempos se basaban en tres pilares:

- 1) la construcción del socialismo y del comunismo y la incorporación de nuevos países al sistema socialista mundial.
- 2) la liquidación del sistema de dominación colonialista;
- 3) la defensa de la paz mundial y de la coexistencia pacífica.

Estos objetivos siguen resumiendo hoy en día las grandes tendencias de la historia contemporánea. Y cada vez aparecen más enlazados entre sí.

En realidad estos tres puntos expresan la plataforma del necesario frente único de las fuerzas avanzadas de nuestro tiempo, de las tres fun-

damentales corrientes de la época contemporánea: el sistema socialista mundial, el movimiento de liberación nacional (triumfante o en desarrollo su lucha emancipadora), el movimiento obrero internacional.

De esa unidad depende el enfrentamiento victorioso a las tentativas del imperialismo, particularmente yanqui. En la unidad y no en la fragmentación de estas fuerzas anida la garantía de la victoria de los pueblos.

La Conferencia Tricontinental, celebrada a comienzos de este año en La Habana, significó un acontecimiento relevante en la lucha de los pueblos contra el imperialismo, por la liberación nacional, la democracia y la paz mundial. Allí están anudadas las corrientes revolucionarias y avanzadas de Asia, Africa y América Latina, exhibiendo el verdadero rostro de la revolución de nuestro tiempo: el campo socialista y los movimientos internacionales, nacional-liberador y obrero.

La vida misma ha ido poniendo en derrota, en este período, una serie de falsas ideas. Por ejemplo, se ha pretendido contraponer el movimiento de liberación nacional con el sistema socialista mundial, y algunos han hablado de una llamada "zona de tempestades" contrapuesta al mundo socialista. La realidad nos muestra, por el contrario, el engarce y la coincidencia objetiva de la lucha de ambos movimientos contra el enemigo común, el imperialismo.

Asimismo se ha querido presentar como metas excluyentes, la construcción de la nueva sociedad, particularmente en la URSS y el avance de la revolución mundial. Esta falsa oposición desnuda una visión no dialéctica del desarrollo mundial. En particular, olvida el papel internacional de la edificación del comunismo y el socialismo. Oscurece que el adelanto económico y técnico vigoriza las posibilidades del apoyo activo que se presta —en todos los terrenos, inclusive el militar— a los pueblos que se liberan. Y pierde de vista la función del ejemplo que acelera las transformaciones ideológicas y abre perspectivas revolucionarias a nuevas parcelas de la humanidad.

Hay todavía gente que confunde la acción por la paz y la coexistencia entre Estados de diferentes estructuras sociales, con el abandono de las luchas de liberación nacional o de clases. La respuesta es obvia; en un caso, nos referimos a relaciones interestatales, a una política exterior de los Estados socialistas que por razones de principios, no buscan resolver el antagonismo entre los sistemas sociales por la guerra, hoy seguramente de carácter mundial; en otro, a las naturales pugnas entre opresores y oprimidos. Estas luchas no son un producto de importación, surgen naturalmente del desarrollo de cada sociedad. La defensa de la paz y la coexistencia, como ya lo dijimos, es inseparable del enfrentamiento de las agresiones, de la ayuda de los países socialistas y democráticos a los agredidos, de la repulsa activa a la exportación de la contrarrevolución.

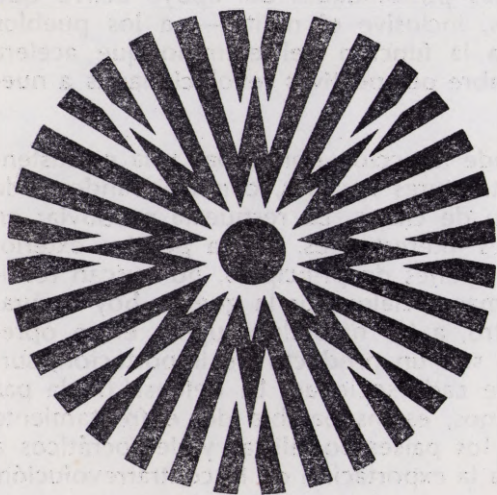
En vista de la agravación de los peligros de guerra, algunos periodistas han llegado a preguntarse: **¿La guerra mundial se ha vuelto otra vez**

inevitable? Incluso, alguien ha dicho en conocido reportaje, que sólo nos queda prepararnos para la guerra mundial inevitable. Ciertamente es que la situación internacional ha sufrido una brusca agravación. Pero para nosotros la disyuntiva es otra: es menester unir todas las fuerzas para derrotar al imperialismo en su política de guerra y agresión —en primer término en Vietnam, como en Cuba, en África o el centro de Europa— imponerle la paz y hacer avanzar el proceso liberador.

Y si el imperialismo yanqui impone la guerra, ese gran crimen de un mundo caduco contra todo el género humano, será barrido su sistema opresor de la faz de la tierra.

La lucha contra la agresión y por la paz, abarca a un campo de fuerzas mucho más amplio que el revolucionario y todas ellas deben ser congregadas en la militancia mundial, sin exclusión alguna.

La acción revolucionaria de los pueblos —nacional-liberadora, democrática o socialista— es la más alta contribución a la salvaguardia de la paz mundial.



INFORME DE BALANCE DEL COMITE CENTRAL

XX CONGRESO — DICIEMBRE DE 1970

CAP. I

POR LA UNIDAD DEL CAMPO SOCIALISTA, DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL Y DE TODAS LAS FUERZAS ANTIMPERIALISTAS DEL MUNDO

1. Las tareas centrales de este tiempo

El de hoy es un mundo de ruda y tremenda lucha. En esta segunda mitad del siglo XX, promueve la realidad internacional a primer plano, como grandes y posibles tareas:

- evitar la catástrofe de la guerra nuclear, inseparable del rechazo de los planes belicosos del imperialismo y de la derrota de su estrategia mundial agresiva, en particular en Viet Nam y el Cercano Oriente;
- elevar a planos más altos la construcción del comunismo y el socialismo, poniendo al servicio de este régimen de liberación social humana los logros de la revolución técnico-científica;
- conquistar el triunfo del socialismo en nuevos países, ya por revoluciones socialistas, ya por el tránsito al socialismo de aquéllos que cumplen transformaciones democráticas y nacional liberales;
- liquidar el colonialismo y encarar revolucionariamente los problemas del desarrollo económico independiente de numerosos pueblos de Asia, Africa y América Latina.

Estos diversos objetivos se enlazan estrechamente entre sí y expresan las diversas vertientes de las fuerzas sociales y políticas, objetivamente aliadas, históricamente coincidentes, que integran el curso de la revolución socialista, de las revoluciones de liberación nacional y de la lucha por la democracia, el progreso social y la paz mundial.

De la comprensión adecuada de este entretejido cuadro internacional, de esta dialéctica de los objetivos centrales que congregan a la humanidad avanzada, dependerá, en buena parte, el logro de la unidad de todas esas inmensas fuerzas capaces de triunfar sobre el imperialismo y los sectores sociales y políticos más regresivos que con él se alían.

En el centro de esta gran batalla contemporánea, se perfila la con-

tradición fundamental de nuestra época: la contradicción entre el socialismo y el capitalismo. Se asiste, en lo fundamental, al desarrollo y crecimiento del mundo del socialismo, el mundo nuevo, el mundo del presente y del futuro, y a la senectud, a la crisis definitiva como sistema y a la muerte del capitalismo, del imperialismo.

Los ritmos de desarrollo del socialismo, extendido a varios continentes, se han desplegado a velocidades nunca conocidas en la historia en la expansión de otras formaciones económico-sociales, y hoy el socialismo está en América Latina, se consolida triunfante en Cuba, se perfila un camino hacia el socialismo en Chile, al tiempo que el movimiento revolucionario y democrático estrema nuestro continente.

El lapso transcurrido entre uno y otro Congreso de nuestro Partido confirma una vez más, que la realidad internacional se procesa como una dura lucha en escala mundial entre el capitalismo y el socialismo. La esencia de este antagonismo es la traslación internacional de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, que se manifiesta centralmente en esta época no sólo en las entrañas de cada sociedad, sino como confrontación económico-social, política e intelectual entre los sistemas adversos.

La URSS y el sistema socialista son los puntos de apoyo principal para los pueblos que se liberan o toman el camino de la brega por su liberación, como lo ejemplifica la lucha de los países de Asia y Africa, desde la Revolución de Octubre y en particular en la segunda guerra mundial, o como lo testimonia en nuestro continente la ayuda a Cuba y otros países.

Esta contradicción cubre toda una fase histórica. Se cumplen así las previsiones de Lenin de que la revolución socialista internacional no sería un acto único, sino que abarcaría todo un período. Durante ese lapso prolongado y complejo, socialismo y capitalismo coexistirían en el plano internacional.

Esta contradicción entre los dos sistemas puede resolverse, o bien por una guerra nuclear, o bien imponiéndole al imperialismo la coexistencia pacífica y la paz, mientras siguen procesándose las tendencias a los cambios revolucionarios socialistas y a la liberación nacional.

Los problemas de la guerra y de la paz siguen siendo pues, una cuestión central para todos los pueblos. Incurriríamos en aventurados vaticinios si pretendiéramos desde hoy responder acerca del resultado final de esta dramática lucha. El futuro responderá si la acción de los pueblos conseguirá cerrar el paso a la guerra mundial, o si por lo contrario, las tendencias a la agresión y al reparto del mundo por las armas, que surgen de la naturaleza misma del imperialismo, conducirán a una confrontación final entre el socialismo y el capitalismo.

Esto obliga a los países socialistas a unir su política consecuente por la paz, a una vigilante aptitud para repeler todas las agresiones. Y para

ayudar a los pueblos agredidos.

Claro está, la revolución socialista no necesita de la guerra para triunfar, ya que expresa las tendencias objetivas profundas que se gestan en el seno del capitalismo y del sistema colonial del imperialismo. Y por otra parte, sería no sólo un error, sino un crimen imperdonable subestimar la lucha por la paz mundial, en todas sus formas. La teoría de la fatalidad e inevitabilidad de la guerra mundial, es antimarxista desde el punto de vista teórico y, objetivamente, un instrumento que allana el camino a los planes de los círculos más belicosos del capitalismo internacional.

La construcción del comunismo y el socialismo, más la revolución científico-técnica, fortalecen el poder que se enfrenta a la amenaza de guerra del imperialismo y aumentan la ayuda a los pueblos que se liberan; aceleran la conciencia de las masas del mundo por medio del ejemplo; colocan más vivamente en el orden del día el problema de la revolución.

Es, por tanto, una torpe calumnia pretender, como se hace en publicaciones de ciertos grupos de nuestro país o en sectores de la "nueva izquierda" europea, que la revolución cubana al ahincar su esfuerzo en la zafra azucarera y en la construcción económica, redujo su irradiación en la revolución latinoamericana, o que se ha vuelto hacia adentro, en renuncia del internacionalismo. Se repiten así contra Fidel Castro y los compañeros cubanos, las deformaciones difundidas por años contra la Unión Soviética y otros países socialistas.

La coexistencia pacífica no puede concebirse como un statu-quo o como una forma idílica de relaciones entre el capitalismo y el socialismo, y menos aún en oposición o como un factor de demora, en la lucha de los pueblos por su liberación.

El avance de la revolución mundial en sus diversas fases —socialista, democrática, antimperialista, etc.— es una contribución fundamental a la causa de la paz. No existe pues, contraste entre las grandes tareas históricas señaladas: construcción del socialismo y del comunismo, revolución socialista, revolución anticolonialista y democrática, coexistencia pacífica entre sistemas sociales opuestos. Por el contrario, todas estas grandes metas históricas se entrelazan y coinciden.

2. Derrotar la estrategia global del imperialismo

Por otra parte, no cabe pensar en un desarrollo internacional sin sobresaltos. En las entrañas del capitalismo imperialista presionan permanentemente las tendencias a la guerra, a la agresión y el pillaje. La resolución de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969 dice con razón, que el imperialismo no renuncia a la lucha armada contra el socialismo. Ello se refiere al sistema socialista en su conjunto. El imperialismo desarrolla una estrategia agresiva, de alcance mundial, con-

tra el sistema socialista y los pueblos que se liberan. El imperialismo norteamericano es el gestor de la guerra, el gendarme internacional, el apoyo fundamental de la regresión, de la agresión antidemocrática, del subyugamiento nacional. Y es el opresor principal de América Latina.

Su estrategia agresiva es global: llevó la guerra a Viet Nam y la extendiendo luego a Laos y Cambodia; conspira contra Cuba; mantiene la división de Corea; procura el aislamiento de la RDA; promueve los conflictos en el Cercano Oriente, utilizando a los sectores chovinistas y pro-fascistas del gobierno de Israel; enfrenta el ingreso de la República Popular China en la ONU y respalda el régimen títere de Taiwán; procura consolidar o estructurar tratados militares de agresión en todos los continentes; organiza golpes de Estado y conspiraciones en Africa; respalda a los racistas de Sudáfrica, y sostiene a los fascistas portugueses contra los movimientos guerrilleros de las colonias africanas; interviene contra América Latina, como la evidencia entre tantos otros ejemplos, los crímenes políticos en Chile y el golpe frustrado en Bolivia.

Sin embargo, nunca como ahora han sido tan intensas las contradicciones internas que minan al imperialismo y a la sociedad capitalista. Esas contradicciones se expresan en el crecimiento de las luchas de la clase obrera; en las grandes jornadas del proletariado en principales países capitalistas de Europa; en el desenvolvimiento de la lucha democrática; en las acciones solidarias con Viet Nam; en el combate de los negros y el sacudimientos de los negros y de los intelectuales en los Estados Unidos en el avance de la conciencia y los éxitos de las fuerzas democráticas, de los intelectuales, estudiantes y técnicos, etc. en muchos lugares de Europa. Esas contradicciones se expresan, además, en los fenómenos de las crisis económicas y en la inestabilidad monetaria, sobre la base de la crisis general del sistema capitalista en su tercera fase.

Se acentúan, al mismo tiempo, las contradicciones interimperialistas, debido a la brutalidad de la política norteamericana y a la ley del desarrollo desigual del capitalismo. Si bien en la lucha contra el campo socialista, la tendencia predominante es a la unidad de las potencias imperialistas, pueden alcanzarse resultados positivos utilizando esas contradicciones como lo demuestra, por ejemplo, el tratado de la URSS con Alemania Occidental, o determinados acuerdos con Francia, o la apertura hacia un posible tratado de seguridad europea.

Se confirma la apreciación de los Congresos de nuestro Partido, de que no debe concebirse el desarrollo internacional como una marcha idílica de la coexistencia pacífica y que tampoco debe sobrestimarse el poderío del imperialismo.

Desde el XIX Congreso, en este gran combate mundial se han registrado derrotas parciales, retrocesos en uno u otro lugar, deficiencias y dificultades. Los errores de dirección, las claudicaciones revisionistas y la conspiración imperialista pusieron en peligro los logros del socialismo en

Checoslovaquia, obligando a la intervención de países amigos. Aunque ahora el Partido Comunista Checoslovaco encabeza valientemente los necesarios cambios. Pero se abren paso grandes triunfos, en el centro de los cuales está sin duda la heroica batalla del Viet Nam; los pueblos de Laos, Cambodia y Viet Nam, apoyados por la Unión Soviética, el campo socialista y la solidaridad mundial, asestan golpes tremendos al imperialismo norteamericano. En América Latina se destaca la valerosa batalla del pueblo cubano en la construcción económica y en la postura frente al imperialismo. Los acontecimientos de Perú y Bolivia y la fundamental victoria del pueblo de Chile, se proyectan en todo el continente.

Con razón dice la resolución de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969, que "el imperialismo es impotente para recuperar su perdida iniciativa histórica de invertir el signo de desarrollo del mundo contemporáneo" y que "la dirección principal de la evolución de la humanidad la determinan hoy el sistema socialista, la clase obrera internacional y todas las fuerzas revolucionarias".

Por lo tanto, se trata de sumar todas las corrientes revolucionarias de nuestra época, de unir todas las fuerzas sociales, políticas, intelectuales que se levantan en el mundo entero frente a los crímenes del imperialismo, en un solo y poderoso movimiento en defensa de la paz, por la democracia, la independencia de los pueblos, el desarrollo de los países atrasados, el socialismo. En el centro de este gran movimiento estará la solidaridad con Viet Nam, con Cuba, la superación de la agresión imperialista y sionista en el Cercano Oriente y de sus consecuencias, mediante el cumplimiento de los acuerdos de la ONU, etc. La condición principal para desenvolver a escala internacional, una nueva ofensiva contra el imperialismo y sus planes de agresión y de guerra, es la unidad de todas las fuerzas antimperialistas mundiales.

Este poderoso, vasto y multiforme movimiento antimperialista, expresa, sin duda, la coincidencia objetiva de las tres grandes corrientes revolucionarias de nuestra época: el sistema socialista, el movimiento liberador mundial y la clase obrera de los países capitalistas. Su unidad histórica y objetiva corresponde a la esencia de nuestra época. Reflejo de este proceso mundial son los nuevos fenómenos que la lucha antimperialista ha ido generando: las tendencias renovadoras en iglesias y personalidades religiosas, las tomas de posición de sectores militares, la inquietud de los técnicos e intelectuales, etc.

3. Papel central del campo socialista y el proletariado internacional

En esa unidad, el papel fundamental recae sobre el campo socialista y el proletariado internacional. De su unidad combativa dependerán, en gran parte, las características y el ritmo de la lucha mundial en lo que resta del siglo. Por ello, el imperialismo yanqui y sus aliados suman a su política de agresión, la labor de provocación política, con vistas al desprestigio y la división del campo socialista y el movimiento antimperialista y democrático mundial.

Los ejes de la acción del imperialismo en este sentido son:

- provocar la división del campo socialista;
- separar y aislar a los movimientos nacionales liberadores del campo socialista;
- dividir internacionalmente las fuerzas de la revolución en los planos nacional y regional o tratar de contraponer las corrientes nacionalistas y las corrientes socialistas;
- tratar de oponer los partidos comunistas al cumplimiento de las grandes tareas nacionales que distintos pueblos enfrentan en su etapa democrática;
- presentar los nuevos fenómenos de ensanchamiento del campo revolucionario mundial, la insurgencia estudiantil, la incorporación de técnicos, intelectuales, etc., como una superación del papel histórico del proletariado;
- provocar la escisión en escala nacional y, a la vez, proyectarla como instrumento de división internacional;
- desarrollar una campaña sincronizada de desprestigio de los partidos comunistas y de revisión de la teoría leninista de la necesidad del partido del proletariado, a la vez que negar el papel dirigente del proletariado en la revolución.

Dentro de esos objetivos estratégicos del imperialismo, un papel especial le caben a la provocación ideológica o a la generación de nuevas teorías destinadas a desfigurar la realidad internacional.

Se habla en el mismo sentido de un presunto "aburguesamiento" del proletariado y de los partidos comunistas; o se considera que la revolución técnico-científica ha superado el planteamiento marxista sobre las clases sociales y su lucha; o se esgrime la teoría de la "convergencia" de los dos sistemas, partiendo de la similitud del desarrollo de las fuerzas productivas. Estas teorías y esta presión del imperialismo se reflejan, a veces, en corrientes intelectuales que toman peso en la vida contemporánea, o bien en las concepciones revisionistas de derecha o de izquierda que aparecen en sectores del movimiento comunista. En general, tales desviaciones aprovechan los resabios dogmáticos y del quietismo intelectual que restan en nuestro movimiento, para disparar por encima de sus cabezas, contra las bases teóricas del marxismo-leninismo. En otros casos, estas ideas son reflejo de nuevas capas sociales y tendencias que se incorporan al proceso revolucionario mundial sin haber madurado totalmente una concepción socialista y frente a las cuales no siempre la lucha ideológica se apoya en una adecuada práctica revolucionaria.

Todas estas ideas tienen como denominador común el antisovietismo; apuntan contra la Unión Soviética, considerándola con razón como

centro histórico del sistema socialista y su potencia fundamental.

El antisovietismo permite a veces reunir en un caudal común los planteamientos revisionistas de derecha y de izquierda. A ello responde Fidel Castro en frase terminante, al decir que "la existencia de la Unión Soviética es un privilegio para todos los pueblos que luchan por su liberación".

4. El Congreso antimperialista mundial

Se han ido creando condiciones para una nueva ofensiva internacional contra el imperialismo en todos los campos. La clave de esta ofensiva es, como lo hemos dicho, la unidad. La iniciativa de la Conferencia de 1969 de Partidos Comunistas y Obreros, de propiciar la realización de un Congreso antimperialista mundial, nos llama a contribuir a este importante acontecimiento. Creemos que este Congreso deberá agrupar al sistema socialista, a los partidos comunistas, a las fuerzas de la clase obrera, a los movimientos sindicales, intelectuales, de la juventud y las mujeres, a los sectores antimperialistas, a las representaciones de los países que se han liberado del imperialismo, a los combatientes que luchan a veces con las armas en la mano, en África, Asia y América Latina, a los delegados de las fuerzas democráticas y de los frentes avanzados, a los sectores de la Iglesia ubicados en actitud antimperialista, a las fuerzas intelectuales, etc. En suma, a las tres grandes corrientes de la realidad contemporánea que se unen en la lucha contra el imperialismo y a las fuerzas que últimamente han ido ensanchando ese campo.

5. La unidad del movimiento comunista y obrero internacional

En la ofensiva mundial contra el imperialismo, un elemento decisivo es la unidad del campo socialista y del movimiento comunista y obrero internacional. Es la columna vertebral del proceso revolucionario mundial. Como se sabe, en los últimos diez años se procesaron dificultades en el movimiento comunista internacional y en el campo socialista, contradicciones y enfoques diversos que culminaron en la segregación del Partido Comunista de China, que se mantiene todavía, que levantó una plataforma contrapuesta a la del movimiento comunista internacional.

Sin embargo, lo característico de los últimos años es el curso a la convergencia y a la aglutinación, un retroceso de las corrientes centrífugas y dispersivas. La Conferencia Internacional de 1969 fue, en ese sentido, un gran paso adelante. Entre sus méritos está el haber examinado numerosos problemas fundamentales de nuestra época y el haber elaborado una plataforma democrática común, con una metodología de trabajo plenamente colectiva.

Se trata de seguir bregando adecuadamente por la unidad. En el curso de la Conferencia de 1969, nuestro Partido señaló que era esencial abrir nuevas etapas para avanzar hacia la reconstrucción total de la uni-

dad del movimiento comunista sobre la base de la ideología del marxismo-leninismo.

Nuestro Partido prosigue en su actitud dinámica en pro de la unidad del movimiento comunista internacional. Actuamos así en una posición de principios. Por un lado, procuramos fijar claramente las posiciones doctrinarias del Partido sobre todos los problemas fundamentales, inspirándonos en el internacionalismo proletario, en el marxismo-leninismo, contra toda corriente dogmática o revisionista de derecha o de izquierda, contra las tendencias al fraccionamiento o a debilitar los vínculos entre las diversas partes del movimiento; pero, al mismo tiempo, sentimos responsabilidad por la unidad internacional y trabajamos vivamente por ella.

La lucha por la unidad es tarea esencial, que obliga a todos los partidos, más allá de la importancia relativa de cada uno. Es una cuestión de principios y una cuestión estratégica. De principios, porque la unidad del campo socialista y del movimiento comunista internacional se sustancia con la esencia de nuestra doctrina, con el pensamiento universal de la clase obrera, con el internacionalismo proletario. Y es una cuestión estratégica, porque la unidad del campo socialista y de los partidos comunistas es condición principal para derrotar los planes imperialistas y obtener nuevas y decisivas victorias.

En las discrepancias procesadas en el movimiento comunista internacional hay, sin duda, causas objetivas. En un período breve, el campo socialista, extendido desde el Sudeste de Asia hasta el Mar Caribe, abarcó más de mil millones de hombres; el movimiento comunista internacional se extendió a decenas de millones de militantes y debió enfrentar una gama muy variada de situaciones y de problemas, contando también con desigualdades notorias en el desarrollo de los partidos. Es natural que sobre esta base objetiva, se hayan producido distintos enfoques en éste u otro problema. Empero, no admitimos que ello confiera un carácter fatal a las divergencias, y menos que éstas se deban transformar en tendencias y generar enfrentamientos insuperables. Tampoco consideramos que todas las opiniones pueden ser igualmente válidas, por cuanto ello supondría sustituir la doctrina universal del marxismo-leninismo por un enfoque relativista. La concepción teórica y la metodología marxista-leninista nos otorgan las guías para una generalización de las experiencias fundamentales y para comunes definiciones ideológicas y tácticas. Debemos saber combinar, frente a las diferencias objetivas, el enfoque internacionalista común con las variedades de vías en los distintos países para llegar al socialismo. Y debemos hallar los métodos para la discusión fraternal, pero científica, de las cuestiones fundamentales. Debe haber una relación dialéctica entre el internacionalismo y lo nacional, entre el papel nacional de cada partido y su responsabilidad internacional, tal cual lo destacan distintas resoluciones del movimiento comunista, entre ellas del 69. El internacionalismo proletario es un factor fundamental para encontrar los caminos de desarrollo del Partido para que éste desempeñe un papel más importante en la vida de la República.

Ante las divergencias, hemos partido de una actitud de principios para determinar una metodología y una postura militante en favor de la unidad. Nos hemos preguntado, como clásicamente lo hiciera Lenin en 1902-3 y en 1913-17, si esta es la hora de la unidad o del deslinde. Nuestra respuesta ha sido favorable a la unidad. Lo que une esencialmente a los países socialistas y al movimiento comunista internacional es fundamental, es la base para superar lo que los separa. No hemos creído correcto el adoptar una actitud prescindente o ecléctica ante las divergencias, porque ello conduciría a la excusación imposible acerca de los temas de principios, lo cual al repercutir en la unidad ideológica de cada partido, se transforma en un factor negativo de su propio desarrollo, y tampoco nos hemos manejado ante las divergencias, en forma irresponsable, exacerbándolas o agregándoles sedimentos negativos o contribuyendo a las tendencias centrífugas, lo que, en última instancia, serviría de pasto a la campaña divisionista del enemigo.

Estamos por la unidad, aún en sus formas primarias como, por ejemplo, la unidad de acción para defender en común a Viet Nam, a Cuba, etc.; pero creemos que el movimiento, como lo demostró la Conferencia de 1969 o diversos contactos bilaterales y multilaterales entre distintos partidos, puede arribar a formas superiores de unidad. Las peculiaridades diversas no se oponen a la unidad teórica y a la interpretación y elaboración científica en común de todos los nuevos fenómenos de la realidad mundial. El debate franco y fraternal es premisa indispensable para las definiciones comunes.

Habrà que luchar siempre por la unidad de todo el movimiento en un grado superior, por más variados que sean los caminos estratégicos y tácticos del proceso revolucionario de cada país. Recogemos al respecto, los planteos del movimiento comunista internacional acerca de la unidad, el internacionalismo y la función nacional de los partidos y sobre su plena igualdad de derechos, situando todo ello en el cuadro de una gran perspectiva unificadora de nuestro movimiento.





**FRAGMENTO DEL ARTICULO DE
RODNEY ARISMENDI "ALGUNAS DE LAS
PRINCIPALES DIVERGENCIAS DE LOS
DIRIGENTES CHINOS CON EL MO-
VIMIENTO COMUNISTA", publicado
en la Revista Estudios Nº 26.**

III — LA REVOLUCION, EL SISTEMA SOCIALISTA Y EL MOVIMIENTO DE LIBERACION NACIONAL.

**Los dirigentes chinos "corrigen" la teoría de Lenin
acerca de la revolución de los pueblos coloniales y
dependientes en nuestra época.**

Los dirigentes chinos revelan hasta el fin su pensamiento cuando en-
tran a analizar el problema de las contradicciones de nuestra época.

Tampoco aquí utilizan un método polémico honesto; para llegar a
conclusiones —que en este caso deben ser calificadas de revisionistas—
los dirigentes chinos vuelven a montar una falsa polémica con adversa-
rios inexistentes. Escriben:

"(5) En el problema de las contradicciones fundamentales del mundo
contemporáneo, deben ser sometidos a crítica los puntos de vista erró-
neos que consisten:

- a) en borrar el contenido de clase de la contradicción entre el cam-
po socialista y el campo imperialista y no ver en ella una contradic-
ción entre los Estados de dictadura del proletariado y los Estados de
dictadura de la burguesía monopolista;
- b) en reconocer tan sólo la contradicción entre el campo socialista
y el campo imperialista, desatendiendo o subestimando las contra-
dicciones entre el proletariado y la burguesía en el mundo capita-
lista, entre las naciones oprimidas y el imperialismo, entre los países
imperialistas y entre los grupos monopolistas, así como la lucha que
dichas contradicciones engendran;

c) en sostener que la contradicción entre el proletariado y la burguesía en el mundo capitalista puede resolverse sin una revolución proletaria dentro de cada país, y que la contradicción entre las naciones oprimidas y el imperialismo puede resolverse sin una revolución de las naciones oprimidas;

d) en negar que el desarrollo de las contradicciones inherentes al mundo capitalista contemporáneo lleva inevitablemente a una nueva situación en la intensa lucha entre los países imperialistas, y creer que la contradicción entre los países imperialistas puede ser reconciliada o eliminada mediante "la conclusión de acuerdos internacionales entre los grandes monopolios";

e) en sostener que la contradicción entre los dos sistemas mundiales, el socialismo y el capitalismo, desaparecerá automáticamente en el curso de una "emulación económica", que las demás contradicciones fundamentales en el mundo desaparecerán automáticamente a medida que desaparezca la contradicción entre los dos sistemas, y que surgirá un "mundo sin guerras", un nuevo mundo de "cooperación general" "(1).

Claro está, todo esto es papel pintado, acusación gratuita para revestir de "honestidad revolucionaria" a viejas tesis nacionalistas burguesas redescubiertas por ellos —en los últimos tiempos— como si fueran la última palabra acerca de la dialéctica del mundo actual.

Y si el planteamiento negativo (el punto 5, que hemos transcripto) es una acusación calumniosa al movimiento comunista internacional, y en particular, evidencia el propósito tramposo de atribuir al PCUS opiniones que sólo un traidor o un idiota podrían sostener, el planteamiento positivo, las tesis que propugnan los dirigentes chinos, significan una abierta ruptura con el análisis marxista-leninista acerca de las contradicciones más importantes de nuestra época, un alejamiento de la teoría de la revolución mundial socialista acuñada por Lenin.

El enfoque clasista —proletario, socialista— de las contradicciones más importantes del mundo actual, es sustituido por una medida cuantitativa de la presunta agudeza de cada contradicción; el antagonismo de principios entre el socialismo en desarrollo y el capitalismo imperialista en decadencia, destacado por Lenin como el contenido de nuestra época, pierde el carácter de fundamental condicionante del desarrollo social contemporáneo para ser rebajado hasta una contradicción importante pero —a veces— hasta tolerable para tal o cual imperialismo, por ser más agudas las contradicciones interimperialistas o el enfrentamiento a los movimientos de liberación nacional; la unidad dialéctica de la presente realidad mundial y por lo tanto, del curso multilateral de la revolución socialista en nuestros días, cede su lugar a una enumeración escolástica de las contradicciones, donde todas son igualmente **fundamentales**, en escala internacional, más allá de su carácter de clase, más acá de su contenido desde el punto de vista histórico-universal. Es natural, por lo tan-

to, que los dirigentes chinos eludan a conciencia, definir el contenido de nuestra época, como la era del tránsito del capitalismo al socialismo, y que separen así la estimación del grado de agudización de las contradicciones internas del capitalismo y del imperialismo (entre la clase obrera y los capitalistas, entre los pueblos oprimidos y las naciones oprimidas, etc.) del antagonismo fundamental entre el sistema socialista y el capitalista, entre el avance ineluctable del socialismo y la ineluctable agravación de la crisis del sistema capitalista mundial.

Precisamente con ello, los dirigentes chinos incurren en el error de **“borrar el contenido de clase de la contradicción entre el campo socialista y el campo imperialista”**. Y resbalan así hacia una estimación del curso internacional que copia y reverdece ideas sostenidas hace años por grupos terceristas y nacionalistas burgueses de América Latina, justamente aquellas ideas que fueron derrotadas por la experiencia de la Revolución Cubana;

Escriben:

“¿Cuáles son las contradicciones fundamentales en el mundo contemporáneo? Los marxistas-leninistas sostienen invariablemente que ellas son:

- la contradicción entre el campo socialista y el campo imperialista;
- la contradicción entre el proletariado y la burguesía en los países capitalistas;
- la contradicción entre las naciones oprimidas y el imperialismo;
- la contradicción entre los países imperialistas y entre los grupos monopolistas.

La contradicción entre el campo socialista y el campo imperialista es una contradicción entre dos sistemas sociales fundamentalmente distintos, el socialismo y el capitalismo. Esta contradicción es, sin duda, muy aguda. Sin embargo, los marxistas-leninistas no deben reducir las contradicciones en el mundo pura y simplemente a la contradicción entre el campo socialista y el campo imperialista”. (Ibídem).

Como se ve, ellos califican a todas estas contradicciones como **fundamentales en escala internacional**, es decir de igual significación cualitativa para definir nuestra época, para comprender la dialéctica del mundo actual. Claro está, todas las contradicciones enumeradas **existen**, son **muy importantes** e integran la base objetiva material para comprender la teoría de la revolución socialista en nuestro tiempo. Pero, mientras las tres últimas —que son contradicciones **internas** del régimen capitalista y de éste en su fase imperialista— existían ya antes de la Revolución Socialista de Octubre, la contradicción entre el “campo socialista y el campo capitalista”, surge a consecuencia de la victoria de la primera revolución proletaria y pasa a definir el **contenido** de la nueva época histórica, pasa

a ser en el plano de los acontecimientos mundiales, la contradicción **fundamental**. Este antagonismo de principio es ahora el centro de la historia contemporánea. Las otras contradicciones (**fundamentales** desde el punto de vista interno de cada país capitalista u oprimido; ver nuestra Declaración Programática en que definimos así a la contradicción "fundamental" de la revolución uruguaya; y "Tesis generales y particularidades nacionales en el programa del Partido Comunista") son importantísimas para comprender todo el proceso mundial, pero se enmarcan en nuestra época dentro de la gran contradicción de principios entre el capitalismo y el socialismo ¡Y ésta sí, que ha sido una opinión **invariable** de los marxistas-leninistas!



Lenin escribe:

"...tenemos derecho a enorgullecernos de que nos haya tocado en suerte **iniciar** la construcción del Estado soviético, **iniciar** así una nueva época de la historia universal, la época de la dominación de una **nueva** clase, oprimida en todos los países capitalistas, y que en todas partes avanza hacia una vida nueva, hacia la victoria sobre la burguesía, hacia la dictadura del proletariado y la liberación de la humanidad del yugo del capital, de las guerras imperialistas".

El planteamiento de los dirigentes chinos acerca de que todas estas contradicciones son igualmente fundamentales —diferenciándolas principalmente por la **agudeza** (valoración cuantitativa) en una u otra oportunidad, se dirige pues, a reducir el carácter de fundamental (o **principal**) del antagonismo entre el sistema socialista y el capitalista. No se trata de un debate teológico de estéril especulación. Es una apreciación que posee un contenido de clase, y de la cual se desprende naturalmente una estrategia de la revolución en la hora presente y una valoración en ésta del papel de la clase obrera internacional.

En la dialéctica materialista la definición de la contradicción fundamental es de mucha importancia; se refiere a aquella “contradicción” que expresa lo más esencial de un proceso, que caracteriza el desarrollo de un objeto en todas las etapas, desde su génesis a su caducidad; a la contradicción que condiciona primordialmente el desarrollo de una sociedad o de una época histórica y que se entrelaza con todas las otras contradicciones de importancia, influyéndolas e interrelacionándolas con ellas.

Marx y Engels —para citar un ejemplo— analizan las contradicciones que corroen a la sociedad capitalista y que inevitablemente la llevarán a la tumba. Ese análisis se halla expuesto de manera clásica, en “Socialismo utópico y socialismo científico”, el conocido ensayo de Federico Engels. Pero Marx y Engels, distinguen entre ellas una contradicción como **la fundamental**: la contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista:

“...En esta contradicción, que imprime al nuevo modo de producción su carácter capitalista, **se encierra**, en germen, **todo el conflicto de los tiempos actuales**”. (Ibídem).

Esta contradicción que singulariza al régimen capitalista es la forma históricamente concreta en que se manifiesta una ley general común a todas las formaciones sociales, la de la necesaria correspondencia entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. El antagonismo entre la producción social y la apropiación privada (de tipo capitalista), reviste la forma de antagonismo entre el proletariado y la burguesía.

En el modo capitalista de producción en la contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista se manifiesta “asimismo” como antagonismo entre la organización de la producción dentro de cada fábrica y la anarquía de la producción en el seno de toda la sociedad”. (Ibídem). Esta última contradicción reviste también la forma de pugna entre los distintos capitalistas por el mercado, por aventajar a sus rivales y lograr el máximo de plusvalía. Esta “concurrentia” trasladada al plano internacional se expresa en la pugna entre los capitalistas de los distintos países por los mercados, el dominio colonial y puede tomar la forma de la guerra. En la fase imperialista del capitalismo —caracterizado por el dominio del capital financiero, de los monopolios— regida por la ley del desarrollo desigual, a saltos, del capitalismo, estas contradicciones se agravan extraordinariamente. Las potencias imperialistas se reparten el

mundo, desatan guerras de agresión, dividen la tierra entre un puñado de potencias imperialistas y una mayoría de pueblos sojuzgados. En la época del imperialismo —como todos sabemos— las contradicciones principales son: entre el proletariado y la burguesía; entre los pueblos oprimidos y las potencias opresoras; entre las distintas potencias imperialistas. Las contradicciones interimperialistas significan una lucha dentro de las mismas clases, entre fuerzas interesadas en mantener el mismo régimen; en ella se dirime qué lobo se come la porción fundamental, inclusive pudiéndose comer, de paso, al otro lobo. Las otras dos contradicciones son entre oprimidos y opresores; ellas constituyen la base material de la lucha social y nacional contra el imperialismo y el capitalismo. Estas contradicciones sólo pueden superarse por la revolución socialista y por la revolución antimperialista (nacional liberadora). Esta última —desde el punto de vista del contenido económico-social— es generalmente una revolución democrática.

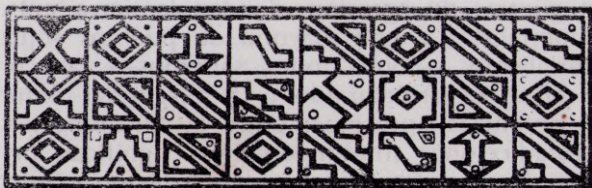
Lenin elaboró su teoría de la revolución socialista tomando en cuenta esta nueva situación mundial creada por el capitalismo en su fase imperialista. Lenin decía:

“La revolución social no puede advenir sino en la forma de un período en el cual la guerra civil del proletariado contra la burguesía en los países avanzados, se une a **toda una serie** de movimientos democráticos y revolucionarios, comprendidos los movimientos de liberación nacional, en las naciones poco desarrolladas, atrasadas y oprimidas”. (Sobre una caricatura del marxismo).

“...la revolución socialista no será sólo, ni principalmente la lucha de los proletarios revolucionarios de cada país contra su burguesía, sino que, además, será la lucha de todas las colonias y de todos los países oprimidos por el imperialismo, la lucha de todos los países dependientes contra el imperialismo internacional”. (Informe en el II Congreso de las Organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente).

“... En el programa de nuestro Partido... decíamos, caracterizando la proximidad de la revolución social internacional, que la guerra civil de los trabajadores contra los imperialistas y los explotadores en todos los países adelantados comenzaba a conjugarse con la guerra nacional contra el imperialismo internacional”. (Ibídem).

Lenin nos ofrecía así un cuadro de la revolución socialista internacional concebida como el cauce principal de confluencia de todas las revoluciones de nuestro tiempo. Es lo que habitualmente se llama hoy concebir la revolución mundial como **un torrente único**.



El resultado de la emulación capitalismo-socialismo determina el desarrollo histórico

El triunfo de la revolución socialista en Rusia modificó radicalmente el cuadro mundial; nació una nueva época histórica, como lo señalara Lenin tantas veces. El mundo se dividió entre dos sistemas sociales antagónicos. La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía desde entonces se manifestó también como lucha de clases entre el Estado Socialista y los Estados capitalistas. Lenin elaboró —como ya lo hemos visto— la teoría de la coexistencia pacífica, como forma de expresión de esta lucha de clases en el plano de las relaciones exteriores entre Estados de diferente régimen social; pero por el hecho de que Lenin prefiriera —por principio y por práctica— que esta lucha y emulación (1) no asumiera la forma de la guerra, ello no quiere decir que este antagonismo —que opone a los Estados socialistas y capitalistas— **dejase de ser desde entonces, el antagonismo fundamental de nuestra época.** Es verdad que esta contradicción es exterior al capitalismo y que la revolución se hará no desde afuera (“exportación de la revolución”) sino **desde adentro** del capitalismo por la acción de sus leyes de desarrollo, por la explosión de sus contradicciones internas, primordialmente por la acción del proletariado —aliado a todos los oprimidos— contra la burguesía. Y aliado especialmente a la lucha de los pueblos coloniales y dependientes contra las potencias imperialistas.

¿Pero acaso esas contradicciones internas se pueden medir en nuestros días como se medían antes de la revolución socialista en Rusia? ¿Y después de la revolución socialista en Rusia? ¿Cuándo tenían ellas mayor agudeza, cuando el socialismo existía sólo en la Unión Soviética y en la República Popular de Mongolia, o ahora que éste abarca un sistema de Estados y que ese sistema está ya influyendo todo el desarrollo social contemporáneo? Sólo con un criterio escolástico y una metodología metafísica se puede separar (**hipostasiándolas y valorándolas según una pregunta mayor agudeza**) las contradicciones **internas** del capitalismo y el imperialismo del antagonismo fundamental entre el sistema socialista y el capitalista, que condiciona todo el proceso en escala internacional. Esta contradicción fundamental no absorbe las otras; no las hace desaparecer; por el contrario, las agudiza y les otorga una nueva significación desde el punto de vista histórico. La revolución democrático-nacional y la lucha nacional-liberadora no pueden estimarse del mismo modo antes y después de la victoria del socialismo en uno o en varios países. Esta

es la enseñanza de Lenin. El antagonismo entre el socialismo y el capitalismo condiciona por ello todo el desarrollo mundial.

Se sobreentiende: la contradicción entre el proletariado y la burguesía posee el mismo contenido (de principio, desde el punto de vista histórico-universal) que la que enfrenta al Estado o sistema de Estados socialistas a los Estados capitalistas e imperialistas. Ella también refleja el contenido de nuestra época, es parte de la misión histórica del proletariado: sepultar al capitalismo y acabar así con toda forma de opresión de clase. El sistema de Estados socialistas es la clase obrera en el poder. "Las masas obreras percibieron instintivamente, en el mundo entero, la significación de los soviets como arma de lucha del proletariado y como forma del Estado proletario" —escribe Lenin. ("La Tercera Internacional y su lugar en la historia"). Es la clase obrera que define, desde el punto de vista clasista, el desarrollo de nuestra época, y es su revolución —proletaria, socialista— la que constituye la esencia de nuestra época histórica.

Claro está, si de esta definición se pretendiera inferir una desvalorización del papel internacional del movimiento de liberación nacional, de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes, pasaríamos de una posición de principios justa a un planteamiento unilateral y mecanicista del cuadro histórico actual, alejado del leninismo y también del sentido común. La realidad de la disgregación del sistema colonial del imperialismo rompe los ojos.

Si el triunfo de la revolución socialista es un sistema de Estados, y la elevación continua de la influencia de éste en todo el desarrollo social, es el rasgo primordial, definidor de nuestra época, el movimiento de liberación nacional —cuyo escenario geográfico es Asia, Africa y América Latina— marca un segundo rasgo de extraordinaria importancia. En la Declaración de 1960, los 81 Partidos Comunistas y Obreros definimos acabadamente esta unidad dialéctica de los procesos revolucionarios actuales.

"Nuestra época, cuyo contenido fundamental lo constituye el paso del capitalismo al socialismo, iniciado por la Gran Revolución Socialista de Octubre, es la época de la lucha de dos sistemas sociales diametralmente opuestos: la época de las revoluciones socialistas y de las revoluciones de liberación nacional; la época del hundimiento del imperialismo, de la liquidación del sistema colonial; la época del paso de más y más pueblos al camino socialista; la época del triunfo del socialismo y del comunismo en escala universal.

El principal rasgo de nuestra época consiste en que el sistema socialista mundial se va convirtiendo en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana".

Pero, cuando los dirigentes chinos, tergiversando este justo planteamiento marxista-leninista, escriben:

"...ahora, en los destacamentos del movimiento comunista internacional hay quienes adoptan una actitud pasiva, desdeñosa y negativa hacia la lucha de las naciones oprimidas por la liberación. Están de hecho protegiendo a la burguesía monopolista traicionando al proletariado y degenerando en socialdemócratas" ("Proposición acerca de la línea general ...").

No sólo están calumniando groseramente a los Partidos Comunistas y Obreros, a su lucha heroica al frente o en apoyo del movimiento de liberación nacional, sino que están disfrazando —tras esa calumnia— su abandono de un punto de vista clasista en cuanto a la valoración de los rasgos y tendencias de nuestra época y de la realidad mundial inmediata.

En polémica reciente con representantes del nacionalismo-burgués de América Latina, debimos escribir: "Marx ha dicho que la lucha de la clase obrera es nacional por su forma e internacional por su contenido. La originalidad de este período consiste en que la clase obrera preside el desarrollo histórico desde el poder en el sistema socialista y avanza hacia su objetivo supremo, el comunismo, pero a la vez, dentro de los Estados donde aún no ha asaltado el cielo, la clase obrera participa en la gesta peculiar, nacional, de cada pueblo. E interviene, en particular, en los primeros puestos de la lucha por la liberación coloniales y dependientes. Desde el poder, en el sistema socialista, la clase obrera ayuda al movimiento de liberación nacional, independientemente de que a su frente esté un burgués nacionalista, un rey árabe o un jefe de tribu. Y la lucha de liberación nacional de estas fuerzas (que "objetivamente son revolucionarias") contribuye a socavar los planes del imperialismo, acelera la victoria mundial de la revolución socialista".

"La clase obrera, dentro de todo el movimiento, brega activamente y en primer plano por la liberación nacional y colabora así con todo el pueblo. Pero a la clase obrera no le es indiferente la vía de desarrollo o el grado de independencia que logre su país. Es, entre todas las fuerzas sociales patrióticas, la única consecuentemente revolucionaria, tanto desde el punto de vista nacional como social. Y si la clase obrera —por razones de principios— proclama desde el poder en el sistema socialista que la "vía de desarrollo es un problema interior de cada pueblo", la clase obrera, vanguardia de todas las masas laboriosas, de todos los combatientes por la independencia, la democracia y el bienestar, afirma su voluntad de lograr la independencia política y económica completa, de bregar por una vida de avance ininterrumpido hacia el Estado de democracia nacional y hacia el socialismo". ("Problemas de una revolución continental").

La contradicción entre los pueblos oprimidos y las potencias opresoras es la base de la formidable lucha por la liberación nacional, la revolución de los pueblos coloniales y dependientes. Es uno de los méritos históricos de Lenin el haber comprendido plenamente el alcance

de esta lucha y el haber enfrentado a los dirigentes socialdemócratas que la menospreciaban. Lenin planteó la obligación perentoria del apoyo del proletariado a la revolución de los pueblos oprimidos y forjó una teoría coherente acerca de la acción del proletariado en las revoluciones democráticas y nacionales, en el vasto movimiento de liberación nacional. Fieles a Lenin, el Partido Comunista de la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional se han batido sin tregua, apoyando por todos los medios la lucha nacional-liberadora de los pueblos de Asia, Africa y América Latina.

La revolución socialista en Rusia dio un poderoso impulso al movimiento de liberación nacional; Lenin valoró esta insurgencia de las masas de las colonias y países dependientes, como un factor importantísimo de la victoria internacional sobre el imperialismo. En 1920 en el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin dedica un histórico discurso al problema nacional y colonial. En éste, el genial revolucionario destaca varias "ideas rectoras"; pero nos otorga un método para comprender el problema en debate. En primer término, Lenin destaca que es preciso distinguir entre naciones opresoras y oprimidas: el proletariado mundial debe aliarse con el movimiento de los pueblos oprimidos; pero, en segundo término, Lenin advierte:

"La segunda idea directriz de nuestra tesis es que, en la presente situación mundial, después de la guerra imperialista, las relaciones recíprocas de los pueblos y todo el sistema político mundial **se determinan por la lucha de un pequeño grupo de naciones imperialistas contra el movimiento soviético y los Estados soviéticos, a la cabeza de los cuales se encuentra la Rusia Soviética.** Si perdemos esto de vista, no podremos plantear con acierto ningún problema nacional o colonial, aunque se trate **del rincón más apartado del mundo.** Las cuestiones políticas sólo pueden ser planteadas y resueltas con acierto por los partidos comunistas, tanto en los países civilizados como en los atrasados, partiendo de este punto de vista". ("Informe de la comisión para las cuestiones nacional y colonial en el II Congreso de la Internacional Comunista").

De acuerdo al pensamiento de Lenin, luego del triunfo de la revolución socialista en Rusia, la contradicción entre el imperialismo y los Estados socialistas domina todos los aspectos de la vida contemporánea. La cuestión nacional-colonial debe situarse en el marco de este antagonismo fundamental que domina la vida internacional. Este es un planteamiento de clase de la cuestión nacional-colonial.

¿Significa esto que Lenin reducía la contradicción entre los pueblos coloniales y dependientes a la contradicción entre el capitalismo y el socialismo? ¿O que Lenin "negaba" o subestimaba la lucha de los pueblos de Asia, Africa y América Latina? Atribuirle tal planteamiento sería tan calumnioso y malintencionado como cuando hoy lo hacen los dirigentes chinos con otros partidos comunistas.

Lenin afirmó —desde un punto de vista proletario marxista— que no se entendería nada de la lucha de liberación nacional si se la aislaba del antagonismo entre los países socialistas y capitalistas. Y Lenin tanto lo apreciaba que proclamó la posibilidad del tránsito de ciertos países atrasados del sistema colonial al socialismo (sin pasar obligatoriamente por la fase capitalista de desarrollo) gracias a la propaganda y colaboración de los “países soviéticos”.

La historia ha probado acabadamente el acierto de las tesis de Lenin: la diversidad —en cuanto al contenido concreto económico-social de cada revolución— de los procesos revolucionarios mundiales, pero también su unidad, en la época del tránsito del capitalismo al socialismo, integran la teoría de la revolución socialista internacional.

El asalto al Palacio de Invierno en Octubre (Noviembre) de 1917 que marca el inicio de la época del socialismo y la crisis general del sistema capitalista, inaugura también la crisis del sistema colonial del imperialismo. La victoria de la URSS en la guerra y la formación del sistema socialista —segunda fase de la crisis del capitalismo— coloca en el orden del día la liquidación plena del colonialismo. A ello contribuyen la ayuda económica, política y también militar del sistema socialista a los pueblos que se liberan políticamente y a los que luchan por su emancipación económica.

He aquí por qué la construcción del comunismo y la “emulación” con el capitalismo —si bien no sustituyen la lucha de los pueblos y no suponen la caída automática del yugo colonial o del yugo capitalista (1)— significan una contribución a la revolución internacional, no sólo por el “ejemplo” —como ya lo subrayara Lenin— sino también por la capacidad para prestar ayuda y para enfrentar las agresiones imperialistas. No es extraño por lo tanto, que en la Declaración de 1957, de los Partidos Comunistas y Obreros se escribiera:

“En nuestra época el desarrollo histórico mundial es determinado por la marcha de los resultados de la emulación entre los dos sistemas sociales opuestos”.

Entonces los dirigentes chinos no pretendían que esta frase encubriese el abandono de la lucha de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. Mao Tse Tung en persona puso su firma y tejió el elogio de la Declaración. Y propuso personalmente que China en 10 años “emulara con Inglaterra y la sobrepasara en el plano económico”.

Por las mismas razones que vamos señalando, por mucho que haga el imperialismo no podrá detener la liquidación del colonialismo en los años próximos. Y también por ello, la revolución latinoamericana ve engrandecerse sus perspectivas de triunfo, como Cuba lo ha demostrado de un modo clamoroso.

Hoy la pregunta: **¿quién enterrará a quién?**, en lo fundamental está contestada. El socialismo avanza en el plano económico hacia la supera-

ción del capitalismo en todos los aspectos; su irradiación internacional es inmensa y lo será cada vez mayor a pesar de las dificultades creadas por la actitud escisionista de los dirigentes chinos. El capitalismo no sólo está condenado históricamente sino que ha perdido ya inclusive la posibilidad de restaurar militarmente su dominio en los países socialistas. Y este cambio de la correlación de las fuerzas también atestigua que el imperialismo cada día irá viendo cómo se reducen sus posibilidades de estrangular militarmente a los pueblos que insurge en lo que resta del sistema colonial. Ya hoy es una realidad la posibilidad de que el sistema socialista —y en particular la Unión Soviética— impidan la “exportación de la contrarrevolución” por el imperialismo.

Ocultar que esto es lo nuevo y característico de la situación internacional —y **querer oscurecer calumniosamente el papel de la Unión Soviética en todo el proceso de ayuda al movimiento de liberación nacional**— es querer tapar el sol con un harnero. Pero, a la vez, es desertar de la concepción del proletariado y afiliarse a las interpretaciones nacionalistas burguesas y pequeño-burguesas acerca de cuáles son las causas del auge y el triunfo de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes.

Por otra parte: ¿qué es lo característico de nuestro tiempo? ¿Es acaso que el imperialismo yanqui tienda a yugular a Cuba, o lo es que este imperialismo —pese a todas sus ventajas militares y a la expuesta situación geográfica de la Isla— no haya podido aplastar la primera revolución socialista de América Latina?

La respuesta es obvia, aunque ella desmiente el antisovietismo furibundo propagado respecto a la crisis del Caribe por los dirigentes chinos. ¡Cuba vive y vivirá! Gracias a su heroísmo, a la solidaridad de los pueblos y gracias, sobre todo, a la Unión Soviética y a su admirable firmeza internacionalista —al decir de Fidel Castro.

Las tesis de los dirigentes chinos no apuntan pues, a la exaltación del movimiento de liberación nacional de Asia, Africa y América Latina; apuntan, sí, a ocultar u oscurecer el papel del sistema socialista en la liquidación del colonialismo, en la ayuda a los pueblos, en el cumplimiento de su función de “escudo” de la revolución de los pueblos coloniales y dependientes —tal como está escrito en la Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros.

¿Y todo por qué?

Resulta doloroso decirlo, pero es una desdichada verdad. Porque ese papel fundamental del sistema socialista se basa, antes que nada, en la política, en la ayuda y en el poderío de la Unión Soviética; en la eficaz y firme comprensión leninista del proceso mundial por el PCUS.



INDICE

ESTATUTOS DEL PARTIDO COMUNISTA	1
XIX CONGRESO DEL PCU. Informe sobre los Estatutos (A. Altesor)	12
XIX CONGRESO DEL PCU. Sobre la formación de cuadros comunistas (R. Arismendi)	26
XX CONGRESO. Resolución General. Por un grande y poderoso PC	28
LA FUNDACION DEL PCU. Etapas de su formación ideológica y or- gánica (R. Arismendi)	44
CARTA A UN COMUNISTA	54
XVII CONGRESO. Informe de Balance del CC sobre situación inter- nacional	57
XVIII CONGRESO. Informe de Balance del CC sobre situación inter- nacional	65
XIX CONGRESO. Informe de Balance del CC sobre situación inter- nacional	83
XX CONGRESO. Informe de Balance del CC sobre situación inter- nacional	89
ALGUNAS DE LAS PRINCIPALES DIVERGENCIAS DE LOS DIRIGENTES CHINOS CON EL MOVIMIENTO COMUNISTA. Fragmentos (R. Arismendi)	98



